CONTRATO
Inmoral
ANNA CHILLON
PASSION ISLANDS

PASSION ISLANDS

Contrato Inmoral

Anna Chillon

Copyright © 2025 Anna Chillon
Traducción: Tra Parole Traduzioni
Todos los derechos están reservados a la Autora

Esta es una obra de ficción.
Los personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos o personas reales es pura coincidencia.

www.annachillon.it
annachillon@gmail.com

Capítulo 1

La hora del atardecer en Boston era la favorita de Avery. A esa hora, los tonos cálidos del cielo, combinados con las luces de la ciudad, lograban darle un aire romántico al gris del cemento y al incesante ir y venir de la gente.

Le encantaba cruzarse con personajes de lo más curiosos e imaginar a qué tipo de cita romántica se dirigían con tanta prisa. De hecho, ella misma había cerrado apresuradamente los libros que estaba estudiando y había salido corriendo de la biblioteca, menos de una hora antes, para encontrarse con un sujeto de lo más cautivador que la esperaba con impaciencia: el perrito de la señora Walsh.

Claro, alguien podría haber insinuado que su objetivo era más bien venal, porque cuidar perros le servía para sacarse unos cuantos dólares extra. Pero también era verdad que Avery sentía auténtica devoción por cualquier criatura peluda.

Lástima que, esa noche, el caniche cascarrabias en cuestión no estaba por la labor de corresponderle.

Después de pasarse todo el día encerrado en un piso de la novena planta con una anciana bastante excéntrica, el perro tenía una energía acumulada digna de un cohete. Olfateaba todo, tiraba de la correa y no dejaba maceta sin inspeccionar... hasta que, a unos cuarenta metros, vio a un elegante lebrel afgano subiendo los tres escalones del Hotel Excelsior.

Y entonces, perdió completamente la cabeza.

Avery no tuvo ni tiempo de reaccionar: el perrito dio un tirón y salió disparado, arrancándole la correa de las manos.

—¡Oliver! ¡Vuelve aquí! —gritó, echando a correr mientras se sujetaba bien la bandolera. La falda se arremolinó, dejando al descubierto sus rodillas, y las horquillas resbalaron entre sus mechones ondulados, soltando cabellos que acabaron por taparle la vista.

Aun así, alcanzó a ver al caniche colarse por las puertas automáticas del hotel de lujo, ante la mirada atónita del conserje, que justo en ese momento se había apartado para abrir la puerta de un Bentley aparcado junto a la acera.

—¡Perdone! ¡Se me ha escapado! —gritó Avery, irrumpiendo dentro, mientras perseguía al inoportuno fugitivo—. ¡Oliver!

El suelo brillante reflejaba sus pasos en el inmenso vestíbulo. Algunas personas elegantemente vestidas dejaron de cuchichear para descubrir qué perturbaba la noble calma que solía reinar entre aquellas altas paredes.

En cuestión de segundos, Avery se sintió completamente fuera de lugar. Lo notó en el aire, más fino y perfumado que el de la calle; en la luz suave y anaranjada que envolvía todo; y en cómo el bullicio del exterior parecía quedar amortiguado al cruzar el umbral. Pero, sobre todo, lo sintió en las miradas: tan distantes que ni siquiera se molestaban en reprocharle nada.

Al irrumpir de esa manera tan poco elegante, casi podía imaginar que estaba dejando sobre el mármol huellas oscuras de la suciedad recogida en sus suelas durante el camino.

No tenía tiempo para pensarlo ni para comprobarlo. El lebrel afgano estaba entrando en el ascensor junto a su dueña: una mujer con el pelo tan largo y liso como el del propio perro, y del mismo tono rubio. Oliver seguía apuntando hacia ellos, arrastrando la correa como un poseso.

La mujer lo advirtió y empezó a pulsar el botón del ascensor con desesperación, mientras agitaba la otra mano para ahuyentar a su perseguidor.

—¡Fuera! ¡Fuera! —espetó, tirando del perro hasta colocarlo detrás de ella. El chucho, con aires de nobleza ofendida, frunció el hocico y dejó al descubierto media dentadura.

—¡Maldita sea, Oliver! ¡Vuelve aquí ahora mismo! —gruñó Avery entre dientes, obligada a detenerse por un dolor punzante en el costado—. ¡Joder! —Se agarró el bazo, cerrando los ojos con fuerza y lanzando una súplica al cielo.

¿Una ayudita divina para esta alma en apuros?

Si estás ahí, Señor, Dios, ángel o lo que seas... este es el momento de demostrarlo.

Volvió a abrir los ojos y vio cómo las puertas del ascensor se cerraban justo en las narices del perrito, que frenó en seco y se golpeó el hocico contra el suelo.

¡Gracias, sabía que estabas ahí!

Avanzó con más cautela.

—Te entiendo, guapo, habrías hecho cualquier cosa por esa perra de raza y ella ni siquiera te ha mirado. Es duro, pero tendrás que aceptarlo: así es la vida. Ven, mi querido Oliver, vas a tener que conformarte conmigo —dijo, esbozando una sonrisa.

Demasiado pronto.

Oliver la miró fijamente, como si de repente, tras aquellos ojos oscuros, se escondiera una inteligencia superior capaz de entenderlo todo. Después, alzó las orejas y el hocico, orientándolos hacia el pasillo.

Avery intentó atrapar la correa de un manotazo, pero solo logró rozarla con las yemas de los dedos al lanzarse al suelo. Un instante después, Oliver volvió a escabullirse.

—¡Joder! —soltó sin filtros.

Desde el mostrador de recepción, un hombre uniformado salió con expresión desdeñosa, dispuesto, al parecer, a cortar de raíz aquel espectáculo.

Ups... El malvado caniche tenía que ser atrapado antes de que causara problemas y Avery tuviera que pagar las consecuencias.

Desenfundando una sonrisilla de circunstancias, volvió a la caza, escabulléndose por el pasillo. A su izquierda, una gran ventana daba al jardín interior; a la derecha, unas pocas puertas desperdigadas que probablemente conducían a salones de conferencias u otras estancias privadas.

Fue precisamente una de esas puertas la que Oliver eligió como objetivo, colándose entre las piernas de una camarera que, aún en el umbral, estaba a punto de entrar con una bandeja cargada. Por poco no la hizo caer de espaldas. La chica soltó un gritito, pero se las arregló para no dejar derramar nada. Se apartó apoyando la espalda contra la puerta para recuperar el equilibrio y hacer frente al intruso que se le venía encima a toda velocidad.

—¡Perdona! —exclamó Avery, sin dejar de correr. No quería hacerlo, pero no tenía alternativa: atravesó el umbral sin saber quién estaba dentro ni qué se iba a encontrar.

Era una sala amplia, de techos altos y decorada con discreta elegancia. Había pocas personas, una chimenea imponente y una gran mesa de cristal macizo en el centro. Eso fue lo único que pudo registrar antes de ver cómo el caniche frenaba y se colaba bajo la mesa.

—¡Eres mío! —se lanzó al suelo y gateó entre las patas talladas de la estructura que sostenía el cristal. Con un último esfuerzo, consiguió atrapar tanto la correa como una pata peluda.

—¡Te tengo! —El caniche se revolvió, pero ella se arrodilló de inmediato y lo acunó en su regazo—. ¡Travieso! ¿Qué se supone que estabas haciendo, eh? ¿Quieres que me despidan? —Debería haberse enfadado, su tono tendría que haber sido de reproche, pero acabó llenándolo de caricias y besos—. ¿Quieres volverme loca? ¡Pícaro pulgoso! —El perro, lejos de resistirse, movía la cola y se retorcía de puro gusto, devolviéndole los mimos con lametones zalameros en la nariz.

Las risas de Avery se apagaron de golpe cuando, de reojo, vio un par de zapatos oscuros, perfectamente lustrados, justo frente a ella. Levantó la vista despacio, siguiendo la figura del hombre sentado a la cabecera de la mesa, a través del cristal que tenía sobre la cabeza.

Una emoción súbita la sacudió. Abrió mucho los ojos y apretó al perrito contra su pecho, con tanta fuerza que Oliver gimió por la presión.

La mirada del hombre estaba fija en ella. Era intensa, profunda como el Gran Cañón, densa como el petróleo.

Resultaba casi absurdo que una sola mirada pudiera transmitir semejante intensidad.

Pero quizá no era solo la mirada. También era la barba viril que sombreaba unas mejillas ligeramente hundidas bajo los altivos pómulos, la melena con fuertes ondas como olas de un océano negro, y además el *sherwani* que llevaba. Una chaqueta de estilo oriental, larga hasta las rodillas, de un tono arena oscura, recubierta de finísimos bordados en seda dorada que le conferían un aire de realeza.

Un príncipe salido de un cuento de hadas, hijo de una tierra árida e inclemente, pensó Avery, sin aliento. Como si el universo quisiera subrayar aquella impresión irreal, el tiempo pareció congelarse durante unos

segundos brevísimos y, a la vez, infinitamente largos... hasta que otra persona apartó un par de hojas sobre la mesa con el dedo índice.

Un segundo hombre, sentado a la derecha de la cabecera, la contempló desde arriba, haciendo que Avery girara ligeramente la cabeza en esa dirección. Vestía al estilo occidental, con un traje color sepia, el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás, y la miraba con unos ojos agudos, entrecerrados, bajo unas pupilas tan afiladas como la punta de un alfiler.

—¿Y tú, quién se supone que eres? —preguntó, sonriendo mientras la apuntaba con un bolígrafo plateado que blandía como si fuera un arma.

Avery apretó a Oliver contra su pecho, intentando contener el corazón, que le latía desbocado. Estaba tan absorta en el asombro que le provocaban sus propias y disparatadas sensaciones, que ni se molestó en responder.

El repiqueteo de los zapatitos de la camarera se acercó desde el otro lado de la mesa.

—Lo siento, excelencia, ha sido culpa mía. Lamento profundamente la molestia, me ha pillado por sorpresa; de lo contrario, no la habría dejado pasar.

Visiblemente nerviosa, depositó la bandeja y comenzó a disponer cuidadosamente el servicio de té de porcelana.

El hombre vestido al estilo occidental cerró la pantalla de su portátil, sin dejar de sonreír.

—Diría que la culpable de esta interrupción en nuestra reunión no eres tú... Odette —leyó su nombre en la placa—, sino más bien alguien más, teniendo en cuenta que la ley, aquí en Boston, obliga expresamente a llevar a los perros con correa. Por la seguridad de los ciudadanos.

—Gracias por la comprensión, señor. Tomaré medidas de inmediato para...

—Sal —la interrumpió el príncipe de cuento, con la misma profundidad en la mirada que en la voz.

La chica guardó silencio al instante, como si hubiera recibido un latigazo. Bajó la cabeza y dio dos pasos hacia atrás, con la bandeja pegada al estómago, antes de girar sobre sus talones y marcharse.

Así que, pensó Avery, *esto es lo que sucede cuando a alguien le basta una sola palabra para que lo obedezcan.*

La puerta se cerró con un chasquido que la despertó de las cavilaciones del sopor contemplativo en el que había caído. Sentada sobre sus talones

allí abajo, con la cabeza casi tocando la mesa, levantó la vista con un esfuerzo casi heroico.

—Soy yo... La culpable soy yo, obviamente. Oliver se me escapó, pero es un buen perro, le aseguro que no tenía intención de morderle las piernas a nadie aquí abajo. —se justificó como pudo, acariciando al caniche para tranquilizarlo.

El príncipe apoyó los codos sobre la mesa y el mentón sobre los nudillos, inclinándose hacia delante para observarla mejor.

—¿Es tu perro? —pronunció, alargando las vocales con una entonación marcadamente extranjera.

—Oh, no, solo soy su canguro... —Sin poder evitarlo, volvió a quedarse embelesada, perdida en los arabescos bordados del *sherwani*. Fue el golpeteo de la pluma contra el cristal lo que la distrajo, atrayendo su atención hacia el otro tipo.

—Un consejo desinteresado —dijo él—: la próxima vez, sujeta con más firmeza la correa. Si llegara a causar algún problema, no te bastaría lo que ganas con este trabajo para cubrir los daños de una demanda que perderías sin remedio —resopló por la nariz y negó con la cabeza—. De hecho, dudo que te alcanzase ni con años de sueldo, en este caso concreto.

Es decir, en el caso de que Oliver hubiera herido precisamente a uno de ellos dos.

Era abogado. Todo en él gritaba *"abogado"*, desde la ropa hasta la actitud arrogante, pasando por sus ojillos de zorro. De los jóvenes y competentes, Avery lo habría apostado. Sabía que era bueno en lo suyo, sabía que era guapo y que estaba muy cerca de la cima de la pirámide social. En resumen, uno de esos a los que el sentido común aconsejaría no llevar la contraria.

—Gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta y procuraré que no vuelva a suceder. Aunque... —golpeó con el nudillo justo en el mismo punto donde él había dado golpecitos en la mesa, donde aún descansaba su pluma—, no me parece una ley muy justa, señor. Creo que hay gente mucho más peligrosa que Oliver, suelta por ahí.

Avery podría haber jurado que la boca del príncipe de cuentos se había movido apenas, extendiéndose en un atisbo de sonrisa.

—Estoy de acuerdo contigo —replicó el abogado—. Generalmente, suelo intentar que también a ese tipo de personas les pongan correa.

—¿Y lo consigue?

Él se alisó la corbata.

—No siempre... fuera de ciertos contextos.

La insinuación maliciosa de aquella respuesta le provocó un pequeño escalofrío.

—¿Y no teme acabar siendo usted el que lleve la correa?

Fue el príncipe quien respondió:

—Ya lleva una. Y no se queja —esta vez sí sonrió abiertamente, una sonrisa discreta que no iluminaba del todo su rostro, pero que parecía extenderse a todo cuanto lo rodeaba. Incluida ella.

—Está bromeando. Se refiere al trabajo. Aclaremos eso —se apresuró a explicar el otro, dándole a entender que era el príncipe quien sujetaba esa correa—. Aunque te haya sido fiel y leal desde los veinte, no quiero que esta chica se haga ideas equivocadas. —Recogió un pequeño montón de papeles, los alineó con cuidado y los guardó en una carpeta, ocultándolos —. ¿Qué tal si analizamos por qué nuestra reunión ha tomado este giro tan absurdo y sigue estancada? —dijo, antes de pasar al árabe fluido, pronunciando varias frases que Avery no logró comprender.

Se limitó a escuchar su breve intercambio como si fuera la melodía de una música. Fuera lo que fuera que decían, ese hombre tenía razón: ¿qué hacía ella todavía allí abajo?

Y, sin embargo, no podía dejar de mirarlos. Como si la superficie de la mesa fuese la pantalla de un televisor que emitía una película. Y, en cierto modo, lo era: aquel lugar, aquellos hombres, no podían estar más lejos de su realidad.

Por eso prolongaba esos instantes, por la curiosidad de vivir algo distinto. De sentir lo que sienten las personas poderosas y ricas.

Siempre se había preguntado si sus emociones eran más intensas que las de los pobres. Si eso también podía comprarse. Siempre había creído que no. Pero ahora ya no estaba tan segura.

Porque ahora creía intuir lo que se sentía al tener delante a un príncipe de cuentos, de carne y hueso. Un privilegio al que solo el dinero podía dar acceso.

No, no era del todo justo.

El dinero... o un perrito travieso.

Capítulo 2

Hasta hacía apenas unos minutos, el príncipe Faisal Rami Al-Najjar había estado escuchando los informes de su hombre de confianza con apenas un mínimo de atención. No era exactamente aburrimiento lo que sentía, sino una especie de indiferencia que empezaba a adquirir, peligrosamente, los rasgos de la insatisfacción.

Habían pasado ya ocho años desde el día en que Tariq, su hermano, anunciara que quería renunciar a su papel, dejando todo el imperio de ambos únicamente en sus manos. Al principio, las responsabilidades, la presión y el poder de decisión que de pronto se le otorgaron lo hicieron oscilar entre un descarado delirio de omnipotencia y un pánico íntimo, cuidadosamente oculto en lo más profundo de sí. Con el tiempo, había encontrado su equilibrio inquebrantable, una fuerza que provenía en gran parte de su intelecto.

En los últimos meses, sin embargo, su mente se había saturado. Los negocios avanzaban casi por inercia, y hasta sus vicios más refinados empezaban a perder sabor.

Se suponía que el viaje a Boston le ofrecería nuevos alicientes, pero incluso ese intento quedó en nada. Dinero, sí, a aquella ciudad sabría exprimirle hasta el último céntimo. Pero nada había logrado encender esa pequeña chispa capaz de estimular sus sentidos. Nada de nada. Ni siquiera las transgresiones más atrevidas de las que podía presumir el gran Estados

Unidos, la autodenominada “patria de la democracia”, se habían apartado de lo previsible.

Podía ocultárselo a todos, excepto a Costas, su sombra, el único ser humano en quien confiaba. Más que un hombre de confianza: un amigo.

Llegado desde Chipre, y a su lado desde entonces, hablaba su idioma con fluidez. Fue a esa lengua a la que recurrió, expresándose de forma que la chica no pudiera entenderle.

—Parece que el animalito está a gusto bajo nuestra mesa. ¿No es adorable?

Para Faisal lo era. Ella, no el perro, que solo era un pequeño saco de pulgas desgreñado, de un color marrón desvaído. Ella, en cambio, tenía unas formas delicadas, cubiertas solo por un vestidito color canela y un colgante con forma de estrella polar. Las horquillas, ahora caídas del todo, seguían sujetando su cabello en los lugares más insospechados, dándole un aire desordenado pero natural. Su cabeza era un caos de mechones castaño oscuro, enmarcando dos grandes ojos color avellana y una boca de cereza, con labios deliciosamente carnosos.

Se había lanzado debajo de la mesa sin pedir permiso, como si fuera la única protagonista de su película. Y como había señalado Costas, parecía encontrarse bastante a gusto ahí abajo. Tanto como puede aparentar estarlo un pececillo fuera del agua.

—No tiene ni idea de con quién está tratando —observó Faisal en su lengua materna, con la que ambos siguieron manteniéndola al margen.

—De eso no cabe duda. ¿Quieres que la haga echar?

—No tan rápido. —Aquellos grandes ojos fijos en él solo pedían que la dejaran mirar. Se ahogaban en una emoción que él había perdido.

Deslizó el dedo por el cristal de la mesa, como si estuviera dibujando sus labios.

—Quiero que se quede un poco más.

Costas hizo oscilar el bolígrafo entre dos dedos, recostándose en el respaldo.

—Es demasiado ingenua, Fai.

—Es estadounidense, ¿cuán ingenua puede ser?

—Eso también es verdad —admitió su amigo, mirándolo con una expresión de divertida complicidad.

Avery intuyó que se estaban burlando de ella.

—No es muy bonito cambiar de idioma para excluir a los demás de la conversación. —Por otro lado, también era cierto que ella no tenía absolutamente nada que ver con ellos.

Hizo que el caniche bajara de sus piernas. Con la correa enrollada en la mano, se inclinó para pasar entre la última silla y la esquina de la mesa, encontrando un pequeño hueco por el que salir.

—Vamos, Oliver, no molestemos más.

La pierna del príncipe se estiró, bloqueándole el paso, de modo que por poco no chocó contra ella.

—¿Puedo hacer algo para que me perdones? —le preguntó con voz suave, en claro contraste con su acción.

Avery torció el cuello, encogiéndose en su sitio. Lo sintió cernirse sobre su pequeña figura como un león que ha puesto una pata sobre una serpiente temblorosa.

—¿Podría, por favor, hablar un idioma que entienda... y dejarme salir? —fue directa, aunque no pudo ocultar el tono suplicante.

El hombre retiró su extremidad con calma, mostrándole que era libre de escabullirse.

—¿Estás segura de que quieres irte tan pronto?

No. A decir verdad, no quería hacerlo. Pero aún seguía perturbada por el sobresalto de miedo que había sentido cuando le bloquearon el paso. Empezaba a comprender lo inquietantes que podían ser las implicaciones de aquella situación.

Apartó la horquilla que le arañaba la mejilla y los mechones que le hacían cosquillas en la cara para mirar directamente al hombre. Su voz bajó de tono.

—¿Y usted? ¿De verdad quiere que me quede... aquí? —Se refería, claro, a "aquí abajo".

¿Qué estaba pasando? Avery tenía la clara sensación de que algo se le escapaba. Fingía que todo era normal, pero no había nada de normal en aquello.

Él la observaba en silencio. Y aunque su vía de escape ya estaba despejada, ella seguía sin moverse, mientras su respiración se volvía más lenta, más profunda. Seguía allí porque sabía que, en cuanto se pusiera en pie, tendría que marcharse.

El abogado se inclinó para coger una tacita de té y acercársela.

—¿Cómo te llamas?

Ella se movió sobre las rodillas, que comenzaban a dolerle por el frío del mármol.

—Avery. Avery Jones.

—¿Azúcar, Avery? —preguntó con despreocupación.

—¿Perdón?

—En el té. —El abogado levantó una cucharilla colmada, sosteniéndola en equilibrio sobre la taza—. Es lo mínimo que podemos ofrecerte, después de nuestra falta de cortesía.

—Oh, gracias. —Le estaba ofreciendo un té de cinco estrellas, tomándose en serio su protesta. Un premio que ni siquiera merecía después de su irrupción torpe y fuera de lugar. Ese hombre no podía saberlo, pero a ella le encantaba el té, y el aroma a menta que desprendía aquella taza le parecía fantástico—. Sin azúcar, gracias.

Intentó apartarse del abogado, pero él se le anticipó dejando la tacita en el suelo. La empujó hacia ella con dos dedos.

Avery tiró de Oliver hacia atrás antes de que alcanzara la bebida humeante y alzó la mirada por encima de su cabeza, hacia el cristal.

—¿Qué significa?

El príncipe tomó la otra taza de té.

—¿Tú qué crees que significa?

—¿Te apetece jugar un poco, Avery? —le propuso el abogado.

—No conozco este juego. — A pesar de sus modales impecables, percibió su intención de dominarla, y no solo en la partida.

—Yo tampoco. Me lo estoy inventando sobre la marcha —respondió Costas. Había visto a Faisal sonreír como no lo hacía desde hacía días, y no pensaba dejar escapar aquel torpe milagro sin exprimirlo del todo—. Inventémoslo juntos, ¿te parece?

—Ni siquiera sé quiénes sois... —El corazón le latía con fuerza en la garganta.

—Costas Hadjipavlou —dijo, haciendo un gesto con la mano hacia su izquierda—, al servicio de Su Alteza el Príncipe, el Emir Faisal Rami Al-Najjar.

Avery abrió la boca, asombrada.

—¿Un príncipe de verdad?

El abogado se rió de su asombro genuino.

—Puede que hayas leído en los periódicos sobre su visita a la ciudad.

—No tengo tiempo para leer los periódicos. —Cada vez entendía menos... ¿qué quería de ella un príncipe?

—En otra época no habrías podido hablarle directamente, pero vivimos tiempos modernos, así que conviene que sepas que lo correcto es llamarle "Su Alteza".

—Olvídate de los títulos y de los periódicos —intervino Faisal—. ¿Qué es lo que ves cuando me miras?

—Veo... —Le costaba concentrarse en otra cosa que no fueran sus ojos. En esos ojos que parecían ocultar historias de tiempos remotos—. Saladino. El León del Desierto[1].

—¿Quién? —preguntó Costas.

El príncipe dejó la cucharilla a un lado, después de haber removido su té.

—Salah al-Din fue un sultán y un gran líder militar que guió a las fuerzas musulmanas en la defensa de Jerusalén durante las Cruzadas. Y esa es solo una pequeña parte de sus hazañas —explicó en un inglés fluido, incluso en las frases más complejas—. ¿Y tú cómo lo conoces? ¿Estudias historia?

Avery, que tenía una particular predilección por las entonaciones del habla, sintió aquel acento exótico, extremadamente musical, descender por sus oídos hasta alojarse en su vientre, acurrucándose allí. Podría haberse quedado escuchándolo durante horas. Pero él esperaba una respuesta.

—No, no estudio historia: estudio lingüística e interpretación. Puse voz a un cuento infantil sobre el príncipe Saladino y sus proezas. —A la novela de Maclaine, en cambio, la había leído para estudiar esa figura histórica y comprender mejor al personaje.

—¿Y eso es todo lo que ves en mí?

¿Eso es todo? ¿Cómo que eso es todo?

Bueno, claro, al fin y al cabo Saladino no fue más que un hombre que pasó a la historia como uno de los mayores estrategas de todos los tiempos, sultán de Egipto y Siria, un poderoso caudillo militar que, antes de morir, donó gran parte de sus inmensas riquezas a sus súbditos.

A Avery le estaba empezando a doler el cuello de tanto mirar hacia arriba, pero aun así no apartó la vista de Su Alteza Faisal Rami Al-algo mientras recogía la tacita y daba un sorbo al té, mientras su pronunciada nuez de Adán se deslizaba de forma elegante por su garganta.

A su mente asomó un pensamiento que ni siquiera ella sabía de dónde venía.

—Veo a un hombre enigmático, que lo tiene todo... excepto aquello que busca. Y eso lo hace... un poco triste, pero también peligroso.

La taza chocó contra el platillo con un golpe seco.

Costas pulsó su bolígrafo con fuerza, haciendo saltar la punta.

—Eres muy buena en este juego, chica. Demasiado, quizá. Pero me da que nadie te ha enseñado nunca cómo se habla a un príncipe. De lo contrario, controlarías mejor la lengua.

—¿He dicho algo fuera de lugar? —Tal vez debía pensar un poco más antes de hablar. Algo le decía que el problema no había sido la palabra "peligroso", sino la palabra "triste". Porque triste equivalía a débil, y en su mundo, la debilidad no tenía cabida.

Debería haberle explicado que no lo decía en ese sentido, porque nadie que lo viera podría considerarlo débil.

—A Costas le gusta exagerar. No has dicho nada fuera de lugar —intervino el príncipe—. Puedes beber tu té, si te apetece.

La invitación, aunque pronunciada con cortesía, sonó a una orden.

Avery vaciló por un instante, luego bajó la mirada y cogió la taza con ambas manos.

En ese momento, el abogado tuvo la descortesía de cambiar de idioma otra vez, volviendo al árabe.

—Si fuera un diplomático, ya le habrías hecho tragarse la lengua.

—Pero, como bien has señalado, es una chica, así que quiero que la use, no que se la trague —replicó, también en árabe.

—Oh, lo entiendo. De hecho tengo algunas ideas al respecto, pero no es propio de ti. Tú eres más tiquismiquis que yo. Nunca te he visto mirar siquiera a una chica cualquiera. ¿Qué tiene ella de diferente?

La chica alternaba las manos, calentándolas en la taza, y se frotó las rodillas entumecidas.

—Ya estamos otra vez con el árabe —murmuró, aspirando el aroma balsámico del té.

A ellos no pareció importarles.

—Aún no sé qué es lo que tiene... solo sé que parece haber caído de una nube —declaró Faisal, para luego retomar su conversación con ella—. ¿Así que te gustan los cuentos para niños?

—Muchísimo. Cuando era pequeña, una amiga de mi abuela me los contaba cada vez que venía a visitarnos, y lo hacía de maravilla. —Avery

entornó los párpados, disfrutando del sabor herbáceo del té que se extendía por su boca.

Faisal contempló su expresión genuina. Aquella chica lo veía como a un personaje de cuento, si era uno de los buenos o de los malos, quizás todavía debía descubrirlo. No había desarrollado dobles intenciones tras conocer su verdadera identidad, como solían hacer todos; su actitud seguía siendo la misma. Y sus palabras seguían sin ser apropiadas para las circunstancias.

—Mis cuentos favoritos son aquellos en los que el príncipe rescata a la princesa —concluyó Avery, abriendo los ojos de nuevo.

—¿Eres consciente de que la realidad es muy distinta?

—¿Ah, sí? —Su risita fue como un suave tintineo de campanillas—. Seguramente usted tiene más experiencia que yo: si no salva a la princesa, ¿qué hace en la vida real un príncipe?

Él extendió el brazo, apartando la tacita. Dejó la extremidad abandonada allí, sobre la mesa.

—Trabaja mucho. Viaja. Se concede placeres. —Giró la mano, con su dedo índice, adornado con un grueso anillo de oro macizo, acarició la superficie de cristal como quien acaricia cabellos suaves.

Pero fue su mirada magnética la que atrajo a Avery hacia él. Cerró los dedos sobre la mesa y posó la mano frente a la suya.

—¿Placeres como un buen té?

Él soltó un profundo suspiro.

—Placeres mucho más intensos. Y mucho menos puros —murmuró, entregándose a una sórdida confidencia.

—Me lo imaginaba. —Avery suspiró de forma automática, frunciendo el ceño, invadida por imágenes indecorosas, que contrastaban completamente con su figura altiva y el brillo de su traje dorado.

Faisal hizo coincidir el contorno de su mano con el de la de ella, imponiéndose por tamaño. Ni siquiera la estaba tocando: bajo su palma solo estaba la fría superficie de la mesa. Y, aun así, no recordaba la última vez que había sentido a una mujer de ese modo. Follarlas, sodomizarlas, correrse sobre ellas... solo saciaba su cuerpo. Pero a él, eso ya no le bastaba.

Sus miradas quedaron atrapadas la una en la otra, como si hubieran encontrado el único encaje posible entre dos seres opuestos.

—No, no imaginas nada... —murmuró Costas, que había permanecido en silencio hasta entonces. Casi sentía lástima por ella. Sabía lo que Faisal estaba a punto de ordenarle, empezando por aplazar la cena que tenían

prevista para esa noche. Ella miraba al príncipe con tanta admiración, pero al día siguiente, al despertar, comprendería que no todos los príncipes son azules.

Era inevitable que la dulzura de aquella jovencita despertara nuevas fantasías de corrupción. Él mismo, por un lado, sentía cierta lástima por ella, pero por otro, notaba cómo en su interior crecía una excitación difícil de contener.

Retiró la mano del cristal.

—Me gustaría saber qué es lo que no puedo imaginar.

Qué decir: se lo estaba buscando.

—Podrías descubrirlo tú misma, pareces una chica lista, después de todo. —Costas apartó los pies para evitar que el perrito, que estaba ocupado olfateándole los zapatos, se los mojara con su hocico húmedo. Avery tiró de él hacia atrás, pero el hombre la animó a que no se molestara en hacerlo—. Deja al perro. La puerta está cerrada, no irá muy lejos, se quedará curioseando por ahí.

El perro era una distracción de la que ya no necesitaban.

Ella miró al príncipe. Él guardaba silencio. No era necesario que hablara: su hombre sabía perfectamente lo que quería, y estaba allí para dárselo, tal y como él lo deseaba.

Avery flotaba en una curiosidad morbosa. Las incontables palabras que había escuchado a lo largo de su vida nunca le habían parecido tan densas. Sentía que tras cada una de ellas se escondía algo más: significados ocultos, seducciones, incluso advertencias. Y ella, ingenua, quería escuchar más.

Así que hizo caso al abogado y abrió lentamente la mano. Oliver dio unos pasos alrededor de la silla, y la correa se deslizó por su palma hasta caer. Ella permaneció allí, sola.

—Tengo frío. —Era pleno mayo, pero el frío del mármol le subía por las extremidades. Los escalofríos le recorrían la columna vertebral, y no todos se debían a la temperatura del suelo.

—¿Quieres dejarlo? —le ofreció Costas.

—No... —No quería dejar escapar esa nueva sensación de vulnerabilidad. Siempre se había considerado una chica audaz, y siempre lo había sido. Pero aquel nudo que crecía en su vientre, por irracional que pareciera, le resultaba fascinante.

—Tienes una boca preciosa, Avery. ¿Puedes hacer algo por el príncipe? —Costas apoyó la yema del dedo índice sobre el cristal, en el centro de la

mesa—. ¿Puedes ponerla aquí?

Obediente, ella apartó la tacita para arrodillarse mejor y echó la cabeza hacia atrás, exponiendo al máximo la garganta. Su naricilla y sus labios se posaron suavemente sobre la superficie. Depositó un beso largo y suave con los ojos cerrados. Sobre el cristal apareció la forma de un corazón rosado y carnoso.

—Joder... —murmuró Costas, observando no solamente la boca, sino la imagen completa de la muñequita más tierna y preciosa en la que alguna vez hubiera posado los ojos.

Faisal cerró el puño del brazo que aún yacía abandonado sobre la mesa.

—*Cierra la puerta con llave y pospón la cena* —le ordenó en árabe, tal y como estaba previsto.

—*No tenemos los análisis, Fai. Y no sabemos quién es*. —Como buen abogado y amigo, su deber era hacérselo ver, aunque detestara estropear ese momento.

—*Eso quiere decir que, por una vez, voy a vivir al límite. Mírala, Takis* —lo llamó con el apodo que usaba solo en privado—. *Dudo haber tenido nunca entre mis manos algo tan limpio.* —Mantuvo la barbilla alta y la mirada baja, abriendo apenas la boca para soltar, entre dientes, un árabe cerrado—. *Mi vida no corre más peligro con ella que cualquier otro día en las calles de esta ciudad.Todo lo que necesito con ella es un preservativo.*

—*En eso estoy de acuerdo. Es más, me atrevería a decir que hacen falta al menos tres preservativos.*

Al oír al abogado marcharse tras aquel breve intercambio en una lengua que no entendía, Avery abrió los ojos y entreabrió los labios. Su aliento cálido empañó ligeramente el cristal.

—¿Qué pasa? —Se preguntó qué le habrían ordenado hacer, torciendo el cuello para seguir a Costas con la mirada.

—Pasa que tienes el poder de tocar a alguien sin siquiera rozarlo. Incluso a alguien intocable. —El príncipe deslizó dos dedos fugazmente por sus propios labios y luego se acarició la barba entre el pulgar y el índice—. Y apuesto a que ni siquiera lo sabes.

—¿Se supone que yo le he tocado?

—Lo has hecho.

Avery presionó la mano contra el cristal y la cerró sobre aquella superficie transparente pero firme, cuya presencia empezaba a resultarle frustrante.

—A mí, en cambio, desde aquí, usted me parece inalcanzable.

Él se echó hacia atrás en la butaca y separó las piernas.

—Entonces ven, sal.

Dobló los dedos, invitándola a aprovechar el estrecho espacio que le dejaba entre la mesa y su cuerpo. Delimitándolo, el triángulo de sus largas piernas, en medio de las cuales Avery notó la tela de los pantalones tensa por una masculinidad desbordante.

Oh, Dios...

No solo era un príncipe.

También era un hombre.

Y uno muy, muy hombre.

Podría haber salido con más facilidad por cualquier otro hueco entre las sillas, pero era como si la vida no le ofreciera mejores opciones. Apoyó las manos en el suelo y avanzó a gatas justo cuando Costas regresaba, absorto en su móvil.

Avery emergió en cuclillas desde debajo del cristal e intentó incorporarse. Sin saber bien dónde apoyarse, posó las manos en el centro del asiento, entre los muslos del príncipe, peligrosamente cerca de rozar una zona que no se atrevía ni a mirar.

Se puso de pie frente a él y apoyó el trasero contra la mesa. Se pasó una mano por el pelo, intentando arreglárselo como pudo; esa onda suelta, sujetada apenas por una pinza al final del mechón, le caía sobre la mejilla. Fue un intento inútil, así que acabó sujetándose a los laterales de la mesa.

Así, ella era apenas un poco más alta, y aun así él seguía imponiéndose con su importante presencia. La estudiaba centímetro a centímetro, generándole una incómoda inseguridad sobre cómo se vería tan de cerca.

Ella, con aquellas prendas que antes habían sido de su tía y, más tarde, de su prima, antes de llegar a sus manos. Ella, que se sentía tan agradecida cuando se las regalaban. Ella, que las llevaba con orgullo por la calle, pero que, de pronto, las sintió tan gastadas que casi parecían volverse transparentes ante el resplandor de aquel príncipe dorado.

Se estremeció al sentir la pluma de plata de Costas deslizarse por su hombro, haciéndole cosquillas.

Pero se obligó a no apartarse.

—¿Quieres saber qué está viendo Su Alteza? —le preguntó desde un lateral de la mesa, completamente relajado, con una mano en el bolsillo del pantalón y la chaqueta entreabierta.

—Sí... —susurró ella.

—Puedo intentar adivinarlo por ti. —Deslizó la pluma bajo el fino tirante del vestido—. Ve una página en blanco, limpia, aún por escribir.

La habría escrito él mismo, de haber podido, pero los deseos de Faisal siempre estaban por delante de los suyos. Eso no significaba que no pudiera aportar su parte.

Hizo clic con el bolígrafo y lo usó para bajarle el tirante. En el recorrido, la punta metálica trazó una línea azul desde el hombro hasta el codo, arrastrando consigo la tela. El escote, deformado de ese modo, dejó al descubierto parte del pecho izquierdo. Voluptuoso, suave, joven.

Ella siguió con la mirada el trazo azul que la tinta había dejado sobre su piel, perpleja, como si aquella línea la inquietara más que el propio el escote desplazado, donde asomaba el borde del sujetador. Sus manos se cerraron con fuerza, aferrándose al borde de la mesa, pero no se movió.

Oh, sí, Costas dedujo que ella *quería* ser escrita. Solo había que tener cuidado de no hacer gestos bruscos que pudieran espantarla.

—Muy bien —la elogió en voz baja—. Así, no te muevas.

—Pero...

—Pero nada, no hace falta que hables. —La pluma reanudó su recorrido desde donde había comenzado, esta vez descendiendo por el esternón.

Avery gimió quedamente, a punto de apartarse... pero aún titubeaba, porque no quería que el príncipe dejara de mirarla como lo estaba haciendo, con esa intensidad capaz de hacerle cosquillear la piel solo con la fuerza de sus ojos.

La pluma esquivó la estrella de plata de la cadenita y desvió su rumbo, metiéndose bajo el borde de encaje del sujetador, para ascender por la sensual curva del pecho.

Estaba inmovilizada por el desconcierto. El abogado estaba manchando su cándida piel, la estaba... ¡*Jesús*! La punta esférica le pareció afilada cuando alcanzó el pezón turgente, haciéndolo asomar por la tela.

Avery sintió que se sonrojaba de repente, con una intensidad que la desbordaba.

—Ya que eres estudiante, sabrás que las partes más importantes del texto se subrayan —afirmó Costas.

Un calor abrasador le subió entre los pechos, encendiéndole la cara, mientras la pluma comenzaba a trazar círculos alrededor del botoncito, haciéndolo endurecer hasta lo imposible.

—No puedo, yo... —Se cubrió el rostro con la mano y se encorvó ligeramente. Las cosas estaban yendo por un camino que no era el correcto; su cuerpo era algo íntimo, algo muy suyo, y lo que necesitaba en ese momento era una caricia, no un trozo de plata frío e impersonal—. Tengo que llevar a Oliver a casa.

Se retorció buscando al caniche que se había instalado plácidamente en un sofá, entre dos mullidos cojines.

Faisal se levantó.

¡Oh, diablos...!

Así, erguido, su imponente presencia la hizo derrumbarse. Era alto, de figura esbelta en conjunto, pero con una complexión poderosa; unos hombros anchos acentuaban ese aire viril que le confería la barba espesa. Su perfil recto —la nariz afilada, las mejillas apenas hundidas bajo pómulos marcados— parecía casi un manifiesto de la nobleza inscrita en su linaje.

¿Cuántos años mayor sería? Unos cuantos. Si ella tenía veintidós años y medio, él debía rondar los cuarenta. Cargaba mucha vida a sus espaldas.

—Costas hará que lleven al perro a casa. Solo tienes que darle la dirección. —Avanzó un paso, obligándola a echar el cuello hacia atrás para poder alcanzar su rostro. Incluso su torso se arqueó ligeramente hacia atrás.

—La señora Walsh se asustará.

—La asustada eres tú. —Sus manos le sujetaron la cintura.

Ella contuvo la respiración y tensó el vientre.

—Solo quería hablar...

Faisal la sintió pequeña y cálida entre sus palmas, ligera para levantarla. En efecto, eso hizo. La alzó y la sentó sobre la mesa.

—Solo querías hablar, y ahora solo quieres escapar. ¿No quieres escribir tú también, tu parte de esta historia? —Posó una mano en la base de su cuello, envolviéndolo con delicadeza de un lado al otro.

Avery tragó saliva, sintiendo que el corazón le latía en la garganta, justo bajo esos dedos. Solo con el roce de su piel percibía su potencia; no estaba solo en sus músculos, sino en cada parte de él.

Fue más fuerte que ella: extendió el dedo índice, tembloroso, para tocar las hojitas de brillante seda dorada bordadas en el borde de su *sherwani* abierto.

—Lo haría, pero dudo que Su Alteza permita que otro escriba su historia. Aunque solo fuera una página. —Había estado bien; se había dirigido a él con la corrección adecuada.

—Y sin embargo, no he sido yo quien irrumpió en tu vida, sino más bien al contrario. —Su mano se cerró y empezó a hacer presión para empujarla hacia atrás.

Los abdominales de Avery ofrecieron una mísera resistencia, incapaces de oponerse a la contracción del bíceps del hombre. Hasta que su espalda chocó contra la superficie de la mesa y quedó recostada sobre ella, mientras el vestido se le subía un poco, dejando las rodillas al descubierto.

Entonces, la mano soltó el agarre para coger algo que le estaba pasando Costas. ¡Un... preservativo!

Un inocente trozo de látex empaquetado bastó para hacerla sentir ya jodida. Lo que estaba a punto de ocurrir era más grande que ella.

—No lo hice a propósito, solo estaba intentando coger a Oliver. —La desilusión rompió la magia que se había vivido hacía un momento—. Sin ánimo de ofender, no creo que sea muy regio por parte de los aquí presentes intentar aprovecharse de una chica que ha llegado por casualidad.

Cuando trató de alzar el cuello, la pluma de Costas le apuntó directo al centro de la frente, obligándola a mantenerse abajo.

El abogado se recostó cómodamente sobre los codos junto a ella, y su rostro apareció en su campo de visión, inundándolo con su fragancia y su barba, mucho más corta y definida que la del príncipe.

—Avery, Avery... no estás considerando el aspecto positivo de este encuentro fortuito. —Hizo girar la pluma, hundiéndola suavemente hasta dejar un pequeño rastro azulado en su piel.

Sostenida en vertical sobre su cabeza, la pluma le hizo ver doble.

—Yo no veo ningún aspecto positivo. —De la profundidad imperante en los ojos del príncipe, se había esperado algo muy diferente. Desde luego, no un vulgar estereotipo, como el de obligarla a abrir las piernas sobre aquella mesa para usarla como si fuera un objeto—. Todo esto me resulta un cliché tan decepcionante.

—Tan decepcionante que basta la punta de mi bolígrafo para mantenerte en tu sitio —le hizo notar Costas con un tono casi compasivo.

Los labios de Avery temblaron al intentar formular una objeción, que se disolvió en un jadeo. Exacto: ¿por qué no estaba gritando ni saliendo por la puerta llevándose a Oliver?

Sus manos descansaban sobre la mesa, muertas, al igual que sus piernas colgando. No opuso resistencia ni siquiera cuando el príncipe colocó las palmas sobre sus rodillas y las separó, metiéndose en medio. La tela de la

falda le rozó los muslos al subir, empujada sin prisa por sus manos decididas.

—Descubrirás que no soy un hombre apresurado. Y que soy muchas cosas, excepto un mero cliché. La insolencia de tu apelativo habría sido castigada severamente en otros tiempos... o en otros lugares, lejos de este *hermoso Estados Unidos* —terminó con desprecio hacia aquella tierra que no era la suya, mientras arrojaba el preservativo sobre la mesa. Hundió los pulgares en sus muslos, abriéndolos un poco más—. Ahora, si tienes que llamar a alguien para avisar que esta noche no volverás, te concedo cinco minutos.

Qué generosidad... Dios mío.

Avery giró la cara, y como la pluma no se movió, le trazó una línea desde la frente hasta la sien. El pecho se le contrajo en respiraciones temblorosas.

—¿Me concede cinco minutos? —Detestaba su manera de imponerse, pero estaba embrujada. Ojalá no tuviera otra opción, ojalá no le tocara ser fuerte y enfrentarse a él para preservar su dignidad. Solo dejarse usar, toda la noche, tanto como él quisiera, tal como había amenazado con hacer. Presionó la mejilla contra el cristal y cerró los ojos, tragándose un sollozo —. Ni siquiera me ha preguntado si lo quiero.

—No lo necesito. Tus ojos lo han dicho. Tu boca lo ha dicho. Tus rodillas en el suelo. —Le posó una mano en el centro del pecho, siguiendo el vaivén de la marea—. Tu respiración.

De repente, le agarró del escote y comenzó a tirar para arrancarle el vestido.

—¡No! —gritó Avery—. ¡No!

Oliver se levantó ladrando.

La fuerza con la que fue zarandeada la hizo resbalar sobre el cristal, hasta que su pubis golpeó contra su pelvis, con la inconfundible dureza del miembro oculto tras los pantalones.

Avery se retorció gimiendo, y Costas le sujetó las muñecas para impedir que arañara al príncipe.

—No hagas tonterías, pequeña —susurró cerca de su oído—. Una sola gota de sangre y podrías quedar arruinada.

Faisal se detuvo, el vestido apretado en el puño, con ganas de tirar de él de golpe y descubrir ese joven cuerpo que le encendía la sangre.

—No hace falta que la protejas, Takis. —No quería hacerle daño de verdad, y no se lo haría arrancándole el vestido, ni tampoco se vengaría por

una tontería así, un arañazo que era su única forma de defenderse. Si fuera una herida causada por un hombre, sí, haría correr la sangre sin ningún remordimiento, pero esto era diferente—. Déjala.

Costas lo hizo y la chica envolvió la mano de Faisal con sus dedos finos y frescos, delicados sobre su muñeca. Las yemas rozaron el borde sensible de la piel bajo el puño del *sherwani*. La muchacha consiguió, con su toque ligero, hacerle bajar el brazo; los nudillos se posaron entre sus senos, donde era evidente el latido incontenible de su joven corazón.

Sus grandes ojos brillantes, le suplicaban, destellando como gemas, y él sintió su cuerpo tensarse, la presión aumentar. No había manera lo suficientemente profunda para poseerla, para tener ese cuerpecito, esa boca, esos ojos.

—Costas te comprará todos los vestidos que quieras —le dijo para amansarla, cuando en realidad era él quien había sido domado por una cría, incapaz, además, de reverenciarlo como debería haberlo hecho.

—No quiero otros —le respondió ella sin tener ya el valor de mirarlo a los ojos—. Solo quiero irme.

Eso, Faisal no pudo soportarlo. Frunció el ceño.

—Irte... O sea, salir ahí fuera, recorrer una y otra vez la misma calle gris, haciendo siempre las mismas cosas. —Estaba tan cerca que podía sentir el suave calor de la flor femenina impregnar la tela, en contacto con el rígido fuego de su propio miembro. Le sujetó la pierna por debajo de la rodilla y se la colocó mejor—. Hasta tu perro ha buscado algo distinto esta noche.

Avery negó con la cabeza.

—No es mi perro... —tomó la mano del príncipe entre las suyas, una encima de la otra, sobre el pecho—. Por favor... —suplicó.

Por favor, no me tentéis más... Porque sabía que recorriendo la misma calle gris no tendría problemas en mirarse al espejo al día siguiente. En cambio, si se quedaba, dudaba de que pudiera conservar el respeto por sí misma.

—¿Te lo puedes creer, Takis? Se está negando —comentó, hablando en árabe con su amigo.

—¿Qué vas a hacer, Fai? —Costas veía cuánto le atraía, finalmente se había "encendido": esa chica estaba logrando algo que él ya no conseguía, después de haber agotado todas las ideas nuevas capaces de estimularle—. ¿La tomarás igual?

—Estoy tentado, pero sabes que nunca he usado la fuerza para tener una mujer y no voy a empezar ahora. Aunque solo necesite un empujón: lo siento, está a punto de ceder.

—Entonces, vamos a darle ese empujón. —Costas endureció la mirada —. ¡Eh! —Su bolígrafo apuntó bajo la barbilla de Avery, le giró la cabeza hacia él y se quedó allí—. Seis mil dólares. Una noche. Por aquí es un precio razonable para una profesional de buen nivel, al que he añadido un pequeño incentivo.

Seis mil dólares. Puede que no parecieran una fortuna para lo que pretendían de ella, pero ¿cuánto tiempo le llevaría ganar esa cantidad paseando perros o con los trabajos temporales que conseguía?

Y luego estaba el príncipe: con su aspecto y con todo lo que representaba, era la personificación misma de un deseo prohibido. Renunciar a él parecía casi más insensato que aceptarlo.

Si aceptas, perderás, Avery —le dijo una vocecilla sabia dentro de ella—. Venderás tu cuento de hadas y lo cambiarás por una realidad brutal. ¿De verdad vale seis mil dólares?

—No puedo, no soy ese tipo de chica.

—Nunca dije que lo fueras. —Costas sacó del maletín, junto al sillón, una cartera de piel. Extrajo billete tras billete, apilándolos junto a su cabeza. A un lado, el preservativo; al otro, el dinero.

Avery miró la pila. El olor de los billetes recién impresos le hizo cosquillas en las fosas nasales. Luego sintió cómo la alzaban.

Faisal le deslizó una mano por debajo de la cintura, obligándola a arquear la espalda. La tomó por la nuca, justo bajo la línea del cabello, y la atrajo hacia él.

—Le entregarás a Costas toda la ropa que llevas puesta. Toda. Hasta la última prenda, incluida la cadena y cualquier cosa que lleves en el pelo. Te tomaré en esta mesa y luego en mi suite, hasta que haya tenido suficiente. Y mañana, Costas te devolverá todo y hará que te lleven a casa.

Avery sentía una oleada de escalofríos recorrerle la espalda desde el punto donde él la sujetaba. Su nariz estaba a la altura del cuello de él, casi podía percibir el perfume exótico que la embriagaba.

—No me estáis escuchando —gimió, mientras la atroz duda de que de todas formas no le iban a dar elección empezaba a abrirse paso dentro de ella—. Con cada minuto que pasa, estoy más decidida a marcharme.

Costas añadió otros tres billetes al montón con una sonrisa fría, esperando simplemente a que ella capitulara.

Ellos no entendían, ni siquiera la escuchaban. Avery alargó una mano hacia atrás y, con rabia, hizo volar el dinero, que cayó primero sobre el abogado y luego al suelo—. ¡No lo quiero!

Ella quería más. Ella *valía* más. Cuando entró y el emir le habló, se había sentido especial, pero ahora la estaban haciendo sentir insignificante.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

Faisal levantó la palma de su mano, impidiendo a Costas pronunciar una sola palabra. Mantuvo el rostro imperturbable, aunque por dentro hervía. Apretó el pulgar y el meñique a ambos lados del frágil cuello de Avery, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás, mirándola a los ojos. Sus labios llegaron a rozar los de ella. Avery entreabrió los suyos, pero lo único que recibió fue el soplo de una sola palabra.

—Vete.

La empujó con tanta fuerza que resbaló sobre la mesa y tropezó, quedándose a escasos pasos de estamparse contra la pared. Luego le dio la espalda y se dirigió hacia la ventana que daba a la plaza.

Avery se apoyó en la pared, jadeando, con la respiración entrecortada. Estaba en estado de shock, sin saber qué decir.

—No quería hacerlo enfadar —declaró, para aplacar su mal humor—. Siento que se haya molestado, pero no quiero que me traten así. Tengo derecho a que se me trate con respeto, aunque solo sea una chica cualquiera.

Costas se rió con desdén.

—No está enfadado, simplemente se ha cansado de ti. —Ella ni siquiera podía imaginar cómo era el emir cuando se enfadaba de verdad—. Ha decidido ser clemente: te está dejando ir.

Lo que no añadió, pero que a ella le quedó perfectamente claro, era que más le valía aprovechar esa salida mientras pudiera.

Avery recogió el bolso a toda prisa, se lo colgó al hombro y agarró la correa de Oliver, enrollándosela en la mano. El caniche no parecía tener intención de bajarse del cómodo rincón que se había buscado, así que tiró de él con fuerza.

—Vamos, Oliver, anda —lo incitó, tirando de él para que la siguiera.

Costas la precedió, sacando la llave del bolsillo y abriendo la puerta para ella.

La chica se detuvo solo un instante para mirar la silueta del príncipe, con las manos apoyadas en el alféizar, los brazos tensos, el perfil altivo. A pesar de todo, cada vez que volviera a oír la historia de Saladino, sería su rostro el que vería.

El abogado esperó con la mano en el pomo.

—Nuestra reunión empezaba a volverse aburrida. Gracias por el simpático entretenimento. —Rápido, levantó el bolígrafo y le dejó una manchita en la punta de la nariz.

Ella se la tocó, frotándosela. Ese hombre tenía la manía de dejar huella.

—Gracias por el té.

Al menos, hasta el momento del té, había sido bonito.

Salió, alejándose con mucha más lentitud que cuando había llegado y con una experiencia más a sus espaldas. Estaba orgullosa de cómo se había comportado. Y triste.

De vuelta en la mesa, Costas comenzó a recoger los billetes con los que había estado seguro de poder comprar a una chica pobre en dinero pero rica de espíritu, mientras Faisal seguía mirando fijamente la plaza.

—Respecto al último punto —rompió el silencio el príncipe—, contáctales. Diles que subimos la apuesta. La tarifa ha subido dos puntos sobre el precio base.

—Y no es lo único que ha subido —murmuró entre dientes el abogado.

Faisal lo oyó de todos modos. Se giró y apoyó la espalda en el alféizar, cruzándose de brazos sobre el pecho.

—Me la puso dura besando un cristal.

—Lo sé. A mí también. —Costas recogió del suelo la tacita y bebió el último sorbo de té que ella había dejado—. Es diferente.

Había algo en ella... Solo con ver cómo había reaccionado a su bolígrafo, le entraron ganas de recorrer cada centímetro de su piel.

—Es solo una cría —gruñó Faisal, molesto, y comenzó a caminar a grandes zancadas.

—¿Te vas? —Aún quedaban dos puntos que tratar en la reunión.

El otro desechó cualquier incomodidad con un gesto de la mano.

—Necesito una ducha.

Las ganas de centrarse en los negocios —si es que en algún momento las había tenido— se habían desvanecido por completo.

Costas convino en que no era una mala idea buscar alivio del intenso día bajo un buen chorro de agua caliente.

—Bien. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—Sí. —El príncipe agitó el índice en el aire sin ralentizar el paso—. ¡Tráeme una mujer de verdad para esta noche, para follarla por todos los putos agujeros!

Costas sonrió de lado, golpeó los billetes sobre la mesa para alinearlos y los metió en su cartera. Sabía exactamente a quién debía llamar.

***

Costas no había visto la película por la que la actriz, en aquellos días a las puertas de los treinta, había sido premiada en los Oscars. Sin embargo, durante la fiesta de bienvenida en honor del emir, se había dado cuenta de cómo ella no le quitaba ojo a Su Alteza. Contactarla para llevarla a la cama de Faisal había sido sencillo. Y de ella, a la mañana siguiente, ya no quedaba rastro, salvo las huellas de lápiz labial en una de las dos copas vacías, en el suelo junto a la cama.

El príncipe salió del baño de la suite descalzo, con una toalla anudada a la cintura y otra en el cuello, el cabello chorreando agua.

—Buenos días.

—Buenos días a ti. —Costas sacó el portátil y lo colocó sobre la mesita del salón—. Nuestros guardaespaldas estarán aquí en una hora y el desayuno está a punto de subir a la habitación.

—¿Qué haría sin ti, Takis?

—Estarías perdido, a la deriva en este mundo grande y cruel —bromeó —. Por cierto, ¿qué tal los agujeros? ¿De tu agrado?

—Me atrevería a decir que te has superado a ti mismo —dijo, con las manos en los extremos de la toalla que le colgaba del cuello—. Se dejó montar como una yegua de raza, intentado dar lo máximo que podía.

Estupendo. Costas estaba realmente contento de haber conseguido darle a su amigo lo que necesitaba.

—¿Qué quieres que ponga primero en la lista para nuestro último día en Boston?

Faisal se secó el cabello frotándolo con la toalla y adoptó una mirada depredadora.

—Una visita a nuestros nuevos amigos de OilCorp, para empezar.

Era hora de hacer cuentas, antes de poner rumbo hacia el mar del Caribe.

Y así lo hicieron.

Esa tarde, en la limusina que los llevaba al aeropuerto donde los esperaba el jet, el atardecer coloreaba el cielo de la periferia de Boston como un cuadro de Monet, y el ánimo era alto. Chocaron las copas en un brindis.

—Por Estados Unidos. Por toda la sed de oro negro y de competencia —ironizó el príncipe, sentado el asiento trasero, totalmente a su aire.

—Te diré algo: a mí me encanta la competencia. —Costas, en el asiento de al lado, alzó el dedo índice del vaso y lo apuntó con él—. Admítelo, a ti también te gusta. Porque te gusta ganar—. Bebió un sorbo y continuó revisando, página tras página, los documentos en el iPad, satisfecho con lo que veía—. Has conseguido todo lo que querías, Fai.

Faisal asintió, pero poco a poco su sonrisa se transformó en una línea recta, sin que Costas, absorto en el ordenador, se diera cuenta. Miró hacia fuera, observando el paisaje que pasaba veloz.

"Has conseguido todo lo que querías, Fai."

Aún no.

Estados Unidos aún tenía algo de lo que él sentía la necesidad de apropiarse.

—Tráemela, Takis —ordenó, manteniendo la copa en equilibrio sobre la rodilla de la pierna cruzada. Tenía los ojos fijos más allá del cristal.

—¿El qué? —preguntó el otro, distraído.

Transcurrieron unos segundos de silencio, antes de que se decidiera.

—La doncella de los cuentos de hadas.

Costas volvió a centrar su atención en el amigo.

Así que era eso. Varias veces a lo largo del día, había habido instantes fugaces durante los cuales se había dado cuenta de que la mente de Faisal se había desconectado. Ahora sabía a dónde había ido.

—Se ha negado, Fai. —Y además, parecía bastante convencida de su decisión—. Es más dura de lo que su aspecto sugiere.

—No te pongas moralista, no te sienta nada bien. —Faisal parpadeó lentamente, implacable—. Todo el mundo tiene un punto débil, tú me lo enseñaste. —Bebió otro sorbo de Cristal—. Encuentra el suyo. Úsalo.

Dejando a un lado el iPad, Costas pensó que necesitaba otra copa. Esta vez apartó el champán y se sirvió algo más fuerte y con cuerpo: un bourbon.

—Explícame, ¿qué quieres exactamente de ella?

Sus lágrimas.

Cuando las había visto correr por aquel rostro inocente, Faisal había estaba a punto de recogerlas una a una con su lengua. Echarla había sido la

única manera de controlarse.

—Quiero que me lea el cuento de las buenas noches. Cada noche.

—Sí, claro... —resopló el abogado.

—Tú tráemela. Y luego ya veremos —replicó, sonriendo de manera enigmática, mientras la limusina entraba en el aeropuerto destinado a los vuelos privados.

Costas apretó la mandíbula, haciendo oscilar el líquido ambarino en el vaso. Faisal tenía razón, no podía negarlo: le encantaba ese tipo de desafío, y la idea de conducir con sus propias manos aquella delicada flor al campo salvaje que él y el emir compartían, ya lo hacía vibrar de impaciencia.

Solo tenía un nombre, pronunciado imprudentemente por la misma chica: *"Avery. Avery Jones"*.

Y con eso habría bastado.

---

[1] Novela de David Maclaine.

Capítulo 3

Ocho días después.

A veces tenemos la firme convicción de que nunca podríamos hacer ciertas cosas. Las leemos en los periódicos, las escuchamos en los cotilleos de los vecinos, y estamos seguros de que nunca, bajo ninguna circunstancia, nuestro comportamiento podría ser tan reprobable o inmoral como el de otras personas.

Estos eran los pensamientos de Avery, sentada en el asiento trasero del coche que había ido a recogerla al aeropuerto de Gran Caimán. Su vida estaba a punto de cambiar, de hecho, ya había cambiado. Sus convicciones más básicas se estaban desmoronando, enfrentándola brutalmente con aspectos de sí misma que hubiera preferido que nunca salieran a la luz.

Al final, se había vendio.

Hicieron falta cuatro noches en vela antes de que depusiera las armas. El abogado había sido implacable; la dejó macerar durante horas, presentándole cada mañana una nueva oferta de dinero. Cuanto mayor era la apuesta, más alta la recompensa, cada vez un golpe más fuerte, hasta llegar a la última, la que no podía rechazar.

Con esa cifra podría saldar las cuotas de la hipoteca del piso donde vivía con su madre y pagar la operación de las articulaciones de la pierna de su hermano. Ninguna de las dos cosas era urgente ni imprescindible para la supervivencia. Su hermano pequeño podría seguir viviendo tranquilamente

con una pierna maltrecha, pero, como Costas le había dicho: *"imagina verle correr y jugar al fútbol con sus amigos"*.

Ella lo había imaginado, y... *¡boom!*

Tocada y hundida. Porque el abogado era astuto, lo había entendido todo: solo le faltaba una justificación honorable para cometer un acto deshonroso que, en el fondo, le atraía. Y él se la había dado.

La gente, al descubrir su decisión, podría haber creído en su buen corazón y en el sacrificio hecho por un bien superior, el de sus seres queridos, pero ella y Costas sabían qué sucio impulso estaba en la raíz de todo.

Así que, ahí estaba, cruzando las puertas de un resort de cinco estrellas, en una isla caribeña, para reunirse con un emir saudí. ¿Cuándo, si no, podría haberse permitido un viaje como ese?

Se le había escapado el cartel exterior, pero al pasar por el vestíbulo reparó en la serigrafía grabada en una placa de cristal que proclamaba el nombre "Caribbean Bay Cove". No sabía cómo sentirse al contemplar la maravilla de aquel lugar. A pesar de que la ansiedad creciente arruinaba en parte el efecto, todo resultaba realmente sensacional.

Tras pasar el complejo central con las piscinas y las áreas de descanso, las cabañas se perdían por los senderos de dos alas distintas, en medio de una vegetación tropical. Avery fue conducida más allá, a una de las seis cabañas más exclusivas de todo el resort, ubicada sobre la pasarela que se adentraba en el océano.

Cuando puso un pie en ella, la mandíbula se le cayó al suelo: un ambiente elegante, impecable, de un gusto exquisito, con un salón que daba acceso a la terraza y desde allí, directamente al mar de brillantes aguas esmeralda. Costas había reservado esa cabaña para ella, donde debía esperar a que él la alcanzara para sellar el acuerdo; una "formalidad", según él.

Si su intención era impresionarla, lo había conseguido. La sensación de irrealidad que estaba experimentando era desmesurada. Le habría gustado poder compartirla con alguien, pero, según la excusa oficial, en ese preciso momento debería estar cuidando a los nietos de la señora Walsh en su casa de la montaña. Nadie, ni siquiera su vieja amiga de la infancia, sabía dónde estaba, excepto Costas.

Fue a él a quien envió un mensaje:

"He llegado.

Gracias por este sitio tan increíble."

La respuesta llegó tres minutos después:

"Estaba seguro de que lo apreciarías.
Date un baño y disfruta de la cena.
Iré a la cabaña mañana a las 3 p. m. Quiero que estés en la habitación."

Avery se pasó media hora perdida observando los pececillos a través del panel de cristal en el suelo del salón, y luego hizo exactamente lo que le habían indicado. Por la noche, se permitió derramar algunas lágrimas por esa parte de su respeto por sí misma que había perdido. Y a la tarde siguiente, Costas llamó a la puerta a las tres en punto.

Llevaba un traje de lino color crema, una gruesa cadena de oro y unas gafas de sol que se retiró hacia atrás, sobre la cabeza, para sujetarse el flequillo. Verlo en persona era diferente a escucharlo por teléfono: despertaba todas las emociones de aquel fortuito primer encuentro.

—Me alegra verte de nuevo, Avery. —Entró con un maletín en la mano y cruzó la cabaña pisando el cristal del suelo como si nada—. En efecto, esto no está nada mal, refleja fielmente las fotografías de su página web.

Ella estaba un poco avergonzada. Se preguntaba qué pensaría el abogado ahora de ella y si, con él, había llegado también el príncipe. Tenía que ser así, seguro. Lo siguió hasta la terraza y se quedó de pie a su lado, aferrándose a la barandilla.

Ambos contemplaron la bahía desde su posición privilegiada, con su playa blanca, las aguas cristalinas, algunos barcos y el promontorio al oeste. Costas dedicó unos diez segundos a admirarla, luego golpeó la barandilla con la palma de la mano y se dio la vuelta, listo para volver al interior.

—No he almorzado, así que he pedido que me traigan algo para picar. Espero que no te importe que coma algo mientras hablamos. —Abrió la maletín y sacó dos grupos de hojas sujetas con un clip, ofreciéndole uno—. Se trata principalmente de seguridad y privacidad, no hay nada complicado, pero si prefieres que tu abogado revise el acuerdo, lo entiendo.

Avery no tenía abogado ni intención alguna de buscar uno para explicarle ese asunto tan sucio.

—Prefiero hacerlo sola, si es tan sencillo como dice. —Simplemente no podía tutearlo.

Considerándose lo suficientemente lista para detectar posibles trampas, tomó los papeles y comenzó a leer mientras caminaba por el salón. El texto parecía conciso y accesible.

El *clic* del bolígrafo la hizo levantar la cabeza de golpe.

Su sonrisa decía que sabía exactamente qué recuerdo había despertado en ella aquel sonido, mientras sus ojos bajaban hacia los pezones que, como reacción, comenzaban a ser visibles debajo de la camiseta sin mangas. Avery se sonrojó como entonces y apartó la mirada para concentrarse en los papeles.

El primer punto establecía que no podía llevar consigo armas de ningún tipo, blancas o de fuego. Era legítimo, aunque le resultaba curioso que la hubiera considerado capaz de atentar contra la vida de cualquiera.

El segundo punto tenía que ver con la privacidad. Se le prohibía el uso de cámaras fotográficas, cámaras de vídeo o micrófonos, incluyendo el uso del móvil. La mente de Avery se alzó en protesta, mientras sus ojos seguían recorriendo las líneas.

"El uso de dicho aparato será permitido, cuando sea necesario, para comunicaciones entrantes y salientes, a discreción del Sr. Costas Hadjipavlou y bajo su supervisión."

—¿Me vais a confiscar el teléfono? —preguntó, sentándose en los escalones que separaban la zona de comedor del salón.

Él se acercó y apoyó un pie en el escalón más alto, descansando el codo sobre la rodilla. Hizo girar su maléfico bolígrafo entre los dedos.

—Supongo que habrás buscado información sobre el príncipe en internet.

—Sí —respondió, sin apartar la mirada de la página.

—Pero no has encontrado nada que no formara parte de sus apariciones oficiales, ni un solo cotilleo, ni siquiera en las redes sociales. ¿Y sabes por qué?

—Porque tiene un abogado como usted, que redacta acuerdos como este —dedujo.

—Muy bien. Su Alteza valora mucho su privacidad y tiene una aversión especial a las redes sociales. Ponte en su lugar, estoy seguro de que puedes entenderlo.

Avery lo comprendía y, desde cierto punto de vista, incluso le resultaba tranquilizador, porque la rigurosa privacidad del príncipe también la protegía a ella.

En ese momento llamaron a la puerta. Costas fue a abrir y una chica vestida con uniforme de camarera entró empujando un carrito. Mientras colocaba en la mesa varias bandejas con pequeñas raciones de comida, Avery continuó con la lectura.

El segundo punto concluía estableciendo su compromiso de no revelar a terceros ajenos al acuerdo ningún detalle sobre lo que oyera, viera o viviera en primera persona, etcétera, etcétera.

Nunca podría compartirlo con nadie, todo quedaría guardado como su secreto, para siempre.

—Ven a sentarte conmigo —la invitó—. Como solo demasiado a menudo.

Mientras la camarera detallaba los platos que se habían preparado especialmente en la cocina, Avery se acercó y se sentó en el sillón al otro lado de la mesa de cedro. Cuando la chica le ofreció una bandeja con rebanadas de pan decoradas, rechazó amablemente la oferta. El hambre era cada vez menor desde que se había embarcado en aquella aventura; sí, por un lado ganaría mucho dinero, por otro tenía mucho que perder, más de lo que Costas o el príncipe podían imaginar.

Colocó ambos codos a los lados de la hoja, como si se tratara de algo que debía estudiar en secreto, lejos de miradas indiscretas. Llegaba así al meollo del asunto, el objeto del contrato.

"La susodicha señorita Avery Jones se compromete a satisfacer en su totalidad las demandas de Su Alteza el Príncipe Faisal Rami Al-Najjar, ya sean de orden práctico, conductual o sexual."

No más malentendidos.

Deslizó la hoja del documento sobre la mesa, hacia el abogado, señalando con el dedo la palabra "sexual".

—Pero, ¿es legal esta parte?

Costas ni siquiera necesitó leer para responderle.

—Lo es si, en caso de un juicio, el juez y el abogado deciden que lo sea. En este caso, el tribunal competente está establecido en el país de origen del príncipe. Te dejo a ti sacar tus propias conclusiones.

Ese abogado era un tiburón, esas eran sus conclusiones. Todo parecía una pérdida de tiempo, una forma de posponer lo inevitable.

Costas le devolvió los papeles e hizo un gesto a la camarera para que le sirviera una tónica. Se escuchó el silbido del gas al salir, seguido del chisporroteo efervescente de las burbujas y el *glu-glu* al ser vertida en el vaso. Sonidos relajantes, que interrumpían la lenta respiración de Avery, completamente absorbida en tratar de entender cuál era el destino al que se había entregado.

En el documento, el plazo, fijado en un mes completo de prestación, venía justo después. De esto ya habían hablado por teléfono. Al principio, Costas le había propuesto tres días, luego una semana, aumentando la oferta y, finalmente, un mes, haciendo que la compensación diera un salto exorbitante.

Naturalmente, la chica no podía saber que la última oferta era, en realidad, la primera y única contemplada por Faisal. Una auténtica anomalía, teniendo en cuenta que las mujeres en su cama nunca duraban más de una noche. Lo que el príncipe realmente pretendía de ella seguía siendo un misterio, incluso para Costas.

De entre la comida que le llevaron, el abogado optó por una ensalada de mariscos. Desplegó la servilleta colocándosela sobre la pierna, antes de llevarse algo sustancioso a la boca.

La camarera le ofreció algo de beber a Avery, pero ella volvió a rechazarlo con un gesto, sin dejar de recorrer las líneas con la mirada.

Costas calculó que ya había llegado a la cláusula donde se especificaba que Faisal cubriría sus gastos médicos en caso de enfermedad o accidente, extendiendo el contrato y recuperando el tiempo no trabajado una vez que se reestableciera por completo.

Nada de excusas para esquivarlo, preciosa.

Hundió los dientes en el pulpo, tierno y jugoso, observando cómo Avery empezaba a mordisquearse el voluptuoso labio inferior; con la frente arrugada y los ojos entrecerrados, como dos rendijas.

—¿Qué...? —Miró a la camarera, que estaba vertiendo una sustancia caliente en un cuenco, sacándola con el cucharón de una olla en el carrito. Particularmente discreta, parecía ausente, aunque apostaría a que tenía todas sus antenas alerta.

Avery habló en voz baja.

—¿Qué se entiende por... *"actos lesivos"*?

Había pasado al punto en el que Faisal se comprometía a no cometer actos lesivos contra su persona.

El abogado se limpió la boca con la servilleta y se aclaró la garganta para llamar a la camarera.

—¿Puedes dejarnos, por favor?

Ella se despidió con la mayor diligencia, dejándolos solos y con más comida de la que él habría sido capaz de poder engullir. Costas hundió el tenedor en un rollito de pescado.

—Estoy seguro de que ya has entendido lo que se entiende por actos lesivos: palizas, mutilaciones, laceraciones, o cosas por el estilo. Aunque era algo obvio, he incluido esa cláusula para que te sientas tranquila.

Sí, bueno, si la primera parte debería haberla hecho sentir tranquila, la segunda la inquietaba también por la primera.

Leyó en voz baja: "*No se considerarán actos lesivos aquellos que ocurran durante el cumplimiento del contrato, en particular: abrasiones, enrojecimientos o dolores musculares derivados de una práctica sexual intensiva.*"

Levantó la cabeza, clavando la mirada acusadora en el abogado.

Él se tragó el bocado de pescado.

—Venga ya, te habrá pasado despertarte con alguna secuela después de un buen polvo, ¿no? Eso es lo que significa. Nadie quiere hacerte daño, solo trato de proteger al príncipe.

Sus labios se curvaron en una mueca triste.

—¿Y quién me protege a mí?

La cascada de cabello, sujeta en la sien por una de esas horquillas suyas que, evidentemente, no funcionaban del todo bien, se deslizó hasta rozarle la mejilla.

Costas dejó el tenedor en el plato.

Joder.

Cuando esa chica sonreía, te provocaba cosquillas en el estómago, y cuando se entristecía, en cambio, el estómago se te encogía como si te lo apretaran con el puño. Se podría haber hecho una disquisición sobre qué sensación prefería Costas, sin embargo, en ese momento lo importante era asegurarse de que la chica estuviera bien dispuesta y que no le faltara el valor que había demostrado al llegar hasta allí.

Se levantó y fue hacia ella. Le apartó la silla girándola hacia él y se agachó delante, con una mano en el respaldo y la otra sobre la mesa.

—Escucha, no estoy aquí para suavizar las cosas. Estoy aquí para asegurarme de que te comportes como es debido y de que la considerable suma que vas a recibir esté bien invertida. Así que sí, espero que, por nueve mil dólares al día, estés dispuesta a pasar por alto cosas que podrían hacerte apretar los dientes. —Mantuvo una postura amigable y confidencial, pero sin ceder ni un ápice—. Sé que será una experiencia nueva y desconcertante para ti, pero también estoy convencido de que, si te lo permites, acabarás disfrutando... incluso más de lo que imaginas. Te doy mi palabra.

—¿Debería confiar en la palabra de un abogado? —replicó ella, sujetando con fuerza el papel sobre las rodillas.

Cielos pensó Costas, *es más lista de lo que nos conviene.*

Se llevó la mano al pecho, mostrando una sonrisa más convincente.

—Vaya, eso sí duele. —Le dio un golpecito suave con los nudillos bajo la barbilla, buscando sus ojos—. Eh. No sé si eso te molestará más o te tranquilizará, pero yo siempre estaré cerca. ¿Vale?

—No me molesta, pero tampoco me tranquiliza. —La palabra exacta habría sido "me descoloca", ya que había experimentado lo apremiante que podía ser su presencia, como un diablillo susurrando al oído del príncipe.

Deslizó los dedos entre las páginas, volviendo a poner encima la primera.

—Me parece que todo está bastante claro. —Incluso esas partes un poco difusas que no hemos mencionado—. Pero me gustaría leerlo al menos una vez más.

—Claro. Adelante. —El abogado regresó a su sitio y eligió otro platillo de aspecto apetitoso.

Avery lo miró un par de veces, fijándose en cómo masticaba lentamente, con potentes movimientos de su mandíbula prominente. Decidido incluso en la forma de alimentarse.

Intentó no dejarse distraer y centrarse en posibles trampas, especialmente en la parte dedicada a su compensación. Mientras tanto, sus dedos se deslizaron por la cadenita que llevaba al cuello, llevándose la estrella a la boca, como siempre que estudiaba. Al llegar al final, dejó caer el dije de sus labios y depositó los papeles sobre la mesa.

—No sé cómo decirlo...

—Dilo con tus propias palabras —la animó.

—Bueno, no se mencionan... prácticas de... sumisión. —Quería saber si el príncipe era de ese tipo de hombre, y qué grado de obediencia esperarían de ella.

—Mi querida muchacha, ¿no te parece que todo el documento es, en sí, una práctica de sumisión? —Un destello brilló en sus ojos afilados, y una cascada de gotitas heladas le recorrió la piel a Avery.

"...La plena disponibilidad para cumplir en su totalidad las solicitudes".

—Sí, lo parece. —Obediencia absoluta, entonces.

Si solo hubiera sido por el dinero, la tentación de echarse atrás la habría consumido. Pero también estaban esas gotitas, esa sensación que recorría su

piel por fuera y le quemaba por dentro. Avery no lograba entenderlo, solo sabía que ansiaba más, con una intensidad casi desgarradora.

El teléfono de Costas vibró, indicando la llegada de un nuevo mensaje y él lo levantó para leerlo.

—Ah, qué momento tan oportuno. —Apartó el plato vacío y dejó la servilleta sobre la mesa—. Han llegado los resultados de tus análisis.

Había sido tajante al respecto: no permitiría que se marchara sin haber acudido antes a la clínica elegida para los análisis. Así que ella no tuvo alternativa.

Avery entrelazó las manos sobre el regazo.

Sobre ese tema, hay algo que debería haberle dicho...

Costas hojeó las páginas.

—Bueno, diría que estás en perfecto estado de salud. —Revisó los resultados a velocidad supersónica, con ojos entrenados, sin apartarlos de la pantalla ni siquiera cuando dio un sorbo a su agua tónica.

—Sí, ya le había dicho que estoy bien, pero...

Él se detuvo y amplió la ventana con dos dedos.

—Hay un error.

—No lo creo. —Avery se retorció las manos, que habían empezado a sudar frío.

Costas volvió al encabezado de las páginas para verificar que le hubieran enviado los análisis correctos. Lo revisó dos veces, y luego se puso de pie, empujando la silla hacia atrás.

—Hostia puta...—murmuró, marcando las palabras mientras miraba el teléfono—. Parece que leer los periódicos no es lo único que no has tenido tiempo de hacer.

—Quizá debería haberle dicho que no tengo experiencia.

—¿*Quizá*? —la reprendió, severo.

Ya al colmo de la vergüenza, Avery se molestó, y adoptó una actitud defensiva.

—Vale, tal vez no sepa muy bien qué hacer en una cama, pero de todas formas tengo algo que vale mucho. —Y que perdería para siempre—. Así que no me menosprecie.

—No te estoy menospreciando, solo me sorprende que no hayas jugado la carta de tu virginidad para subir la apuesta. —Giró el teléfono con la nota en cuestión ampliada a pantalla completa.

—Le parecerá absurdo y sin sentido, pero... no es eso lo que está en venta. —De algún modo, negarse a usar su virginidad como moneda de cambio le había parecido la única manera de no manchar también eso. Una ilusión a la que no quería renunciar.

—*Él* la tomará de todas formas —remarcó lapidariamente—. ¿Al menos has entendido lo que estás a punto de firmar?

—Claro que lo he entiendo. —Ya estaba lo suficientemente agobiada, ¿por qué tenía que tratarla como si fuera una retrasada mental ahora? ¿No podía simplemente estar contento?

Avery se levantó y apretó el borde de la silla con las manos, conteniendo las lágrimas que amenazaban con salir.

—Creo que quien no entiende es usted.

El abogado chasqueó la punta de la lengua contra los dientes.

—Vamos a aclarar algo desde el principio, *niña* —dijo, rodeando la mesa para situarse detrás de ella—. El acuerdo es con el príncipe, pero cuando yo hablo, soy su voz, y cuando me tienes delante, me debes el mismo respeto. —Ella intentó girarse, pero él apartó la silla y le puso una mano en el hombro, cerca del cuello, presionando el pulgar bajo el omóplato—. Y la misma obediencia.

Atrapada allí, Avery fue invadida por el olor de su loción para después del afeitado. Sintió cómo el abogado se acercaba por detrás, un doloroso centímetro a la vez, imponiéndose con su gran corpulencia de hombre adulto.

—No tienes que decirme que no entiendo, porque lo entiendo todo. —La mano se volvió cálida y pesada sobre su hombro, y sus labios le susurraron al oído, a través del velo de su cabello, paralizándola... hasta que logró arrancarle un leve jadeo—. Claro que lo he entendido —se rió con desdén, en un susurro.

Costas pensó que no había forma de que las cosas pudieran mejorar. Estaba pura y lista para recibir todo lo que le esperaba. Si tan solo hubiera sido un hombre compasivo, le habría dicho que volviera a casa. Si tan solo lo hubiera sido, en efecto.

—Ahora me llama niña, pero sigo siendo la misma de hace cinco minutos —se quejó Avery con voz débil.

Él soltó una risita, dejándola ir.

—No para mí.

Para él, su valor se había disparado vertiginosamente. Faisal quedaría muy impresionado con ese espléndido bonus. No podía esperar para comunicárselo.

—Entonces, ¿me quiere o no? —le preguntó, abrazándose a sí misma.

Ah, qué impaciencia deliciosa.

—Te querrá, te lo garantizo. —Hizo clic con el bolígrafo—. Permíteme solo una pequeña modificación.

Se sentó a la mesa y añadió una apostilla en ambas copias del acuerdo.

—Listo. Hecho. La prudencia nunca está de más.

Avery revisó. Había insertado un asterisco junto a la entrada de "actos lesivos", añadiendo debajo, con su elegante caligrafía: *"la laceración de la integridad virginal no se considerará acto lesivo, en cuanto acto consciente y consensual"*.

Solo para que quede claro como el agua.

Después, le entregó la segunda copia y su bolígrafo de plata.

—Ahora te toca a ti.

Ambos contuvieron la respiración por un instante, y ella tomó la pluma.

Observó la firma que había dejado previamente el emir: dos palabras seguidas de una serie de siglas gruesas y negras. Luego escribió la suya en el espacio correspondiente, con la punta fina y azul del bolígrafo. En comparación, su nombre resultó breve y pequeño, con la "J" de Jones ligeramente temblorosa.

Estaba hecho, ya no había vuelta atrás. No tener más opciones era casi un alivio.

—Excelente. Bien hecho, chica. —El abogado le arrebató rápidamente la primera copia firmada de las manos. Llamó a alguien por el móvil mientras caminaba hacia la terraza, intercambió unas frases en árabe y colgó enseguida—. Enviaré a alguien a recogerte esta noche, tras la cena, sobre las diez, para llevarte con el príncipe. Prepárate para dejar el resort.

—¿El príncipe no está aquí? —le preguntó, saliendo a la terraza junto a él.

—No, no está aquí. Está allí. —Señaló un punto en medio del mar.

Entonces Avery comprendió que no señalaba el océano, sino un yate gris perla que emergía detrás del promontorio. Parecía crecer a medida que avanzaba, revelando líneas largas y sofisticadas que le daban un aire agresivo y, al mismo tiempo, refinado. Era imponente y...

Madre mía, todavía hay más.

Y sigue...

Y sigue...

¡Es gigantesco!

Se llevó una mano a la boca para no gritar.

—¡Jesús santísimo! —Dio pequeños saltos en el sitio.

Costas disfrutó del espectáculo, no del yate, sino de ella. Empezaba a cogerle el gusto a sorprenderla.

—Deduzco que te gusta. Bien, porque será tu residencia durante el próximo mes.

Ella dejó caer lentamente la mano y clavó la vista en el barco con sus grandes ojos brillantes, respirando como si le faltara el aire. Emocionada y desbordada por la tensión.

Costas se preguntó cómo reaccionaría una vez a bordo, y cómo se comportaría Faisal con ella, teniendo en cuenta que a una *cosita* así, ni siquiera él la había poseído jamás.

—El último juguetito que le costó más o menos lo mismo que tú fue un Lamborghini Huracán Performante —recordó, más para sí que para ella.

Ella no podía apartar los ojos de la embarcación, se agarraba al pasamanos, subiendo y bajando de puntillas.

Y él no podía apartar los ojos de ella.

¿Cuánto tiempo hacía que alguien capaz de mostrar emociones simples y sinceras no subía a ese barco? Alguien que no tuviera al aburrimiento como amigo.

—Después de dos semanas ya se había cansado del coche —reveló.

—¿Qué? —Avery aterrizó de golpe sobre las plantas de los pies.

—Tranquila, estoy dispuesto a apostar a que de ti no se cansará tan pronto. —Miró el reloj: aún le quedaban un par de asuntos por resolver en George Town antes del anochecer.

Le tendió la mano.

—Nos vemos a bordo.

Avery se secó la palma, algo húmeda por los nervios, en la camiseta antes de estrechársela. Lo miró con esos ojos demasiado grandes para su rostro fino y asintió, con los labios apretados.

Pero en cuanto él se giró para ir a recoger el maletín, ella recobró la voz.

—¿Y qué pasó con el coche? Quiero decir, una vez que el príncipe se cansó de él.

Costas se bajó las gafas de sol y giró la cabeza, declarando con tono sereno por encima del hombro:

—Me lo cedió.

Capítulo 4

A la hora convenida, Avery fue recogida con la lancha auxiliar por un miembro de la tripulación. Era un joven rubio vestido con el uniforme del yate. En su polo blanco, bordado con finas rayas oscuras, llevaba bordado el nombre "Amir Al-Miyah". Avery lo pronunció varias veces entre dientes, hasta que él le corrigió la pronunciación y le informó que, traducido, significaba "Príncipe de las aguas".

Fue todo cuanto hablaron. El chico era callado y ella estaba absorta contemplando el yate en su versión nocturna, con su miríada de luces cálidas que iluminaban los interiores y sus numerosas cubiertas, haciéndolo brillar incluso en la oscuridad, como una perla gris engastada en una joya de plata pulida.

Avery estaba segura de que en cualquier momento iba a despertarse y el barco se desvanecería como una burbuja de jabón. Pero no, seguía allí, cada vez más grande, cada vez más bello.

Se acercaron por la popa, él la ayudó a subir a bordo y la acompañó escaleras arriba, hacia la cubierta de donde llegaba una música house de ritmo marcado. Pasaron junto a la piscina y entre sofás tapizados en alcántara blanca. Las dimensiones del lugar y la fastuosidad del mobiliario eran absurdos; había que estar allí para creérselo.

El encargado de a bordo la detuvo en el umbral de un espacio diáfano bajo cubierta. En el centro, tres largos sofás curvos, dispuestos en semicírculo con unos quince metros de diámetro, constituían el punto focal

de toda la estancia. Más allá, se divisaba una barra con su correspondiente barman. Por lo visto, se estaba celebrando una fiesta íntima, reservada a unos pocos elegidos.

Un hombre distinguido estaba sentado en la barra del fondo, charlando animadamente con la mujer que tenía al lado. Otros dos tipos se habían acomodado en un sofá, acompañados de una botella y tres chicas; una de ellas, de pie, le masajeaba los hombros al más joven, deslizándole las manos por debajo de la camisa hasta el pecho.

En el lado opuesto, el último hombre, Costas, tenía las manos en el trasero de una chica, poco mayor que Avery, sentada a horcajadas sobre él. La estaba besando mientras ella se reía y movía la pelvis frotándose sinuosamente contra su ingle.

Prostitutas, pensó Avery, notando sus vestidos ceñidos, parecidos a cascadas de oro y plata brillante, impalpables, sostenidos apenas por unos tirantes microscópicos.

El ritmo de la música house le retumbaba en el pecho; ella no tenía nada que ver con aquellas mujeres. Ella no era una... cerró la boca y apretó los dientes: estaba allí por eso, porque había vendido su cuerpo. Aunque llevase pantalones cortos y una camiseta, ahora era una auténtica *puta*. Mejor que lo tuviera bien presente.

El encargado de a bordo se inclinó hacia el oído del abogado, que se volvió y le hizo un gesto con los dedos para que Avery se acercara. Ella avanzó, profundamente incómoda, con pasos acelerados por los nervios. Al llegar junto a él, Costas dio un golpecito con la mano, invitándola a sentarse a su lado.

—Bienvenida a bordo, Avery. Si quieres beber algo, puedes servirte en el bar —le dijo con soltura, como si no tuviera a una rubia de cincuenta kilos pegada a él, intentando besarle el cuello. Mientras ella se restregaba contra su cuerpo, su piel, en gran parte al descubierto, desprendía un perfume a rosas que Avery podía oler incluso desde allí.

Se preguntó si sería buena idea aceptar una copa; quizá el alcohol la ayudaría a calmar los nervios y a fingir que aquella situación era completamente normal.

—Gracias. Tal vez después.

La rubia levantó la cabeza, dejando ondear su melena sedosa. Era preciosa, realzada por un maquillaje muy sutil; en ella no había nada vulgar, salvo el tamaño de su vestido.

Le tendió la mano con una sonrisa.

—Mallory, un placer conocerte.

Avery se la estrechó.

—Avery, el placer es mío.

—Eres mona. ¿Te unes a nosotros, Avery? —Se inclinó hacia ella, acariciándole el brazo justo donde terminaba la manga de la camiseta, hasta el codo. Sus uñas afiladas y pintadas de un rosa perlado, le hicieron cosquillas, erizándole la piel.

Costas le agarró un mechón de cabello rubio y la apartó hacia atrás.

—Ella es cosa del príncipe.

Mallory retiró la mano al instante, como si se hubiera quemado, y se refugió en sus brazos.

—Oh, perdona. No lo sabía.

Actualización: ni siquiera era una prostituta, era una "cosa". Una cosa de propiedad del pez gordo.

Miró a su alrededor.

—¿Él no está?

—Ya se ha retirado —le informó el abogado.

Eso no significaba que se hubiera ido simplemente a dormir. Al constatar lo poco que le había importado su llegada, sintió alivio, mezclado con una leve punzada de decepción.

—Esta noche puedes relajarte e intentar ambientarte. —Costas se levantó con la rubia en brazos, para luego volver a colocarla en el sofá—. Te enseñaré dónde vas a quedarte y te explicaré un par de cosas.

—¿Y yo? —se quejó Mallory.

—Tú, cariño, me esperas aquí. —Le cogió la mano y se llevó su dedo índice a la boca. Lo deslizó entre sus labios, luego le levantó el borde del vestido y le hizo meter el dedo húmedo bajo las bragas—. Muévelo, tócate.

Ella le dedicó una sonrisa traviesa y se deslizó un poco en el asiento, entrecerrando los ojos. La tela de las braguitas empezó a moverse lentamente.

—Date prisa —lo instó—. Si no, la diversión será solo mía.

—No te preocupes, yo también tendré mi parte. —Costas señaló la mesita que tenía delante, dirigiéndose al encargado de a bordo que aún no se había marchado—. ¿Puedes sentarte ahí y vigilar que no pare hasta que yo vuelva?

El chico no necesitó que se lo repitiera.

—Con mucho gusto, señor. —Se sentó, con los codos apoyados en las rodillas y los ojos fijos en ella, llenos de deseo.

La chica apretó la mano libre contra el cojín, aceptando el desafío.

—Eres terrible, Hadjipavlou.

—Puedo ser mucho peor. —Le separó aún más las piernas para ofrecer una mejor vista a su vigilante—. Procura no decepcionarme, ¿vale? Es un consejo —la advirtió.

Luego le cogió la mano a Avery.

—Podemos irnos.

La condujo hasta la barra del bar, donde le hizo beber un chupito de ron, sujetándole el vaso por debajo con un dedo, para que se lo bebiera de un trago. Esto no hizo más que quemarle la garganta y aumentar la confusión que tenía en la cabeza.

Se encontró siguiéndolo como un autómata por un laberinto de pasillos y escaleras. En la cubierta superior vio a algunas camareras recogiendo y ordenando los restos de una cena. El personal estaba por todas partes, excepto en la zona de descanso, hacia la que se dirigían.

—He hecho que te reserven una suite en el mismo pasillo que la del príncipe, para su comodidad. —Así podría tenerla siempre al alcance de la mano—. Recuerda cuál es tu habitación y nunca llames a ninguna otra puerta de este pasillo. Por lo demás, puedes recorrer el yate de punta a punta, disfrutar de la piscina, la sala de cine, el gimnasio, o lo que quieras. Pero lo más importante: no molestes nunca al príncipe, bajo ninguna circunstancia. En el momento en que desee tu presencia, será él quien venga a ti o quien te mande a llamar. — Hubo un puñado de segundos en los que solo se oyeron sus pasos sobre el parquet—. Dame una señal de que estás viva y lo has entendido.

—Sí, lo he entendido —respondió absorta en sus pensamientos.

Le abrió una puerta a la izquierda.

Ella se detuvo a mirar la que estaba al final del pasillo, el doble de grande que las demás.

—Esa es la suya. Ya entrarás, no te preocupes, pero de momento conformate con la tuya.

Avery cruzó el umbral y, una vez más, se quedó maravillada al contemplar aquel espacio repleto de lámparas, alfombras y amplios ventanales que ofrecían una vista espectacular de la bahía, salpicada por las luces del Caribbean Bay Cove.

—En el armario encontrarás la ropa que han elegido para ti —continuó él, dándole indicaciones sin hacer el menor caso al hecho de que su maleta ya había sido llevada allí—. Te avisarán con antelación si se te requiere para alguna comida o cena. Por lo demás, cuando tengas hambre o sed, solo tienes que dirigirte al encargado de a bordo o al personal de cocina. El chef es italiano, te aconsejo que lo aproveches.

Mientras paseaba por la habitación, la mente de Avery se desvió hacia la chica, que probablemente seguía masturbándose ante la mirada del auxiliar de a bordo, solo porque Costas se lo había ordenado.

—Mallory podría haberse corrido ya cuando regrese con ella. —Tenía que ser el chupito. Nunca se había expresado de forma tan sexualmente explícita con nadie. Llevaba apenas unos minutos en aquel yate de la perdición, y ya estaba perdiendo el control, solo por demostrar que podía estar a su altura.

Él se cruzó de brazos.

—Puede ser, pero ese no es el punto.

—¿Y cuál es, entonces?

—Podría hablarte de tensión sexual y de juego erótico, pero el punto es siempre el mismo: poder.

—¿El poder lo excita?

—¿A quién no le excita? Ya sea de una forma o de otra. —Costas apoyó la espalda contra la puerta—. ¿No te excita saber que tengo el poder de obligarte a hacer lo mismo que está haciendo Mallory?

Avery se detuvo en seco, sin atreverse a darse la vuelta para mirarle a la cara. Un suspiro tembloroso se le escapó de los labios.

—No lo haría —murmuró.

Ella era propiedad del príncipe, él mismo lo había dicho, a pesar de que las palabras de aquella tarde seguían resonando en su mente: *"cuando yo hablo, soy su voz y cuando me tienes delante, me debes el mismo respeto"*.

El abogado desenfundó una sonrisa ambigua.

—Lo descubrirás por ti misma, supongo.

Ansiosa por cambiar de tema y no quedarse enganchada en esa conversación, Avery evitó responder. Se acercó al escritorio y encendió la lámpara: la luz iluminó el blíster de pastillas anticonceptivas que le habían recetado tras los análisis, y que ya había empezado a tomar. Él le había garantizado que tendría suministro suficiente.

—Ha pensado en todo.

—Es mi trabajo. Ahora, si no te importa, una última formalidad... —Descruzó los brazos y giró una mano con la palma hacia arriba—. Tu teléfono, gracias.

Ella lo sacó del bolsillo de sus pantalones cortos y se lo entregó a regañadientes.

—Bien. —Se apropió de él—. Diría que por el momento es todo. Buenas noches, pequeña Avery.

—Buenas noches —le respondió, imaginando que aún pasaría un buen rato antes de que él se fuera a dormir.

En cuanto la puerta se cerró, comprendió que estaba completamente aislada de su mundo y sola, tratando de no ahogarse en un entorno que no le pertenecía. Esos hombres, poderosos y curtidos, podían manejarla a su antojo; a ella, que no era más que una chica de poco más de veinte años. La sensación de vulnerabilidad se disparó; lo que antes podía parecer emocionante se volvió aterrador, haciéndole temblar las rodillas. Una oleada de náuseas le subió desde el estómago.

Corrió al baño y se encerró, sentándose en el váter mientras intentaba respirar hondo. Al soltar el aire con los ojos cerrados, captó un sonido. Aguzó el oído, inclinándose hacia la pared. El ruido volvió, prolongado, in crescendo: un gemido. Alguien estaba teniendo sexo en la habitación de al lado.

Un recordatorio reiterado de que pronto, antes de que estuviera lista, también le tocaría a ella.

***

Varias veces a lo largo de la noche, Avery oyó pasos por el pasillo, risitas y jadeos. Tardó en dormirse y se despertó sobresaltada por un estruendo atronador que venía de la parte superior del yate. Un minuto después, vio cómo despegaba un helicóptero con varias figuras oscuras en su interior: siluetas masculinas que dedujo debían de ser los invitados de la noche anterior. Incapaz de volver a dormir, se levantó para comenzar su primer día a bordo.

Abrió el armario con cierto temor, esperando encontrarlo lleno de ropa parecida a la que llevaban las prostitutas del salón. Pero para su sorpresa, descubrió una amplia selección de prendas con un nivel de exposición bastante razonable. En general, un vestuario más que adecuado para unas

vacaciones de lujo en la playa, aunque con una curiosa ausencia de pantalones o shorts.

Eligió, entre todas las prendas, un vestidito de estampado floral en tonos pastel, ligero, con flecos sedosos en el bajo. Se recogió el largo cabello castaño con unas pinzas y salió a explorar.

Justo al mismo tiempo, una chica salía de la habitación del príncipe, dándole sin querer la oportunidad de echar un vistazo fugaz al interior. Era enorme, y aunque la cama quedaba algo alejada, alcanzó a ver un cuerpo femenino desnudo, tumbado boca abajo y de lado. También distinguió ropa esparcida por el suelo.

La chica, que parecía una auténtica modelo, sonrió al notar su curiosidad y siguió caminando mientras se ponía una prenda semitransparente encima del bikini. Intercambiaron un "hola" al pasar y después tomaron caminos distintos.

Imaginó que sería difícil sonsacarle a ella o a sus amigas alguna indiscreción, ya que seguramente estarían sujetas a un acuerdo de confidencialidad. Aun así, saber que a bordo había otras chicas en una situación parecida a la suya le resultaba, en cualquier caso, reconfortante.

Cuando salió a cubierta, el mar estaba en calma y el cielo salpicado de nubes blancas y esponjosas, dispersas en el azul. Ni siquiera el ánimo sombrío de la noche anterior pudo resistirse a los rayos de aquel sol radiante. Sonrió, y con la sonrisa descubrió también que tenía hambre.

Pidió poder desayunar. Lo hizo como una reina, en los sofás de popa, con una vista espectacular ante ella. Después, animada, se lanzó a explorar el yate, dándose cuenta de que todos iban a lo suyo, como si ella fuera invisible, o como si las estrictas normas impuestas por el abogado afectasen a todo el mundo por igual. El único que le prestó atención fue el auxiliar, que amablemente se ofreció a hacerle de guía.

Le enseñó el gimnasio, la biblioteca, un garaje completamente equipado con juguetes para deportes acuáticos, la sala de cine, y el resto de salones repartidos por todo el yate. Dijo bastantes más cosas que la noche anterior e incluso soltó alguna broma. Avery se estaba riendo precisamente por eso cuando, al final del recorrido, ya de vuelta en la cubierta principal, vio al príncipe a través de los ventanales abiertos. Estaba sentado en la cabecera de la mesa del comedor de abajo, impecablemente vestido. Desayunaba con Costas.

El príncipe la vio, y sus miradas se cruzaron. El encargado de a bordo, perfectamente entrenado en el arte de volverse invisible, se retiró al instante, mientras Avery permanecía inmóvil, clavada en el sitio por su mirada autoritaria, esperando una señal.

"*En el momento en que desee tu presencia, será él quien venga a ti o te mande llamar.*"

Forzó los labios en una tímida sonrisa: no se habían despedido muy bien la última —y única— vez que se habían visto. Él permaneció impasible, giró ligeramente la cabeza hacia su segundo y le dijo algo.

Costas se levantó de inmediato y comenzó a caminar hacia ella.

Es la hora, pensó Avery, abriendo la boca para tomar aire.

Costas le guiñó un ojo.

—Buenos días, florecilla —cargó de sarcasmo el apodo, en alusión a la margarita estampada en su vestido, que iba del escote al bajo—. ¿Has dormido bien?

No le dio tiempo a responder. Costas pasó de largo y bajó las escaleras sin detenerse. Avery se inclinó, sujetándose al pasamanos, y lo vio ir directo hacia Mallory, que estaba tumbada al borde de la piscina. Fue a ella a quien iba dirigido el mensaje.

Avery no lo entendía: ¿había vuelto a preferir a esas chicas antes que a ella? Cada vez más confundida sobre su presencia a bordo, siguió el ejemplo del encargado de a bordo y se apartó, retirándose al rincón más discreto de la balconada. Se dejó caer en un diván orientado hacia el mar, se hizo un ovillo sobre sí misma, como en un capullo, y se quedó allí, sin hacer otra cosa que mirar fijamente el agua. Media hora después, cuando incluso el príncipe ya se había marchado, oyó las voces de las siete despampanantes chicas que subían de la cubierta inferior. Se asomó y las vio desfilar una tras otra, con Mallory y Costas cerrando la comitiva.

—¿Seguro que no quieres que nos quedemos un día más? —le preguntó ella.

—Otra vez será, guapa —dijo Costas, empujándola con una mano en el trasero, decidido—. Si he dicho que tenéis que iros, significa que no hay forma de que os quedéis. Acéptalo y no me hagas repetirlo.

Las envió a todas a la lancha auxiliar y ordenó que las llevaran de vuelta a tierra. Pero si Avery pensaba que eso significaba que pronto se reuniría con el príncipe, estaba muy equivocada. Pasada otra hora, lo vio de nuevo, pero solo cuando los rotores del helicóptero se pusieron en marcha y él

subió a bordo, con un *shemagh* ribeteado en oro en la cabeza, acompañado por su abogado y dos grandullones que debían ser guardaespaldas que habían llegado esa misma mañana.

Avery echó la cabeza hacia atrás y observó cómo la aeronave pasaba por encima de ella y se alejaba, perdiéndose en el horizonte.

Vale, entonces el barco era todo suyo. Nadie parecía tener intención de hablar con ella. Ya no tenía su móvil, pero sí tenía un megayate bajo el culo.

Se rio de lo surrealista de su situación.

¿Sabes qué? ¡A la mierda!

Si le estaban pagando nueve mil dólares al día por estar en la piscina y beber cócteles, ¿quién era ella para negarse?

Se metió en el papel y vivió ese día como si realmente fuera una de las chicas más ricas del mundo. Saboreó cada minuto y lo guardó en su memoria como un recuerdo irrepetible que podría acompañarla toda la vida.

Seguía recostada en la tumbona, con un bañador blanco aún húmedo tras haberse dado un chapuzón en la piscina. Encima llevaba un vestido de playa abierto que se le deslizaba por los brazos. El helicóptero regresó y ella lo observó a través de los cristales oscuros de sus nuevas Ray-Ban, sin molestarse en moverse.

Poco después de que los motores se apagaran, el príncipe apareció en la barandilla del piso superior, con los codos apoyados en el pasamanos. Avery agradeció tener puestas las gafas de sol, que le impedían establecer contacto visual con sus profundos ojos negros. Dejarse observar fue más fácil.

Ven a mí. Háblame. Dime que ya no estás enfadado por lo de Boston.

Se lo suplicó en silencio, con la mente, sabiendo perfectamente lo que supondría que él se acercara. Y sabiendo también que no era ningún príncipe de cuento, sino un hombre lleno de defectos.

Cerró los ojos para no tener que enfrentarse a la insistencia con la que estudiaba su cuerpo. Entonces notó una vibración sorda bajo los pies, seguida de un chapoteo. Se incorporó, con la sensación de que el suelo ya no era tan firme. El yate había empezado a moverse.

Fue hasta la barandilla para sujetarse: la embarcación ganaba velocidad poco a poco, y el viento se levantó, revolviéndole el pelo y haciendo ondear el vestido veraniego que le colgaba de los codos. La costa se alejaba, y con ella el Caribbean Bay Cove, el último lugar que aún podía dar fe de su presencia allí.

Miró a la derecha y a la izquierda de la gran cubierta. No había nadie. Así que alzó la vista hacia el único que podía responderle.

—¿Adónde vamos? —gritó con voz aguda.

Faisal oyó su pregunta, vio su inquietud... y no dijo ni una palabra para tranquilizarla. A dónde iban no era asunto suyo.

Vamos a donde yo quiera.

Capítulo 5

Después de disfrutar de una cena deliciosa en la sala de cine, Avery salió a dar un paseo bajo las estrellas, que en alta mar brillaban con una intensidad sobrecogedora.

El yate avanzaba lentamente, con el suave ronroneo de los motores, mientras ella, envuelta en un chal y con una falda larga, recorría el perímetro del casco, agradecida de que fuera una noche tranquila tanto dentro como fuera del barco. Estaba viviendo momentos de ensueño, únicos por su singularidad y belleza, aunque sobre todo ello se cernía una sombra con nombre de hombre. O mejor dicho, de emir.

Mordisqueando el colgante de su cadenita, zigzagueó entre los sofás hasta detenerse justo en el lugar donde él se había asomado aquella tarde. Allí se estaba mejor: esa zona estaba protegida del viento que provocaba el movimiento del barco, además de ofrecer la mejor vista para admirar la luna, que comenzaba a salir en el horizonte, entre nubes tan perfectas que parecían salidas de una película de Disney.

—Poético, ¿verdad? —dijo una voz profunda con acento extranjero.

Avery escupió la estrella de la cadena, que cayó de golpe sobre su esternón, y se dio la vuelta. El príncipe estaba allí, en una de las tumbonas blancas alineadas junto a la piscina, entre una mesita y otra. El respaldo elevado le había impedido verlo.

Sostenía un cigarrillo entre los dedos, que se llevó a los labios y encendió con la llama alta de un mechero Zippo. El aroma del tabaco se mezcló con

el aire fresco de la noche.

—Perdone, no quería molestarle. —dijo ella, envolviéndose más en el chal—. Puedo marcharme.

—No, quédate. —respondió él.

Llevaba una camisa blanca con cuello mao, desabrochada hasta el tercer botón, y pantalones gris oscuro. Iba descalzo, como si por fin se hubiera desprendido de la rigidez que siempre lo envolvía—. Me cuesta dormir.

Ella buscó con la mirada a alguien de la tripulación.

—¿Quiere que le haga preparar una infusión de manzanilla?

Faisal dio una calada lenta, sonriendo con cierta ironía ante la ingenuidad de la chica. Le había costado creerlo cuando Costas le informó que la muchacha, estadounidense y con más de veinte años, era virgen. Era auténticamente pura, aunque irradiaba una sensualidad natural, inconsciente, precisamente por eso tan desarmante. Casi le incomodaba la idea de profanarla. Y sin embargo, esa misma idea le atraía como una llama a una polilla.

—No quiero una infusión de manzanilla —le respondió, recostado con la nuca y la espalda apoyadas en el cojín—. Quiero que te sientes aquí, a mi lado.

Ella tomó asiento en el borde de la tumbona paralela a la suya. Lo hizo con compostura, las rodillas juntas y los pies calzados con sandalias planas, asomando tímidamente bajo la falda larga

—Cuando me despierto por la noche y no consigo dormir, leo.

Faisal exhaló una nubecilla de humo blanquecino.

—¿Dormiste anoche?

Avery se echó un mechón de pelo detrás de la oreja, sin levantar la mirada. Ese gesto hizo que uno de los lados del chal se le resbalara del hombro.

—Poco.

—¿Y qué hiciste?

—Pensar. Y... —las palabras dudaron un instante, indecisas respecto a si salir o no, hasta que al final se deslizaron de su boca—, escuchar... el barco. —Se recolocó el chal y lanzó una mirada al príncipe por debajo de sus largas pestañas, esperando estar a salvo tras esas insinuaciones, en la penumbra de la cubierta. Tanto que se atrevió a ir más allá—. ¿Y usted ha dormido?

—Poco.

—Ah.

—¿No me preguntas qué he hecho? —la provocó, alzando una rodilla y apoyando en ella el codo.

Avery recorrió con la mirada su largo cuerpo en aquella postura relajada. Sabía perfectamente qué uso había hecho de él la noche anterior; incluso sospechaba que gran parte de los gemidos femeninos que había oído se debían precisamente a esos músculos cuyo volumen se intuía bajo el lino suave.

—Lo que me pregunto es por qué me quiso a bordo, si ya tiene siete chicas muy guapas y mucho más extrovertidas que yo.

—*"Extrovertidas"* —rió Faisal, estirándose para coger el cenicero en la mesita junto a él, donde también había un vaso con un licor ambarino y dos grandes cubitos de hielo—. Voy a revelarte algo que ni siquiera imaginas.

—Tengo una imaginación muy activa.

—Pero esto todavía no lo has captado. —Hizo girar el cigarrillo en el cenicero, deshaciéndose del exceso de ceniza—. En este momento, tú eres más guapa que cualquiera de ellas.

Ella negó con la cabeza, echándose hacia atrás en el asiento.

—No me lo creo.

—¿Por qué iba a mentir? No tengo ninguna necesidad de hacerlo en general, y mucho menos contigo.

No, claro. No necesitaba halagarla, cuando ya había pagado por tenerla.

—Quizá lo dice porque está oscuro y no ve bien. De otro modo...

—¿De otro modo? ¿Qué?

—No me habría ignorado todo el día.

Porque lo había hecho aposta, estaba segura. No le habría costado nada saludarla, pero le había impuesto una dura distancia para que no se le ocurriera pensar que valía algo para él. La cantidad que había pagado por tenerla no era nada, ella no era nada, solo un juguete del que se cansaría pronto, igual que un coche.

—Es pretencioso por tu parte pensar que tienes prioridad sobre otros asuntos míos. —Al acusarla, llevó un brazo detrás de la cabeza, con gesto relajado.

—No pretendo eso, yo...

—Te he ignorado todo el tiempo que pude evitar pensar en ti, pero no creas que no lo he hecho nunca —añadió, complicado de descifrar—. Te he dicho que no soy un hombre apresurado.

—No me malinterprete, sería más que feliz de pasar cada día como he pasado este. —Hablar con él era peor que discutir con el profesor del curso de filosofía. Se sentía constantemente puesta a prueba, obligada a sacar a relucir verdades y carácter—. Solo quería saber si aún estaba enfadado conmigo, nada más.

—Nunca he estado enfadado contigo. Es solo que mis métodos pueden parecer bruscos hasta que consigo lo que quiero. —Se llevó el cigarrillo a la boca con aire perezoso—. ¿Te ha explicado Costas qué pretendo?

—No solo lo explicó... me hizo firmar un contrato.

—¿Y qué ponía?

Avery finalmente lo miró a la cara, un poco sorprendida.

—¿No lo ha leído? Tenía su firma.

—Si revisara todo lo que firmo, no me daría tiempo a hacer nada. Así que, dime, ¿qué ponía?

—¿A parte de la prohibición de llevar armas de fuego a bordo? —intentó ironizar, pero le salió mal, porque él se mantuvo imperturbable. Se mordió el labio con los dientes, buscando una manera de resumirlo todo—. Decía que tendría que obedecer todas sus peticiones, fueran sexuales o de otro tipo, y guardar silencio.

—Siempre tan precavido, *mi abogado*. —El emir sonrió, manteniendo los ojos en la comisura de la boca que la muchacha estaba maltratando—. ¿Nada más?

—¿Más que eso? —Avery hizo un mohín con su bonito rostro—. Estoy segura de que, tal como está, ese acuerdo ya viola algún derecho humano, especialmente los de las mujeres.

—Y sin embargo, firmaste con total libertad y sabiendo lo que hacías. —Una nubecilla de humo se condensó en sus labios antes de ser aspirada de nuevo y luego expulsada en un aro que se elevó y se disolvió en el aire—. Creo que fuiste tú quien salió más enfadada que yo aquella tarde en Boston.

—No, solo estaba disgustada, yo...

—Arruiné tu bonita ilusión del príncipe de los cuentos —la interrumpió de nuevo, como si pretendiera conocer sus pensamientos mejor que ella misma—. Y eso te hizo enfadar.

Avery abrió la boca para replicar, pero luego se detuvo. Sintió ese nudo familiar en la garganta, ese fastidio que le apretaba el pecho cada vez que él tenía razón. Porque sí, la tenía: esperaba que él fuera otra cosa, una versión idealizada. Y lo culpaba por no encajar en ese sueño.

—Vale, puede que me lo tomara un poco mal. —Intentó verlo como a cualquier otro hombre, pero no lo consiguió. Su largo cabello, de un negro profundo como las plumas de un cuervo, reflejaba la poca luz de la penumbra, mientras que las cejas alargadas, con la ligera curva que desde el centro subía a la frente, como si estuviera siempre preparado para entrar en combate. Y, a pesar de ello, se movía lo estrictamente necesario, confiriendo a la estaticidad de su imponente cuerpo un aire de solemnidad—. De todos modos, viéndolo parece más un rey que un príncipe de cuentos.

Observó cómo su pecho subía y bajaba con una respiración pausada, fijándose en el triángulo de piel que asomaba entre los primeros botones desabrochados de la camisa. No había nada más común y habitual que un cuello de camisa abierto. Entonces, ¿por qué sintió la necesidad de apretar las manos en su regazo, presionándolas contra el vientre?

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó él.

Avery tragó saliva, pasando a observar la mano que sostenía el cigarillo, adornada con el gran anillo.

—Sí...

Quién sabe si su barba era suave, quién sabe qué efecto tendría sobre la piel. Sus pensamientos comenzaron a disolverse en un suave vértigo, hasta que fue él quien la rescató, apagando el cigarro en el cenicero. Lo dejó a un lado y dio un sorbo a su vaso de licor.

—Ven aquí, ven a mirar más de cerca —ordenó, apartándose un poco para darle la posibilidad de sentarse en su amplia tumbona.

Ella se echó el borde del chal sobre el hombro y obedeció, observando de un lado a otro para ver si había alguien que pudiera verlos. Al no encontrar a nadie, se sentó con los brazos cruzados.

Faisal trató de atrapar esos grandes ojos que habían vuelto a esquivarlo. Era tan peculiar, se la veía tan perdida y frágil, pero también tan curiosa. Su cuerpo no ostentaba, seducía. Capas sobre capas no podían ocultar la curva sutil de sus caderas bajo la cintura estrecha, los hombros delicados, o los pechos completamente desarrollados de una mujer joven. ¿Realmente sabía a lo que se enfrentaría subiendo a bordo del Amir Al-Miyah?

—Dime qué pensaste ayer, cuando subiste a bordo con tu camiseta blanca, los pantalones cortos y una maleta pequeña. —Alargó la mano por fuera de la tumbona y le rozó el pie, apenas un segundo.

Ella sintió un leve cosquilleo, pero resistió el impulso de apartarse.

—¿Me vio?

—Sí, te vi. —Se inclinó, pasando la mano bajo el borde del último volante del vestido, rozando apenas el suelo—. Ahora responde.

—Estaba muy impresionada, nunca había visto nada igual. El salón con los sofás dispuestos en círculo y la enorme lámpara que los domina es algo increíble. —Sintió la mano del hombre acariciarle el tendón detrás de los pies, entre los lazos de las sandalias, deslizarse suavemente entre sus dedos.

—Sé más precisa —la presionó, subiendo por su pantorrilla.

Avery se estremeció de placer, intentando mantener el hilo de la conversación.

—Había gente. Vi a un hombre en la barra con una mujer, otros dos en los sofás...

—No, no con los ojos, eso lo sabe hacer todo el mundo. —Lo que Faisal quería era ver a través de ella. Captar el mundo tal y como ella lo construía e inventaba—. ¿Qué viste?

Con la boca ligeramente abierta en una pequeña "o", ella estaba atenta a seguir su brazo, como si una serpiente se hubiera metido bajo su falda, deslizándose por la parte delantera.

—Vi... —Cerró un momento los ojos y dejó que su mente vagara—. Vi a dos hombres importantes pidiendo a tres chicas, que no sabían nada de ellos, que los hicieran sentir *realmente* importantes.

—Bien, así. —Los dedos de Faisal se introdujeron entre sus rodillas—. Abre —murmuró.

Avery dejó de apretarlas con fuerza y permitió que la mano pasara a encontrarse con el calor sedoso del interior de sus muslos, haciéndole enderezar la espalda.

—Vi a un hombre en la barra que solo quería que alguien le escuchara y poder hablar de sí mismo —dijo de corrido, con la voz entrecortada y la respiración agitada—. Y luego a Costas con Mallory, creyendo que podían jugar el uno con el otro. Pero ella... ella no podía ganar en su juego.

—No, ella no puede... —El brazo del príncipe, apoyado en su rodilla detrás de ella, enganchó el chal y lo retiró—. Suéltalo, niña.

Las manos, que hasta entonces había mantenido fuertemente cruzadas sobre el pecho, se aflojaron, dejando caer la prenda en la que se había refugiado hasta ese momento. Había elegido un top que solo le ceñía el busto, de modo que el escote y los hombros quedaron completamente al descubierto.

Ante esa visión, Faisal sintió una punzada de placer invadirle la pelvis. Subió por su espalda con el pulgar, entre los omóplatos, mientras la otra mano alcanzaba su sexo velado por la ropa interior. Pasó por encima de la suave curva y continuó hacia arriba, hasta el límite del elástico de las braguitas, sobre el vientre plano. Allí depositó la palma caliente.

—¿Qué efecto te produce saber que voy a entrar aquí?

Ella se encorvó como si ya sintiera el peso insostenible. Intentó retirarse, pero la rodilla que encontró, levantada detrás de su espalda, le impidió retroceder.

—Lo siento todo —confesó en un susurro, con las manos ancladas al cojín de la tumbona—. Ansiedad, nerviosismo, impaciencia. Se me retuerce el estómago y siento que voy a enloquecer, no consigo pensar en otra cosa. —En su voz, se filtró un eco de desesperación—. Solo quiero que pase y ya, para dejar de sentir estas cosas.

Él, en cambio, no quería que parara, para poder seguir alimentándose de ello y continuar sintiendo la vibración que emanaba de su cuerpecito tembloroso.

Por Alá, cuánta dulzura hay por saborear en ella... ¿Cómo ha logrado escapar de los hombres hasta ahora?

—¿Alguna vez te han besado, niña? —Volvió a llevar la mano a su muslo, la atrajo para abrirla más y estimuló su sexo con las yemas de sus dedos.

Avery hundió las uñas en el colchón, haciendo frente a esa cosquilla insistente que amenazaba con mojarle las bragas al instante.

—Me besó un compañero en la fiesta de graduación. —En realidad, la habían besado tres chicos y con uno de ellos había llegado a un magreo más subido de tono, pero prefería quedarse con el recuerdo del mejor.

El príncipe sacó la mano de debajo de su falda y dobló el índice, invitándola.

—Déjame ver cómo lo hizo. —Permaneció inmóvil, aguardando a que fuera ella quien tomara la iniciativa.

Avery se aproximó, posó una mano sobre su pecho y cerró los ojos.

Estoy a punto de besar a un verdadero príncipe.

Sus labios planearon ligeramente sobre los de él, sintiendo la suave barba a su alrededor. Apenas entreabrió la boca y la punta de su lengua lamió la superficie de los labios masculinos, que la aceptaron frotándose un poco contra ella, permitiéndole hacer lo que quisiera.

Duró pocos instantes. Fue hermoso, fue lo que había deseado que sucediera en Boston. Cuando se apartó, tenía el pulso acelerado y una sonrisa radiante en el rostro.

—Así es como besa un niñato —lo menospreció.

Los labios de ella se curvaron en una mueca triste, y sus ojos relampaguearon, ofendidos.

Comenzó a echarse hacia atrás, pero él, por fin, tuvo el impulso de despegar la espalda de la tumbona. Le agarró la muñeca, se la llevó tras la espalda y la atrajo hacia sí, entre sus piernas.

Presionó con decisión su boca contra la de ella, empujando para obligarla a abrirse y a inclinar la cabeza. El aroma a ron, con un vago dejo de tabaco, la embriagó al instante. La barba se volvió más áspera, en contraste con el tierno succionar de sus labios carnosos; su lengua saboreó el inferior, le dio un mordisco suave, y ella se sintió suspendida por la cabeza, con todo el cuerpo oscilando libre en el vacío. Todo su ser se reducía a una boca, como si no existiera nada más en ella.

El príncipe se detuvo, pero no la soltó y ella no se apartó. Se quedaron nariz con nariz.

—Así es como deberían ser besados unos labios como los tuyos —le dijo —. Así besa un hombre.

—Fue fantástico —susurró Avery, toda despeinada, sintiendo un latido entre las piernas y un hormigueo difuso alrededor de sus labios hinchados —. ¿Puede hacerlo otra vez? —preguntó, con la candidez de una niña que quiere más caramelos.

—Ah, cachorrita... —susurró él—. Así no me dejas opción. —Le dio de nuevo su boca y aprovechó para hacerla girar y empujarla hacia abajo. Con un golpe al mecanismo, hizo caer el respaldo, de modo que ella quedara tumbada a su lado.

Parecía excitada y confiada, contenta de estar allí.

Aquella no era una chica tendida allí por dinero, podía apostar toda su fortuna. Estaba allí porque *quería* ser su juguete.

Y él pensaba jugar con ella a conciencia.

Tomó un cubito de hielo del vaso de ron y se lo pasó por el top, donde se intuía la turgencia de los pezones. Se los endureció, empapando la tela hasta que se volvió transparente, dejando entrever las pálidas areolas.

—Me gusta esta prenda. Vístete así también mañana —le dijo, deleitándose al ver cómo ella hinchaba el pecho conteniendo la respiración

y arqueaba ligeramente la espalda. Solo esperaba que bajara la banda y reservara a sus pechos el mismo trato que había recibido su boca.

El nivel de su excitación crecía. Y él no deseaba nada más que elevarla aún más, mostrándole el poder del equilibrio entre lo que le negaría y lo que estaba dispuesto a concederle.

Pasó una última vez el hielo sobre los botoncitos endurecidos y se metió en la boca lo que quedaba del cubito. Lo trituró entre los dientes, apretando con fuerza, porque cualquier negación hacia ella era también una negación hacia sí mismo y hacia el sexo que le palpitaba dolorosamente en los pantalones.

Con la rodilla atrapó su pierna izquierda y apartó la otra de la tumbona. Ella se dejó llevar, pero giró el cuello para echar un vistazo a los alrededores, vigilando que no hubiera miradas indiscretas.

—Deja de buscar: no hay nadie y, aunque lo hubiera, la tripulación ha firmado un contrato de confidencialidad. —Le levantó la falda hasta la mitad del muslo y deslizó la mano por debajo. Esta vez apartó las bragas, rozando el tierno botón de su sexo en una ligera caricia.

El jadeo de ella superó el sonido constante de los motores y el borboteo del agua cortada por el casco. Apoyó el rostro contra su pecho para esconderse y le arañó un pliegue de la camisa, buscando aferrarse a algo. Aplastó su naricita entre la tela y la piel descubierta de su esternón, inhalando con todas sus fuerzas.

—Mmmh, qué delicia —comentó, dando un sentido más amplio a su gemido.

—¿El qué?

—Usted huele a té de menta... menta y jengibre. También a bergamota, quizá.

Lo hizo sonreír.

—¿Quieres beberme o qué?

—Me basta con inhalarlo. No me habían dicho que Su Alteza es una dro... —droga, estaba a punto de decir cuando él le entreabrió los pequeños labios del sexo, deslizando los dedos por el borde de la hendidura y cortándole la palabra en la garganta.

Faisal sintió la viscosidad oculta, mojándose las yemas de los dedos con la excitación que la chica ya no podía reprimir. Contuvo su súbita contracción manteniéndola abierta con el pulgar y el dedo corazón, mientras la penetraba con el índice. Lo removió, examinándola.

Ella lloriqueó con un gemido, tensando las piernas.

Él percibió claramente la membrana tensa que obstruía gran parte del paso. Estaba intacta y era resistente. Ahora que la sentía con sus propias manos, estaba seguro: nadie la había poseído jamás. Atravesó el himen y dobló la falange aplicando una pequeña presión.

—¿Qué sientes? —le preguntó, mientras notaba el aliento cálido del gemido que se ahogaba sobre su pecho.

Avery no sabía cómo explicarlo. Era como ser la cuerda de un arco, mientras el arquero la tensaba.

—Siento que estoy ardiendo. —No solo la estaba tocando, era algo más —. ¿Qué me está haciendo?

—Estoy constatando cuán frágil es tu virginidad entre mis manos, tanto que, si ahora presionara más fuerte, podría desgarrarte de muchas formas diferentes.

—¿Qué? —Al comprender qué era esa especie de pesadez que sentía allí abajo, Avery se alarmó—. No, no quiero...

—Ah, ¿no quieres? —Faisal movió lentamente el dedo, para que lo sintiera jugar como el gato con el ratón—. Pero ya no tienes voz ni voto, niña. Me la vendiste en un trozo de papel y es mía desde que subiste a bordo. Así que, ¿qué más da cómo la tome?

De repente, ella temió que él lo fuera a hacer de verdad y lo que experimentó le pareció un dolor, que se extendió por su pecho y sus extremidades.

—¡No así! —agitó la cabeza, se aferró a su antebrazo y clavó el pie en el suelo para retroceder.

—Quieta —la detuvo—. ¿No sabes qué pasa si tiras de un anzuelo? Quédate quieta, o acabarás haciéndote daño sola. —Y ese daño quería ser él quien se lo causara—. Relájate, si de verdad te importa.

La había atrapado con un solo dedo, dejándola completamente incapaz de reaccionar; Avery se quedó consternada. Al caer de nuevo sobre la tumbona, retiró las manos. Apoyó una sobre su vientre indefenso y con la otra se aferró a su cuello, suplicando clemencia.

—Se lo ruego... no —gimió con los labios temblorosos. Las lágrimas le quemaron los ojos, desbordándose sobre sus sienes, pero su cuerpo permaneció inmóvil, petrificado por la amenaza—. No así, por favor...

Él siguió el rastro de aquellas gotas de rocío que le ablandaban el corazón endureciéndole el miembro. Depositó un beso en su cabeza, en aquellos

cabellos finos y tan sedosos que siempre se le escurrían de las horquillas.

—Está bien, cálmate ya. Nunca pensé en desperdiciarte así. Lo haré en mi cama, dándote todo de mí. —Sería su sexo, en toda su turgencia, el que profanaría su cuerpo virgen, eso nunca había estado en duda.

Ella se tragó las lágrimas, con los ojos vidriosos como cristal.

—¿Cuándo? —le preguntó.

—Esta noche, o mañana, o en el último minuto de nuestro último día. No debe importarte, será cuando decida que sea.

¿Se había dado cuenta de que ella también existía, que tenía sentimientos y opiniones? Avery detestó esa respuesta tiránica, que le removió la sangre y la hizo jadear en el caldo espeso de impotencia al que él era capaz de condenarla.

—¿Por qué no ahora? —Ahora que lo detestaba tanto como para adorarlo.

—Porque primero quiero que aprendas a gozar para mí. —Dejó a regañadientes de estimularla desde dentro y centró su atención en el nudo del clítoris.

Le levantó la falda hasta la cintura, dejando al descubierto su monte de Venus, para poder admirar aquel capullo que hasta ese momento solo había apreciado al tacto. Un lirio delicioso que del pálido, acercándose al centro, degradaba al rosa encendido, brillante de humores.

Estimuló la parte más alta con movimientos circulares, manteniéndole entreabiertos los labios.

Avery sintió que las pupilas le daban vueltas bajo los párpados entrecerrados. Sintió sus dedos mucho más gruesos, pesados y lentos que los suyos, con los que estaba acostumbrada a masturbarse en secreto.

—Dios mío... —El calor de una fragua le subió al pecho y a la cara. Caliente por dentro y frío por fuera, sobre la tela mojada del top, contra la que se erguían sus pezones. La tensión crecía, el latido también. Su cuerpo reaccionaba a él por su cuenta, como si hubiera un diálogo privado entre ellos. Estaba perdiendo el control, se sentía avergonzada, quería detenerlo, pero sin que él se fuera.

Osó entonces alargar la mano en busca de su sexo, para ser ella quien se ocupara de él. Era inexperta, pero no del todo incapaz, de alguna manera lo haría.

Su palma encontró la inconfundible rigidez del miembro caliente y el martilleo de su corazón se intensificó. Pero a él no le agradó que su

retorcerse la hubiera llevado a entreabrir la pierna.

—No ahora. —La mano del codo sobre el que Faisal se apoyaba le agarró la muñeca y se la inmovilizó sobre la cabeza, volviendo a poner a ambos en posición—. Solo tienes que pensar en gozar. Mejor dicho: no pienses en absoluto.

—No puedo —trató de explicarle—. Nunca me he dejado llevar frente a un hombre. Está pidiendo demasiado.

—Siempre hay una primera vez.

Se obstinaba en no querer entender.

—No podría, aunque quisiera. Es inútil que lo intente, no puedo correrme delante suyo, y no quiero fingir.

—Ni siquiera intentes fingir, lo sabría si lo hicieras. — Mostró una seguridad descarada, casi nauseabunda.

—Lo siento, no es algo que pueda controlar. —Avery estiró el cuello, observando la indecencia de su mano sobre su propio sexo—. Puede intentarlo cuanto quiera, pero no servirá de nada. Por muy poderoso que sea, no puede mandar en mi cuerpo.

Él sonrió con indulgencia.

—Hace un momento me rogabas, ¿y ahora pones en duda lo que puedo o no puedo hacer? —Apretándole más fuerte la muñeca, se inclinó para besarla manteniendo esa sonrisa divertida en los labios. Y a milímetros de su boca le susurró—: Te arrancaré el orgasmo del cuerpo, niña. Y tú te correrás para mí. —Su siseo se hizo de repente más severo—. Calla, ahora.

Con eso la silenció y volvió a tocarla. Bastó un momento para hacer que se encendiera una vez más, como si hubieran sido sus propias palabras la chispa.

Ella se había rendido y había bajado los párpados, con la expresión de una condenada. El rostro se volvió hacia un lado para evitarlo, pero la pelvis empujó un poco hacia arriba, ofreciendo su sexo a las caricias y al aire salobre de la noche. Faisal se humedeció los labios ante aquel espectáculo, sintiendo que su polla y sus cojones se contraían al mismo tiempo. Pronto la probaría con su propia boca, pero antes quería ver su cara contorsionarse, presa de un placer desmedido, desde el principio hasta el final.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto que su mano derecha, así como su previsor amigo, le había proporcionado aquel mismo día.

—¿Qué demonios es, Takis? —le había preguntado en la limusina.

—Es un persuasor. —Costas había hecho oscilar, colgando de un cordón, un aparatito de goma negra, de no más de cinco o seis centímetros, con forma ovalada y una parte plana, rugosa y con protuberancias—. Tengo uno parecido que me ha dado muchas satisfacciones. —Lo había accionado, y vibraba—. Pruébalo, ya me contarás.

No había hecho falta que su amigo le explicara para qué servía. En un primer momento había estado a punto de rechazarlo, pero luego había pensado que ahora tenía a una chica esperándole en su yate. ¿Por qué no mimarla con algún juguete nuevo?

Lo encendió y, en cuanto lo colocó sobre el clítoris, ella abrió los ojos de par en par. Bajó la mirada, buscando el maléfico artilugio, y frunció el ceño, inquieta. Su boca tomaba aire a sorbos, soltándolo en un gemido desesperado. La pierna libre se encogió.

—¡Manténla abierta, o juro que te la ato! —Faisal lanzó la advertencia con voz gutural, logrando que la apartara.

Su cachorra joven e inexperta temblaba. No quería mostrarse vulnerable, pero la vibración aguerrida y prolongada sobre su nudo de carne sensible ya la estaba quebrando. Comenzaba a entender que no tendría elección; él conseguiría lo que quería, aunque tuviera que llevarla por el camino del dolor. Porque la mente de Avery podría intentar huir, pero su cuerpo era prisionero.

Recorrió con el dedo corazón la estrecha hendidura del sexo, sintiendo su latido; un llamado irresistible al miembro que aún se obstinaba en negarle. ¡Por Alá!, estaba tan mojada que habría sido fácil y natural deslizarse dentro de ella ahora.

Estimulada sin tregua, empezó a tensarse, la espalda se arqueó, la cabeza se agitó bruscamente hacia la derecha y hacia la izquierda mientras la mano libre le sujetaba la camisa.

—Ven, cachorrita —le dijo, reforzando el agarre en su muñeca—. Enséñame lo obediente que puedes ser. Ven a mí.

—Dios... Ay, Dios... —gimió ella, sintiendo cómo la vibración le reverberaba desde las entrañas hasta la punta de los dedos. Tenía el clítoris en llamas, la cabeza en cortocircuito. Había conseguido llevarla al límite, ya no se reconocía a sí misma. La estaba manteniendo allí, en un punto muerto entre una loca vergüenza y una lujuria desenfrenada.

¡No puedo, no quiero!

Su corazón ya no podía más. Su mente se negaba. Parpadeó, dejando caer dos gotas claras por sus mejillas. El dolor muscular empezaba a asomarse, mientras ese aparato, demasiado agresivo, seguía clavado, torturándola en la zona ya hipersensible, haciéndola oscilar entre el infierno y el paraíso.

No quiero...

Él le soltó la muñeca, la cogió por el cabello, girándole el rostro hacia el suyo. Sus ojos, fijos en los de ella, la atravesaban con una mirada penetrante.

—¡Obedece! —le gritó, severo.

Avery gimió fuerte, casi chilló. La voz del príncipe la penetró como no lo había hecho su polla, le entró directo en el cerebro y lo hizo saltar por los aires. No hicieron falta más que unas pocas palabras, dictadas como una orden perentoria.

—Piensa en mi polla cuando folle tu coñito virgen: apriétalo dentro de ti. Hazlo por mí, ¡ahora!

Y ocurrió.

En cuanto el sexo comenzó a contraerse presa de la explosión del orgasmo, Faisal soltó el vibrador y apretó con fuerza el clítoris entre los dedos, acompañando sus espasmos.

Avery chilló, echando la cabeza hacia atrás, aferrándose a él. Gozó con la gracia de una muchachita y la intensidad de una mujer. Fue algo imperdible que se alegró de haber exigido como aperitivo a todo lo que deseaba de ella.

Al final se desplomó exhausta, aún invadida por los últimos espasmos extáticos. Él apartó los dedos de su núcleo turgente y ella volvió a estremcerse por un instante más, antes de deslizar la pierna temblorosa sobre la tumbona y recogerse de lado, acurrucándose contra él.

Había sido terrible y hermoso a la vez. En la mente de Avery no cabía nada más en ese momento: ni cómo había ocurrido, ni dónde se encontraba, ni por qué estaba allí. Solo importaban él... y el deseo profundo de acurrucarse a su lado.

Faisal recogió el chal y le cubrió los hombros desnudos. La mantuvo a su lado, acariciándole perezosamente la cabeza, como si fuera su cachorro recién destetado. Todavía no se la había follado, y ya había despertado en él más excitación que las dos experimentadas putas de la noche anterior.

Parecía que aún no lograba entender con quién estaba tratando. Ella no levantaba muros frente a él, y eso le gustaba. Continuó acariciándola

durante un largo rato, reflexionando por su cuenta, antes de que Avery se recuperara y le dirigiera la palabra.

—Ha jugado sucio con esa cosa —le dijo, enérgica e inmóvil, con el rostro oculto por el cabello.

Él se lo apartó hacia atrás, descubriendo su mejilla aún un poco sonrojada.

—No es jugar sucio, si soy yo quien dicta las reglas.

—Cierto —suspiró ella, rindiéndose. Luego hubo un chapoteo que la hizo alzar la mirada. El movimiento le hizo sentir la cabeza pesada, con la vista un poco borrosa—. ¿Qué es?

—Es solo Costas —le respondió sin girarse, ya que conocía bien a su amigo—. Le encantan los baños a medianoche.

Avery se incorporó para comprobarlo, manteniendo el chal sobre los hombros. En efecto, podía ser suya la silueta que daba largas brazadas.

—El agua debe de estar heladísima por la noche.

—Dice que le refresca las ideas.

Al tirar de la falda para cubrirse mejor, el vibrador rodó por el suelo, y ella se apresuró a recogerlo para esconderlo.

—¿Nos habrá visto?

—Lo ve todo. Acostúmbrate. —El príncipe se incorporó también. Subió el respaldo para ponerse más cómodo, tal y como ella lo había encontrado —. Olvídate de Takis. Vamos a la verdadera razón por la que hice que te trajeran aquí.

—Pensaba que ya habíamos pasado a ello. —Sexo, ¿qué más? Le sorprendía que le hubiera dejado tiempo para descansar, pero lo que esperaba ahora era que la arrastrase a su habitación para acabar lo que habían empezado.

—Ni siquiera estamos remotamente cerca. Y no es lo que crees.

—¿Pero es algo que está incluido en el contrato? —Como si hubiera algo que pudiera estar excluido de ese maldito contrato. Se levantó, poniendo cierta distancia entre ellos.

—Estoy seguro de que Takis se ha encargado de que fuera incluido. De lo contrario, si no te apetece complacerme —extendió una mano hacia la barandilla y las aguas negras del océano—, puedes bajarte de mi barco ahora mismo.

Su sonrisa parecía burlona, aunque Avery no estaba segura.

—Si lo que quiere es darme un susto de muerte, lo está logrando a la perfección. —Pensar que hasta un momento antes la había mimado con tanta premura.

—¿Crees que realmente dejaría que te lanzaras al mar? —Se acarició la punta de la barba en el mentón con dos dedos, perdiéndose en pensamientos que solo él podía conocer—. Nunca lo haría... antes de haberte tenido.

Avery puso los ojos en blanco, tomándolo como lo que era: una broma no tan obvia.

—¿Qué quiere que haga?

—Ponte cómoda, esto va para largo.

Su mirada cayó sobre el miembro aún hinchado, segura de que sería el protagonista de la petición, aunque no entendía cómo podría satisfacerlo estando tumbada a su lado.

—Lo escucho.

—Te he dicho que tengo dificultades para dormir. Por eso estás aquí. —Faisal se apropió del vaso, donde el ron ya se mezclaba con el hielo derretido—. Para contarme el cuento de buenas noches.

Avery abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

—Has entendido bien.

—Si quería mis cuentos, podía comprar mis audiolibros.

—¿Para qué hacerlo, si puedo tener el original?

Claro, un audiolibro era cosa de simples mortales. Y ahí estaba él, tan rígido, serio, formal e inflexible, pidiendo el cuento de las buenas noches: ese hombre nunca dejaría de sorprenderla.

Se dejó caer en la tumbona de al lado.

—Así que... —intentó, bajando la voz—, si lo que quiere son cuentos, ¿podemos evitar el sexo a partir de ahora?

—No —fue la respuesta categórica.

Bueno, lo había intentado, y la reacción había sido justo la que imaginaba.

—Entonces, ¿qué le gustaría que le contara?

Él llevó un brazo detrás de la cabeza, cerrando los ojos.

—La historia de Saladino.

Quién sabe por qué, pero se lo imaginaba.

Avery la había leído tantas veces que podía relatarla incluso sin el texto delante. Podía hacerlo y, además, las historias eran más bonitas contadas

así.

—Está bien. Veamos entonces si nos ganamos los nueve mil dólares de hoy. —Se movió, juntando las piernas aún un poco temblorosas. Se aclaró la garganta y, envuelta en su chal, comenzó a narrar, observando la luna.

—Érase una vez, en un lugar dominado por vastas extensiones de arena, en la ciudad de Tikrit, nacida a orillas del gran río Tigris, un joven de mirada profunda como la de un ave de presa y cabellos negros como la tinta: un príncipe... —Y, con un escalofrío, sintió que el protagonista de su cuento estaba justo allí, a su lado, de carne y hueso, como si lo hubiera invocado.

Pero no solo estaba él.

Costas había salido de la piscina y se acercaba con un albornoz blanco y su cadena de oro al cuello. Por una vez, parecía haber perdido en el agua su máscara de buitre, como si solo deseara un momento de calma. Se tumbó en la tercera tumbona de la fila, mientras Avery, en medio de ellos, continuaba narrando la historia con un tono suave y expresivo, capaz de transportar la mente a lugares lejanos.

Viajando a bordo del Amir Al-Miyah, sobre la estela del agua y de las palabras, raptó a los dos hombres y los llevó consigo más allá de aquel océano, haciéndolos sonreír y soñar con la historia de un gran e intrépido guerrero. Los acunó con las suaves notas de su voz, hasta que fue Morfeo quien se los robó a ella.

Capítulo 6

Avery se despertó a media mañana, poco antes de que una camarera llamara a la puerta para comunicarle que la esperaban para el *brunch* en el *flybridge*, la plataforma elevada sobre la cubierta superior.

Al oír despegar el helicóptero un par de horas antes, había pensado que el príncipe se había marchado. Sin embargo, seguía a bordo, y parecía haber decidido que quería su compañía desde temprano.

Se preparó para él, tal como él esperaba que lo hiciera. Dada la apreciación que había expresado por la ropa de la noche anterior, se puso algo muy parecido: un top y una falda larga. Fuera de las cabinas la temperatura era unos grados más alta, así que, al salir, dejó el chal sobre el primer sofá que encontró y subió las escaleras de acceso al *flybridge*, con la esperanza de encontrar también a Costas. Quería contactar a su madre para decirle que estaba bien, y estaba segura de que, si se lo pedía, él se lo permitiría.

Sin embargo, al llegar a la cubierta, el abogado no estaba. Solo estaban presentes el príncipe y una camarera de uniforme, con el cabello recogido en una coleta. Ella le estaba sirviendo una taza de café marroquí, mientras él, indiferente, leía algo en dos hojas A4 grapadas.

Avery tardó un instante más de lo necesario en soltar la barandilla de la escalera. Le pareció sentir aún el eco del orgasmo devastador que la había sacudido la noche anterior. Se había entregado a algo muy íntimo y vergonzoso que jamás se habría soñado mostrar en el primer encuentro con

un hombre, y había sucedido porque *él* lo había exigido. Ese era el poder que el príncipe tenía sobre ella, que no tenía nada que ver con el dinero o con un estúpido contrato.

Tenía más que ver con el influjo que era capaz de ejercer sobre las personas, algo que Avery sospechaba que provenía de la seguridad en sí mismo que él mostraba. Lo que lo convertía en un poderoso emir era, precisamente, sentirse como tal, la certeza de su grandeza... y actuar en consecuencia.

"Tú eres lo que piensas que eres", solía decir la vieja, gruñona y sabia, señora Walsh. Tenía razón, la demostración práctica estaba justo allí, bebiendo un café.

Entonces, Avery era un buñuelo.

Justo como el que estaba en el plato, frente al príncipe, esperando a ser comido.

—Buenos días —lo saludó, avanzando—. ¿Dónde estamos?

El barco estaba parado sobre el mar agitado por largas olas apenas insinuadas, delante de una costa rica en vegetación, con suaves ensenadas y aguas turquesas. Avery se detuvo a mirar el panorama desde una abertura entre las cortinas semitransparentes, con un efecto de ver-no ver, elegidas a propósito para ofrecer mayor privacidad.

—Jamaica —le respondió guardando los papeles dentro de una carpeta —. Lo que ves es Montego Bay.

Se levantó para añadir la carpeta a una pila de otras cuatro, abandonadas sobre el sofá que corría a lo largo de toda la parte delantera de la cubierta.

—Nunca he estado en Jamaica. —Avery intentó captar el mayor número posible de detalles, aunque la costa estaba realmente lejos—. ¿Cuánto tiempo nos quedaremos?

—Aún no lo he decidido. —Se volvió a sentar en la mesa—. ¿Por qué no comes algo?

Ella husmeó, junto con el aire del mar, los aromas que provenían del bufé dispuesto a un lado de la cubierta, prometiendo un desayuno muy distinto al habitual café bebido a toda prisa en el autobús, al que estaba acostumbrada.

Eligió un donut y pidió ayuda a la camarera para encontrar, entre los termos disponibles, el del café americano. Desayunó junto al príncipe, como una verdadera invitada, sin poder evitar que, con frecuencia, su mirada se posara sobre los largos dedos que la habían explorado y

manipulado. Dedos reales y seguros, incluso en el simple acto de alimentarse.

¿Qué más le habría hecho con esos dedos?

—¿Quieres preguntarme algo? —le dijo, sorprendiéndola inmóvil con un trozo de rosquilla suspendido frente a la boca.

—Solo me preguntaba... —Se preguntaba, entre otras cosas, cómo podía ignorar a la camarera hasta el punto de hacer que ella también actuara como si estuvieran solos. Pero fue otra la pregunta que le hizo—. ¿Por qué un barco tan grande, que requiere tanta tripulación, si los pasajeros son tan pocos?

—Porque, como habrás notado al llegar, a veces tengo invitados. —Faisal apartó el plato, facilitando el trabajo de la camarera sin dedicarle siquiera una mirada—. Y además, me encantan los espacios amplios.

La verdad era que le había ordenado a Costas que echara a las putas y a los invitados para hacer el mayor vacío posible a su alrededor. Nada debía interferir.

Después de romper el tímido silencio con esa primera pregunta, empezó a hacer otras, una tras otra. Faisal apenas se dio cuenta de las respuestas que le daba, concentrado en observar cómo arrancaba pequeños trozos de la rosquilla, llevándoselos a la boca con dos dedos, como un pajarito que picotea las migas.

El cabello le rozaba los hombros desnudos, y ella no hacía más que apartárselo hacia atrás para que no se le metiera en la boca, con una gracia que transformaba un gesto espontáneo en lo que para él era una provocación. Y ella no se daba cuenta.

Era dulzura y sol.

Y no se daba cuenta.

—Déjanos —ordenó a la camarera que estaba de pie a un lado del bufé, esperando órdenes.

Ella asintió y se marchó con la vajilla que habían usado, mientras Faisal saboreaba el último sorbo de café y, con él, la inquietud que comenzaba a manifestarse en su doncella de los cuentos.

—¿Te molesta quedarte a solas conmigo?

—Me gusta mucho quedarme a solas con usted. —Presionó los labios, humedeciéndolos—. Me hace sentir especial. Aunque sé que no lo soy.

—Patrañas. Sabes que lo eres, de alguna manera. —Faisal echó la silla un poco hacia atrás—. Pero la gente no se da cuenta de lo que eres. Solo ven lo

que quieren ver.

—¿Incluido usted? —tragó con dificultad la última miga.

—Sí, incluido yo. Por eso te pago: para ver lo que quiero ver. —Y sobre todo, para *sentir* lo que quería sentir.

Con esas palabras consiguió dejarla sin argumentos y hacer que bajara la mirada. Sus pestañas densas ocultaron su mirada, mientras se escondía sumergiendo la nariz en el café. No le gustaba que le recordaran su papel, pero él no le permitiría olvidarlo. Ni a ella ni a sí mismo.

—¿Has terminado tu desayuno?

—Sí. —Dejó la taza sobre el plato, donde colocó también los cubiertos sin usar y la servilleta. Apenas había conseguido terminarse el donut.

Y lo que estaba a punto de decirle iba a caerle como una piedra en el estómago.

—Bien, entonces desnúdate.

—¿Qué? —Se echó atrás, llevándose las manos al pecho, desprevenida —. ¿Aquí?

—Sí. Aquí. Ahora.

Miró a su alrededor en la plataforma elevada en la que se encontraban, abierta por todos lados, aunque oculta por las cortinas.

—¿Y si hubiera un dron espiando el yate?

—No lo hay. El Amir Al-Miyah está equipado con un radar que lo detectaría y enviaría una notificación a mi móvil. —Y su móvil, colocado sobre la mesa, en ese momento no daba señales de vida.

Incapaz de encontrar más excusas, Avery se levantó y empezó a quitarse la falda. La dobló y la dejó sobre la silla. Hizo lo mismo con el top; lo deslizó por todo el cuerpo hasta sacárselo por los pies.

Le habría resultado más fácil si él hubiese tenido ojos menos profundos, una mirada que flotara sobre ella, en lugar de reptarle encima, capaz de aferrarse como la lengua rasposa de un gato. Y el silencio, además, tampoco ayudaba.

Esperaba poder quedarse con la ropa interior, pero él le hizo un gesto para que siguiera. Una vez que se la quitó también, el aire tibio la acarició por todo el cuerpo, haciéndole sentir plenamente su desnudez total.

—El collar, los zapatos y cualquier cosa que lleves en la cabeza. Todo fuera. —le ordenó, como si barriera cada objeto con un simple gesto de dos dedos.

Y menos mal que lo que quería de ella eran cuentos para dormir. Avery cumplió con la petición, colocando las horquillas y la cadena encima de la ropa, y las sandalias debajo de la silla. Desnuda, en la cubierta, entrecerró los ojos, rezando para que el calor que sentía en las mejillas no fuera proporcional a su rubor.

Pero lo era, y Faisal esperó un instante más solo para ver hasta dónde podía intensificarse, mientras ella apretaba el dedo índice izquierdo dentro del puño de la mano derecha, evitando cuidadosamente cubrirse.

—Ven —la invitó, para no hacerla esperar más, dándose una palmada en el muslo.

Ella se acercó a él y se giró para sentarse.

—No así —la agarró por el codo, obligándola a colocarse a horcajadas en su regazo. Cara a cara, y libre de cualquier adorno.

Su piel era tan clara en contraste con la suya, sus formas naturales, curvas suaves, nunca demasiado acentuadas, excepto por la delgadez de su cintura.

Avery se apartó un poco, intentando encontrar una posición más cómoda, aunque su incomodidad no pudiera resolverse de esa manera.

—¿No necesitaría desnudarse usted también para lo que quiere hacer?

—¿Qué sabrás tú de lo que quiero hacer? —Faisal le rodeó la cintura, presionándole el abdomen con los pulgares y deslizándolos hacia arriba. Ella no podía imaginar cuánto ansiaba sentir su piel desnuda en contacto con la suya; nadie podría haber sospechado hasta qué punto un hombre que lo tenía todo recurría a la privación para conseguir todavía más.

—¿No quiere tomarme aún?

Joder, sí que lo quería.

—Cuando llegue el momento.

La agarró por debajo de las axilas y se la llevó a la boca. Posó los labios en la areola del pecho, rodeando el pezón turgente con la lengua. Lo succionó, encontrándolo pequeño y tenaz, resistiendo la ligera presión de sus dientes. Pasó al segundo, y luego volvió a acosar al primero, encendido de un rojo intenso, con fuertes golpes de lengua.

Ella soltaba gemidos corrompidos, quedos. Su pequeño cuerpo temblaba entre sus manos; Faisal lo apretó con fuerza para contener su leve retorcerse, sintiendo sus costillas bajo los dedos.

Cuando pasó a sus labios, tuvo que sujetarla por la nuca para enderezarle la cabeza. Tenía los ojos cerrados, estaba caliente y completamente entregada.

La besó y le tomó las nalgas con ambas manos, palpándolas con tanta firmeza que llegó a alzarla. Ella se apoyó en sus hombros y empezó a sonreír incluso antes de que terminara aquel beso con sabor a café y canela.

Por Alá, esa boca y esos ojazos eran realmente demasiado grandes para el delicado óvalo de su rostro. Sus expresiones eran algo que Faisal no podía ignorar ni aunque quisiera.

Le metió un mechón de cabello detrás de la oreja.

—¿Te gusta todo esto?

Ella asintió, separándose despacio. En respuesta, le tomó la mano y se la acercó a los senos.

—¿Te gusta que te toquen aquí? —intuyó, deslizando las yemas de los dedos por la curva baja del pecho.

Asintió de nuevo, mirándolo desde debajo de sus largas pestañas, esperando su próximo movimiento. Para ser tan tímida, demostraba bastante determinación al aspirar a lo que deseaba.

Faisal la acarició y atrapó el pezón; el largo suspiro de ella hizo que su carne turgente se apretase contra su palma. Y él la aferró, moldeando aquella forma suave, alterándola y adaptándola a sí mismo. Al fin y al cabo, ella estaba allí para eso: para ser modelada por él.

—Ahora haz tú algo por mí: hazme sentir cuán mujer eres. Empújate contra mi polla.

Avery se sujetó a los reposabrazos y rozó sus muslos contra sus piernas hasta que sintió la dura protuberancia del sexo contra su pubis. Se meció lentamente con un movimiento sinuoso de caderas.

—Más fuerte —le ordenó.

Ella obedeció con una pequeña mueca, debido al roce del clítoris contra la tela. Su boca se entreabrió en un jadeo, fijando sus grandes ojos en los de Faisal.

—Buenos días —irrumpió una nueva presencia que apareció por las escaleras, interrumpiendo bruscamente su *tête-à-tête*—. Me llegó un mensaje de Campbell.

Avery se giró de golpe al ver a Costas avanzando con una de sus camisas claras de cuello almidonado, el cabello aún húmedo por la ducha y el paso rápido. La silla donde había dejado su ropa estaba lejos, no tenía nada a mano para cubrirse. Se lanzó contra el pecho del príncipe, acurrucándose apretadamente contra él.

—Es solo Costas, tranquila. —Faisal le acarició la cabeza—. Es como una ladilla: siempre está presente.

—Alguien tiene que hacerte de niñera y poner freno a tus caprichos —replicó el otro, levantando las tapas de los calentadores de comida para ver qué ofrecía el desayuno.

—En verdad, a ti te encanta alimentar mis caprichos. —Le masajeó la espalda cálida y desnuda, disfrutando de cómo la chica, en silencio, buscaba refugio en él—. De todos modos: ¿quién demonios es Campbell?

—El ministro del gabinete de nuestra bella Jamaica, al parecer. Me ha enviado una invitación formal. Sus adeptos han avistado la Amir Al-Miyah, y no quiere perder la oportunidad de conocerte.

Esas palabras quedaron relegadas a los márgenes de la conciencia de Avery. Su cabeza reposaba en el hombro del príncipe, sus pezones se mantenían firmes contra la solidez de su pecho, y aquel recorrido de sus manos por su cuerpo, que dejaba una estela de estremecimientos por su espalda, la tenía completamente embelesada.

—Estamos de vacaciones, Takis —le oyó decir.

—Ah, ¿así que las vacaciones existen también para nosotros? Es bueno saberlo. —Costas se sirvió un vaso de zumo de naranja y comenzó a colocar en la mesa todo lo que había elegido para su abundante desayuno—. Ya entendí. Iré a hacer una inspección para ver cómo está el ambiente, y te diré si vale la pena.

—Puedes ahorrártelo. No me apetece lidiar con nuevos lameculos.

—De lo que no tienes ganas es de despegarte de tu nueva mascotita. —Con el vaso en la mano, se inclinó para observar el rostro de Avery—. Ah, florecita, dudo que vuelvas a ver tu ropa en un buen tiempo.

Ella aplastó la nariz contra la camisa del príncipe, consciente de que, tal como estaba, el abogado podía ver sin ningún velo todo su perfil trasero. Hubiese querido replicar algo, pero estaba viviendo uno de esos momentos en que parecía que el gato le había comido la lengua. Y en cualquier caso, incluso si se hubiera decidido a intervenir en la conversación, a partir de ese momento los dos hombres comenzaron a hablar en árabe, haciéndole imposible comprender lo que se estaban diciendo.

La excluían, no querían que se enterara de sus asuntos o, peor aún, hablaban de ella. El sentido común le decía que se bajara de las rodillas del príncipe y se fuera, pero ella se quedó. Se quedó incluso cuando sus manos

se deslizaron más abajo por su columna vertebral, pasando entre sus nalgas hasta alcanzar su sexo.

Se tensó y se aferró al reposabrazos, lanzando un rápido vistazo hacia atrás. Costas estaba untando mantequilla en una rebanada de pan; desde su posición no podía ver hacia abajo, la mesa hacía de escudo.

Mientras tanto, el príncipe le quitaba la mano del reposabrazos, llevándole el brazo a la espalda, justo como la noche anterior, sujetándole la muñeca con firmeza.

Avery hundió las uñas en su hombro, junto a su propia boca, mientras él la penetraba con los dedos, yendo a estimular el precioso baluarte de su virginidad.

Costas notó cómo su espalda se había tensado, y no tuvo que esforzarse demasiado para adivinar lo que pasaba bajo la mesa.

—*¿Y? ¿La has probado?* —le preguntó al amigo, continuando en árabe.

—*Apenas he empezado. ¿No ves lo alerta que está?* — Faisal separó las piernas, obligándola a abrir las suyas, exponiéndose mejor. Mientras su flor se ofrecía, su sexo se contraía, y ella apretaba el abdomen, exhalando jadeos contra su cuello—. *No tienes idea de lo que es jugar con su inocencia. Me gustaría conservarla intacta el mayor tiempo posible, pero tengo unas jodidas ganas de follarme a esta niña.*

—*Entonces hazlo*. —Costas trituró la rebanada de pan tostado bajo sus dientes—. *Sin desvirgarla, si aún no quieres*. —Empujó el platito con los rizos de mantequilla hacia donde estaban ellos dos.

Faisal los observó, arqueando una ceja.

—*A veces es como si me leyeras la mente*. —Se inclinó para alcanzar un rizo untuoso, apoyándose en Avery.

—*Lo sé* —replicó el abogado—. *Me doy miedo a mí mismo.*

La chica se removió un poco para ver qué estaba haciendo el príncipe, rompiendo su silencio.

—¿De qué estáis hablando?

—De opciones —volviendo a expresarse en inglés, Faisal puso la mantequilla en el pequeño agujerito de su hermoso culito y tiró de su piel, esparciéndola. Al contacto con el calor del orificio, la sustancia se derritió enseguida, lubricándole el esfínter apretado—. Mi abogado me decía que, cuando un camino está cerrado, puede haber otras opciones.

Empujó la falange, encontrando una buena resistencia que cedió gracias a la untuosidad de la mantequilla.

—¡Ah! —La chica se agitó, más por el desconcierto que por el dolor real —. ¡No!

—Temo que no tengas mucha voz en este asunto, florecita —soltó ese sinvergüenza de Costas con una sonrisa maliciosa.

Avery tuvo un despertar repentino, la golpeó un miedo indescriptible, el miedo verdadero, que de especia picante se convertía en hiel amarga. No quería que su primera vez fuera así, no lo permitiría.

Escapa, le dijo la cabeza.

En cuanto intentó zafarse tirando del brazo, el príncipe se lo apretó, presionándola contra sí. Ella perdió el control, invadida por una descarga de adrenalina; hizo fuerza con las piernas, agitó la pelvis y apartó aquel rostro de ojos convertidos en oscuras cuchillas de intransigencia. Lo hizo con los dedos cerrados en garra.

El rostro del príncipe se echó hacia atrás, el agarre se aflojó y ella logró levantarse, pisándole un pie antes de recuperar el equilibrio. Corrió a recoger el bulto de su ropa y apretándoselo contra el pecho, se dirigió hacia la escalera. Se giró para asegurarse de que no la seguían, y fue entonces cuando se estrelló contra un torso.

—Eh, eh, ¿qué haces, jovencita? —Costas anticipó sus intentos de esquivarlo hacia un lado y hacia el otro, interponiéndose como un muro frente a ella. Su mandíbula volitiva contraída, la mirada acusadora—. ¿Te parece esta la manera?

Le arrebató el bulto de las manos.

—¡No podéis hacerme esto! —le gritó en la cara, cubriéndose el pecho con los brazos ahora vacíos.

—¡Estás aquí para *esto*! —la regañó con más fuerza.

Sí, lo sabía. Lo había pensado. Había sopesado en la balanza los pros y contras. Había esperado. Y luego se había lanzado, directo al Amir Al-Miyah, en la madriguera de sus pesadillas y sueños.

De repente, una mano se cerró sobre su cabello, asiendo un buen puñado con fuerza. La arrastró hacia atrás con una brutalidad que la hizo gritar.

El príncipe la arrastró hasta la cabecera de la mesa y la obligó a inclinarse hacia adelante sobre la superficie. Avery se rebeló como pudo, pataleando y barriendo parte del desayuno de Costas. Pan y cubiertos volaron al suelo, el abogado llegó justo a tiempo para salvar el plato de huevos y su café.

Faisal presionó su pelvis contra su trasero, atrapándola entre él y la mesa. La redujo a la impotencia con la fuerza del brazo que le mantenía la cabeza

contra la mesa.

—Tú tienes una boca para hablar y yo tengo oídos para escuchar —gruñó con su voz profunda—. Que no vuelva a suceder algo así. —Le dio una palmada en la nalga para frenar sus pataleos—. Y baja los pies.

—No puede hacerlo —chilló ella, apretando las nalgas, con los ojos llenándose de lágrimas.

—¿Ah, no? Leí el contrato esta mañana. Me parece que Takis fue muy claro sobre lo que puedo o no puedo exigir.

Avery recordó los dos papeles que él leía con tanto interés cuando ella había subido a desayunar: se había informado sobre lo que era lícito o no hacerle.

—¿Acaso te obligó a firmar?

Ella le lanzó una mirada al abogado, que se había sentado un poco más lejos, fuera del alcance de sus manos, retomando el desayuno como si nada, aunque manteniendo los ojos bien fijos en aquella escena.

—¡Responde! —le dio otra nalgada.

—No —sollozó, desnuda, presionada contra la superficie fría.

—¿Insistió para que firmaras? ¿Te amenazó o chantajeó?

Avery sorbió por la nariz.

—No.

—¿Algo de lo que estaba escrito no te quedó claro? ¿Como el hecho de que podría follarte dónde, cómo y cuánto quisiera?

Los párpados se agitaron liberando grandes lágrimas de ardiente vergüenza.

—No.

—¿Quizás algo de mí, de lo que hasta ahora ha habido entre nosotros, te ha hecho pensar que mi propósito es hacerte daño? —continuó apremiándola.

No sabía con exactitud cuál era su propósito, pero bastaba con mirarle la cara para entender que podía ser un hombre cruel, si lo quería.

—Me ha gol... golpeado justo hace un momento.

La risita de Costas irrumpió entre ellos.

—¿Te refieres a la palmada en el culo? —se entrometió, con tono hilarante—. No sabes distinguir un golpe de verdad de un preliminar, florecita. —Tragó un bocado de huevos—. Eso no decía "*te odio"*, eso decía... —bajó el tono—, *"¿sientes cómo arde el deseo de follarte?"*

Otro azote la hizo saltar. La mano se detuvo abierta sobre la nalga, intensificando el calor que desde allí se irradiaba, anidándose en el vientre.

¿Sientes cómo arde el deseo de follarte?

Sí, lo sentía. Y también le quemaba a ella.

—Confiarás en mí —estableció el emir—. Confiarás en que, a solas conmigo y Costas en este barco, sin escapatoria, podrás afrontar cualquier cosa que yo decida para ti. Porque mi propósito no es destruirte. —La mano se movió, desplazándose a su espalda baja—. Te cambiaré. —Porque, obviamente, había un precio que pagar por la gran suma que él le pagaría—. Pero no te destruiré. —Aflojó un poco el agarre en su cabello—. ¿Has entendido lo que te he dicho?

Avery tragó un suspiro. Solo Dios sabía cuánto deseaba poder confiar de verdad.

Él la puso de pie. La hizo girar, manteniéndola entre su cuerpo y la mesa.

—Habla. Debes hablarme si quieres que te escuche.

—Yo... —Su mirada se detuvo en el arañazo sangriento que desde el pómulo se desvanecía en la barba espesa. Brillaba de un rojo intenso. Había sido ella quien se lo había hecho y, a pesar de todo, se sintió culpable.

—Háblame, como debiste haberlo hecho antes. Explica tus razones, —la instó.

Ella se armó de valor, no teniendo otras armas, y lo intentó de verdad.

—No quiero que mi primera vez sea así —confesó, juntando las manos cerradas en puño sobre el pecho. Tuvo que inclinar la cabeza para poder terminar la frase—. No digo que nunca lo quiera hacer, pero la primera vez me gustaría que fuera de la forma más natural, más... adecuada.

Faisal le levantó la barbilla con un nudillo.

—Está bien. Será como tú quieras.

—¿De verdad? —Sus ojos se abrieron enormes e implorantes.

—Sí, de verdad —dijo con firmeza—. ¿Te ha costado tanto?

Ya ¿tanto costaba?

Avery había dado por sentado que era un hombre demasiado autoritario e impositivo como para saber escuchar. Sin embargo, la estaba escuchando, cuando podría haber usado su poder coercitivo para castigarla y hacer que hiciera lo que quería. Tal vez lo había juzgado demasiado rápido.

—Siento lo del arañazo. —Extendió una mano y acarició suavemente su cara, sobre la barba, junto a la fina marca roja—. Intentaré tener más confianza, lo prometo.

Él le cogió los dedos.

—Demuéstrame cuánto lo sientes. Y cuán dispuesta estás a confiar en mí. —La levantó y la sentó lo más atrás posible sobre la mesa—. Túmbate.

Ella miró hacia atrás.

Costas apartó el plato vacío y, levantando el café entre las manos, dejó libre la mesa. Parecía esperar solo a que ella obedeciera, para así tener una vista completa de su cuerpo, expuesto sobre la mesa como una mercancía.

¿Por qué el príncipe no lo estaba echando?

¿Por qué ese hombre tenía que estar siempre entre ellos, como un grano de pimienta, haciendo que todo fuera más intenso y ardiente?

La vergüenza, el miedo, las palpitaciones...

Incluso ahora, al notar la expectación en el rostro de Costas, el corazón de Avery se aceleró. Y un instante después se encontró inclinándose, agobiada por el peso de su mirada penetrante. Estiró la espalda sobre la superficie de madera pulida. Sobre ella, travesaños de acero blanco sostenían un techo tan brillante que la reflejaba parcialmente, convirtiéndola en una silueta de color carne con los bordes difuminados. Se estaba disipando. La chica tan meticulosa que había subido al yate estaba perdiendo sus contornos.

Las miradas de los dos hombres caminaban sobre ella, ligeras y silenciosas, pero tan tangibles que le erizaban la piel.

Confianza, se dijo a sí misma, cediendo al príncipe cuando le sujetó los tobillos.

Le levantó las piernas y se las separó, haciendo que apoyara los pies en los bordes de la mesa.

—No te muevas.

—Deliciosa —murmuró Costas, bebiendo su café.

Faisal, que tenía una vista perfecta desde su posición, estaba totalmente de acuerdo con su amigo. Posó una mano en el vientre que pronto saquearía. Su pulgar se movió en una caricia perezosa para luego descender al suave monte de Venus, hasta su sexo.

—*Veamos si de verdad lo es tanto como parece* —replicó en árabe, penetrándola con un dedo. Usó el índice para dibujar algunos círculos sobre su clítoris, luego se inclinó para llevárselo a la boca.

Hacía mucho que no se permitía un gesto similar, porque había perdido ese deseo. Ni siquiera recordaba cuánto tiempo hacía que recibía sexo oral

sin corresponder jamás. Pero él quería comérsela, ansiaba devorar esa flor intacta. Ella era su banquete, y se lanzó a por él.

Avery inspiró todo el aire que pudo de una vez. Sus manos golpearon la superficie, intentando agarrar el borde distante. Miró hacia abajo, para poder creérselo: la cabeza del príncipe estaba entre sus piernas, y su lengua... Dios santo, su lengua...

El vibrador de la noche anterior había sido solo un trozo de plástico, frío y muerto, en comparación con esa boca.

Se cubrió el rostro con un brazo, para poder ocultar al menos su expresión a los ojos del abogado. La parte baja de su espalda se arqueó, todo su cuerpo tembló bajo los cálidos golpes de lengua, el succionar y el empujar.

Faisal le inmovilizó las piernas temblorosas, hundiendo los pulgares en sus muslos para mantenerla abierta. Consideró positivo que se hubiera rebelado tan pronto, ya que tenía que ocurrir tarde o temprano para dejar las cosas claras. Le había permitido desahogarse, llevándose un arañazo a cambio, pero también una chica más servicial.

Con cualquier otro habría sido más duro, eso lo sabía él y lo sabía Costas: ella suavizaba sus aristas, simplemente existiendo. Y mientras le suavizaba las aristas, le encendía la sangre con su fragilidad de muchacha, devolviéndole la capacidad de sentir algo que no fuera simple desinterés.

Sus pulgares descendieron para abrirla y su lengua avanzó para introducirse lo más profundo posible. La chica gimió, ahogando el sonido en el codo, pero se quedó allí, abierta y dócil. Suave y dulce, sobre todo en su flor, escondite de un néctar reservado solo para él.

—Manos en la cabeza —le ordenó, para poder verle el rostro y captar mejor su inquietud, constituida por una tentadora mezcla de temor y excitación.

Ella obedeció, deslizándolas sobre la superficie hasta juntarlas sobre la cabeza. Su rostro estaba enrojecido, sus ojos apretados con fuerza y sus labios entreabiertos con una expresión de desconcierto.

—Ayer te pedí que te corrieras. —Apartando la boca de ella, Faisal trabajó con los dedos, volviendo a estimular su virginidad como tanto le gustaba hacer—. Ahora, aunque sientas que puedes llegar, no quiero que lo hagas.

—¿C...cómo? —sollozó ella.

Después del último sorbo de café, Costas pasó la lengua por su labio, manifestando su aprobación en silencio.

—Respira, piensa en otra cosa. —La polla de Faisal tuvo un espasmo en sus pantalones ante la idea de mantenerla excitada, presa del deseo y la necesidad, hasta que él decidiera tomarla—. Piensa en la severa azotaina que recibirás si me decepcionas.

Ella gimió, su sexo brilló húmedo de humores.

El abogado se rió.

—Vaya, menudo consejo sádico, Fai. —Un consejo que habría empujado a muchas chicas a ceder, en lugar de aguantar.

—Si, como cree Takis, has cambiado de opinión sobre las nalgadas, encuentra tú otra cosa lo bastante aterradora en la que pensar. —Sin dejar de estimular su sexo, se desplazó hacia un lateral de la mesa y comenzó a desabrocharse la camisa—. Si me haces caso, tu primera vez será especial. —Bajó para besarla, percibiendo el sabor salado de las lágrimas que había tragado.

Avery gimió suavemente en su boca, los bordes de la camisa rozaron su piel y ella arqueó la espalda todo lo que pudo para alcanzar la piel desnuda de su pecho, sin lograrlo. Nuevas lágrimas cayeron, luchando por el esfuerzo de controlarse ante los dos hombres. Correrse... no correrse... tener confianza. Un capricho tras otro del emir que debía complacer a la fuerza, sin tener en cuenta lo que ella hubiera querido. Los dedos abandonados sobre su cabeza arañaron el aire, hasta que una mano tranquila se posó en su palma, cubriéndola por completo. La apretó, anclándose a ella.

El sonido de un teléfono móvil muy cercano apenas logró perturbar el torbellino en su cabeza. Al principio leve, el tono de llamada se hizo insistente, lo que llevó al príncipe a apartarse de ella.

—No muevas un músculo por ninguna razón —le ordenó, recuperando el teléfono que se había salvado de ser lanzado al suelo junto con parte del desayuno de Costas. Respondió en árabe, mientras se alejaba por la cubierta.

Avery se quedó jadeando, acalorada y expuesta de forma indecente. Sus muslos temblaron por el impulso de cerrarse, pero resistió, aunque él ya no la estaba mirando.

Él no, pero el otro estaba allí y era suya la mano a la que se había inconscientemente aferrado, y que aún estaba apretando. Veía su sombra, muy cerca de ella, reflejada en el techo.

Y el príncipe estaba bien con ello, absorto en su llamada telefónica, no reparaba en nada más.

—Sé lo que te estás preguntando —Costas interrumpió el curso de sus pensamientos, con un susurro claro. Su fresco aroma a ducha se imponía sobre el del príncipe, que se había desvanecido con su retirada—. Estás pensando en qué más me permitirá hacerte.

—No. —Ella giró el rostro, apartando la mirada lo más que pudo.

—Déjame ser más preciso. Te preguntas si, al final, correrás la misma suerte que el Lamborghini —Rozó con la yema de los dedos su sien, apartándole el cabello de la oreja—. O si ni siquiera tendrás que esperar tanto para caer en mis manos. —Un soplo, demasiado preciso para ser una ráfaga de viento, le lamió el mechón—. Darías cualquier cosa por saber si Faisal acostumbra compartir conmigo.

Dios, ese hombre sabía incinerar con las palabras.

—Él... —Avery aflojó el agarre en su mano, aplanando la palma. Teniendo ya esa insinuación grabada en los oídos, necesitaba saberlo—. ... ¿Es así?

¿De verdad es eso lo que quiere?

El contrato no mencionaba a otros hombres, ni para incluirlos ni para... excluirlos. Costas se había cuidado mucho de liberarla de tal eventualidad, y ella había sido tan tonta como para no haberse preocupado por ello.

Sus rodillas temblaron, doblándose hacia dentro para juntar sus muslos.

—Eh, no, así no. Abre bien y déjame ver—la reprendió él, soltándole la mano—. ¿No querrás decepcionarle y tener que ofrecerme el espectáculo de tu trasero rojo por las nalgadas?

Avery encogió los dedos de los pies contra los bordes.

—Eres un bastardo —murmuró, agotada por la tensión, volviendo a recolocar las piernas.

Su risita ronca le cosquilleó en los oídos, deslizándose dentro.

—Finalmente te has decidido por un tono más confidencial. Sabía que, de un modo u *otro*, llegarías.

Avery comenzaba a sentirse clavada a esa mesa y percibía a Costas como una serpiente que se estaba cavando una madriguera en su cabeza.

—¿Qué quieres de mí, Costas?

Que lo dijera, claro y directo.

Él se puso de pie, y su largo metro ochenta hizo que entrara en su campo visual.

—Fuera de aquí —dijo de forma seca.

Ella no entendió, pensó que le estaba respondiendo, pero luego siguió su mirada y se dio cuenta de que la camarera acababa de subir las escaleras. Al presenciar la escena y escuchar la orden, la chica se apresuró a regresar por donde había venido. Prácticamente podía decirse que huyó.

Avery apretó los dientes, imaginando lo que esa chica había visto y lo que pensaría ahora de ella. Quizás había sentido algo de compasión por una joven de veintidós años desprevenida, en las garras de dos hombres adultos de ese calibre. O quizás no. Quizás solo la había visto como la puta en la que se había convertido. Tragó esa humillación, sabiendo que le seguirían muchas otras.

Costas puso una mano sobre su rodilla, como si quisiera reconfortarla, pero luego siguió dejando salir de su boca sus palabras afiladas.

—Desde aquí, la vista ha mejorado bastante, en realidad.

Era evidente lo que estaba mirando: entre sus piernas, donde ella comenzaba a arder. Incluso el aire, con su suave caricia, era una tortura.

El 'clic' atrajo su mirada hacia el malvado bolígrafo de plata que él había sacado del bolsillo.

—¿Qué piensas hacer con eso?

—Escribir la respuesta a la pregunta que no tienes el valor de hacerme: *"¿El príncipe comparte contigo a sus mujeres?*" —Hundió su pulgar nuevamente en la parte alta e hizo salir la punta—. ¿Dónde la quieres? ¿Pierna? ¿Vientre? ... ¿Ingle?

—¿Por qué no te la escribes donde sabes?

—Es una buena idea, de hecho. Luego te bastaría con arrodillarte para leerla.

—Entonces debe ser una sola palabra. Y corta.

—Uuh, qué graciosita eres —se rió él—. Quién sabe, tal vez pronto descubras por ti misma si tienes razón o te equivocas sobre el tamaño de mi pájaro.

Ella apretó los dientes.

—Para ya de jugar conmigo, déjame en paz. —Al seguir así, no le dejaba enfriarse, increíblemente hábil en alimentar ese fuego a base de insinuaciones.

—Estoy seguro de que te gusta jugar más de lo que quieres admitir, florecita. Lo veo. Veo cómo tu coñito tiembla por la necesidad de ser tocado. Te lo juro: con cada suspiro tuyo se contrae un poquito. —Se

inclinó para hablarle al oído—. Y mi polla hace lo mismo. —Luego se levantó, guardó la pluma, y extendió los brazos para agarrar los bordes de la mesa—. Pero tranquila, a Faisal no le gusta quedarse demasiado tiempo al teléfono. Antes de lo que imaginas volverás a llorar por la necesidad de correrte.

Avery pensó en bajar de la mesa, y que le diera una azotaina. Vió la escena en su cabeza, odiando la idea de dejarlo ganar. No, no se movería, aunque tuviera que dejar que el fuego la convirtiera en cenizas. Una convicción que chisporroteó sobre su piel como una corriente eléctrica, mientras se daba cuenta de que, entre el grito de las gaviotas, el murmullo del mar y el zumbido de un avión en el cielo, había desaparecido la voz cadenciosa y musical del príncipe.

La llamada había terminado.

Faisal regresó, terminando de abotonarse la camisa. Llevó una mano a su mejilla, dejando que su mano se deslizara hasta el nacimiento de su cabello.

—Vamos, de pie, cachorrita. —La ayudó a enderezar la espalda con prontitud—. Tienes que volver a tu habitación ahora mismo y quedarte allí.

—¿Justo ahora que la has dejado en su punto? —objetó Costas—. Si yo fuera ella, te odiaría a muerte.

Mientras Avery apoyaba los pies en el suelo, algo aturdida, el príncipe giró el dedo índice en el aire. Lo que señalaba era el giro regular de una aeronave en el cielo, en acercamiento. El zumbido lejano, que Avery había confundido distraídamente con un avión, en realidad provenía de las hélices de un helicóptero. Uno claro, muy diferente al antracita del Amir Al-Miyah.

Costas se acercó a la barandilla, con la mirada clavada en el horizonte. Cerró los dedos alrededor del acero del pasamanos. Su mandíbula ancha se tensó, los dientes le mordieron la mejilla por dentro.

—¿Qué decir? Es tan oportuna como un chaparrón en pleno verano.

Capítulo 7

El helicóptero aterrizó en la plataforma de popa. Avery se asomó desde la cubierta de arriba, medio oculta tras una columna. El estruendo del motor había cesado, pero las hélices aún no se habían detenido por completo cuando un guardaespaldas bajó y se giró para ayudar a alguien. Una mujer

Vestida con colores claros, con ropa occidental, ligera pero que cubría bien el cuerpo, la mujer avanzó levantando el ligerísimo velo color crema que le ocultaba el rostro. Sonrió al príncipe, que esperaba al borde de la plataforma. Un niño de unos cinco años, que también había salido del helicóptero, la adelantó corriendo para saltar a los brazos extendidos del emir.

Él le sonrió, besándolo en la frente, y Avery se sintió horrorizada. Esos labios pecaminosos, solo unos minutos antes, habían explorado lo más íntimo de ella.

Se colocó al niño sobre la cadera para poder incluir también a la mujer en su abrazo. Y así provocarle a Avery un nudo difícil de tragar.

—¿No deberías estar en tu habitación? —la sorprendió Costas, acercándose por detrás, silencioso como un gato.

Avery se replegó detrás de la columna, manteniendo los ojos en la escena de abajo.

—¿Quién es?

—Estoy seguro de que lo habrás entendido por ti misma.

El emir Faisal Rami Al-Najjar tenía una esposa y un hijo.

—Los artículos en la web no mencionaban nada al respecto.

—Estoy seguro de ello. Tras el intento de secuestro de Samira, redujimos al mínimo las noticias sobre ella, haciendo desaparecer todo lo que pudimos. —Su mano la sujetó por encima del codo—. Vámonos, antes de que te vea.

Ella lo siguió, dejándose guiar hasta la habitación, mientras intentaba descifrar lo que estaba sintiendo.

Abrió la puerta del único lugar que sentía como refugio en aquel barco, se precipitó dentro y empujó con fuerza la puerta para que se cerrara con un golpe en la cara de Costas.

Él la detuvo, entrando.

—No hagas eso.

Avery negó con la cabeza.

—¿Qué...? —abrió los brazos y los dejó caer a los costados—. ¿Qué está pasando?

Costas cerró la puerta a sus espaldas. La miraba de una manera extraña, quizás porque se había vestido a toda prisa; la falda le caía baja sobre las caderas, el top algo torcido dejaba ver un trozo de su vientre, y desprendía pura tensión. No le habría extrañado que su cabello se levantara en todas las direcciones por la electricidad.

—Se te pagará igualmente por tu tiempo —le dijo.

—No es eso. —Se sentía engañada, mantenida a oscuras sobre algo tan importante, solo para ser relegada en secreto como un esqueleto oculto en el armario—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Y qué hago *yo aquí*, con *ella aquí*?

—Cálmate.

—¡No! ¡No quiero calmarme! —Sabía que estaba siendo irracional, pero el desconcierto que sentía era demasiado fuerte para poder controlarse En toda su irracionalidad, cogió el cojín que estaba a los pies de la cama y se lo lanzó—. ¡Tenías que decírmelo!

El abogado lo interceptó en el aire. El flequillo le cayó sobre los ojos entrecerrados.

—Baja la voz. ¿Quieres hacerlo enfadar?

—¡Al menos obtendría una reacción humana, en lugar de solo recibir órdenes! —gritó más fuerte.

Costas se abalanzó sobre ella. La empujó, haciéndola caer sobre la cama, y en un instante estuvo encima, tapándole la boca con la mano y sujetándole

los brazos.

—Deja de gritar —gruñó—. No cambia nada: sigues siendo su mascotita. *Nuestra* mascotita.

Debajo de él, Avery jadeaba rápidamente con la respiración entrecortada. El ataque, completamente inesperado, le había hecho abrir los ojos como platos, porque él no era así, él era de los que usaban las palabras, no ese cuerpo atlético... ni siquiera debería tener un cuerpo así.

Pero lo tenía. Y ella se encontró absorbiendo toda su potencia como una droga inyectada a la fuerza, que se rechaza, que se ansía y que te nubla la mente. Hundida en el colchón por su peso, deseó que esa presión aumentara aún más, hasta ser engullida por las sábanas y desaparecer, porque no podía sostener la mirada de él ni soportar su ambición de posesión.

Lentamente, él le fue liberando los suaves labios.

—No soy tuya —fue lo primero que susurró contra los dedos.

—No, no lo eres —admitió Costas, solo de palabra. En los hechos, le tomó la barbilla abalanzándose sobre su boca con un beso voraz, y ella se sintió avasallada por unos ochenta kilos de imprevisibilidad. La protuberancia masculina presionaba sobre su pelvis, y aquel calor, que hasta un instante antes era rabia, se intensificó irradiándose como un sol abrasador, tomando los rasgos del ardor. Una pasión fulminante.

Pensó que el asunto podría haberse consumado allí y en ese momento, y que habría sido mejor así: un acto fruto del instinto y la pasión, ningún contrato, ninguna premeditación, solo dos cuerpos que encajan casi por casualidad, o por una fuerza mayor. Él sabría qué hacer, ella solo tenía que dejar que sucediera. Habría sido justo y vengativo.

Pero ella no era suya.

Sacudió la cabeza, tan pronto como él le permitió recuperar el aliento.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó con un jadeo.

—Hacerte bajar la voz. —Los labios que se tensaron en su sonrisa presumida estaban más rojos e hinchados después del beso—. Y parece que ha funcionado.

Avery luchó contra el impulso que la empujaba a inclinarse hacia aquellos labios para recuperar esa sensación, otro beso en el que perderse y olvidar. En lugar de eso, se centró en la astucia de sus ojos rapaces.

—No vuelvas a hacerlo nunca. Tú no puedes...

—¿Qué? —replicó él, con una media sonrisa, mientras la mano que le sujetaba la muñeca resbalaba hasta su codo... y luego saltaba hacia su

escote. Su dedo índice recorrió la parte superior de su pecho con lentitud—. ¿No puedo usarte? ¿Hacerte lo mismo que él te hace?

—No puedes manipularme así. —Hacer que se estremeciera, dejarla sin aliento, confundirla, para volverla dócil.

—Yo simplemente te digo las cosas como son, abriéndote los ojos sobre tu bonito cuento de hadas.

Ella entrecerró los párpados, casi gimiendo a causa de la yema de ese dedo que apenas la rozaba. Nunca había experimentado un toque tan ligero y al mismo tiempo tan incisivo. Necesitó toda su cólera para mantenerse lúcida en las manos de ese tiburón.

—No necesito que me lo digas. Sé muy bien la diferencia entre los cuentos y el mundo real. He nacido en el mundo real. —Y, sin embargo, su vida antes de subir al yate, de repente, le parecía mucho menos real que lo que estaba viviendo en su propia piel.

—Aún hay mucho que no sabes, niña, sobre el mundo real, y sobre todo, sobre los hombres. —Costas levantó una mano, suspendida frente a su rostro, como si quisiera acariciarlo, vaciló y luego cerró el puño y la retiró —. Pero acabarás descubriéndolo.

Se levantó y se recompuso, arreglándose los pantalones a la altura de la bragueta.

—Haré que te traigan comida y vendré a verte más tarde.

Avery se sentó sobre las sábanas arrugadas.

—¿Te vas?

—Claro. ¿Por qué? No me digas que quieres que me quede.

Ella siguió la dirección de su mirada y se subió el top, aunque arreglarlo no servía para ocultar con qué determinación las puntas de sus pechos perforaban la tela—. Yo no...

—No eres mía —concluyó Costas—. Exacto. —Movió la muñeca con un gesto rápido para hacer que la manga de la chaqueta se deslizara hacia arriba y mirar la hora—. Será él quien te mande llamar.

Avery se incorporó sobre las rodillas.

—¿Y mientras tanto tengo que quedarme aquí encerrada, como un sucio secreto, mientras él se lo pasa en grande con su mujer y su hijo?

—Exacto —respondió, habiendo agotado ya la paciencia—. Si no quieres ser enviada de vuelta a casa en este preciso instante y sin un centavo, te quedarás aquí, quietecita y en silencio, como si ni siquiera existieras.

—¿Aquí haciendo qué?

—Esperando a que llegue tu momento de ser follada —le recordó con una sinceridad brutal—. ¿Está bastante claro? —Recogió el cojín del suelo y se lo lanzó, no para golpearla, sino como para pasarle la pelota.

Ella atrapó la almohada al vuelo y se la apretó contra el pecho.

—Clarísimo —respondió con un deje amargo, por esa manera constante que tenía de minimizarla y recordarle cuál era su lugar—. Total, ni siquiera me va a querer ya, después de ella. —Había visto lo guapa que era esa mujer, Samira. Y quizá era lo mejor, porque no le apetecía estar con un hombre que aún llevase encima el perfume de otra—. ¿Cuánto tiempo se quedará?

—Todavía no lo sé, pero no te preocupes, florecilla: Su Alteza cuida bien de sus inversiones, y yo estaré siempre cerca mientras sigas en este barco, como te prometí. No nos olvidaremos de ti. —Su lengua pasó sin querer por el labio superior, devolviéndole directamente a la columna vertebral la sensación de su beso. Sus dedos peinaron hacia atrás su flequillo—. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Una cosa sí que necesitaba.

—Quiero llamar a mi madre, tranquilizarla, decirle que estoy bien. —Tendría que mentirle, contarle un montón de embustes. Sería difícil, pero necesario. Para ella era importante saber que, al menos allí, en casa, todo seguía como siempre: complicado, sí, pero limpio, seguro, elemental.

—De acuerdo. Traeré el teléfono. —Asintió con comprensión y se dio la vuelta. Su figura, vista desde atrás, perfilada por la chaqueta que ceñía su espalda recta, resultaba tan admirable y llena de personalidad como por delante.

—Costas... —lo detuvo en el último minuto.

—¿Si?

—¿Cuál era la respuesta?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de compartir...

Avery tenía que saberlo. ¿Todas las insinuaciones de Costas cuando estaba desnuda sobre esa mesa eran solo un juego? ¿O es que realmente el príncipe solía compartir a sus amantes con su mano derecha?

Él agarró el picaporte y le respondió hablando por encima de su hombro.

—La respuesta es: casi nunca.

Ella dejó caer el trasero sobre los talones y hundió los dedos en el cojín, abrazándolo contra sí.

—¿Qué significa eso?

¿Sí o no? Su mente quería saber a qué atenerse.

—Significa que la regla es no, pero puede existir la excepción —fue la respuesta, con la que la dejó en vilo.

***

Costas salió, y un segundo después Avery escuchó la llave girar en la cerradura desde fuera. Se lanzó hacia la puerta intentando bajar el picaporte, que cedió sin éxito. La había encerrado dentro.

—Shhh. Buena chica —le dijo en voz baja desde fuera, como si hablara con un cachorro.

Ella lo soltó con un nudo en la garganta, apoyó la espalda contra la puerta y se deslizó hacia abajo, quedándose sentada en el suelo. Percibió algo al otro lado, quizá los dedos de él, recorriendo la madera siguiendo su mismo trayecto. Cuando llegaron a la altura de sus hombros, se hizo el silencio, reemplazado por pasos sigilosos, apenas audibles, que se alejaban por el pasillo.

Avery se abrazó las rodillas y apoyó la frente sobre ellas. La había domesticado de verdad, hasta el punto de encerrarla como a un perrito. Era abogado, sabía perfectamente que lo que acababa de hacer se consideraba un secuestro, pero no se había preocupado en lo más mínimo por eso.

Le tomó varios minutos lograr concentrarse en el lado positivo: estaba en una habitación de lujo, llena de aparatos, con hidromasaje y una pantalla de televisión de cincuenta pulgadas con auriculares Bose. Ni loca iba a malgastar ese tiempo lamentándose. Sería su pijamada personal y privada.

Empezó viendo una película, que fue interrumpida a la mitad por el regreso de Costas. El abogado se quedó el tiempo necesario para permitirle llamar a casa, atento a cada palabra que salía de su boca.

—¿Qué están haciendo? —le preguntó al final, devolviéndole el móvil, curiosa por saber cómo estaba pasando el príncipe el tiempo con su familia.

—No tiene importancia —le respondió—. No debe tenerla para ti. —Antes de irse, metió las manos en los bolsillos y sacó el puño cerrado—. Ha enviado algo para que te haga compañía. —Dejó la mano sobre el escritorio y deslizó sobre él el vibrador negro.

Avery lo dejó allí. Realmente empezaba a odiar aquella situación.

Continuó con su película y su pijamada solitaria. A medida que pasaban las horas, escuchó música mientras las burbujas del hidromasaje la masajeaban, y usó todos los productos de *skincare* que encontró en el baño.

Comió todo lo que la camarera, instruida y provista de llave, le trajo. Pensó que no estaba tan mal que le pagaran nueve mil dólares por holgazanear y alimentarse de exquisiteces.

Sin embargo, al caer la tarde, el aburrimiento empezó a hacer mella, y Avery acabó con la oreja pegada a la puerta, escuchando con avidez los pasos de cualquiera que pasara por el pasillo. El andar sigiloso y rápido debía de ser el de Costas. El trotecito ligero, el del niño. Los tacones repiqueteando... ¿serían los de la esposa? Del príncipe, ni rastro.

Luego llegó la noche. El vibrador seguía sobre la mesa, pero Avery no tenía intención de tocarlo. Solo se acercó para leer el prospecto de las píldoras anticonceptivas. Eso ya decía mucho sobre lo poco que se estaba divirtiendo, sobre todo teniendo en cuenta que seguir tomando esas pastillas le parecía ya un desperdicio inútil.

A la una de la noche, se despertó sudada, enredada en las sábanas, fue a buscar ese maldito aparato negro y, maldiciendo al príncipe, dio rienda suelta a todo lo que no había desahogado durante el día.

A la mañana siguiente se levantó de mejor humor. Sucedió porque no sabía que pasaría otro día entero encerrada en esa habitación, pensando, tomando baños, caminando en círculos, y pensando, pensando, pensando...

Se habría vuelto loca si no hubiera sido por las visitas de Costas. Él la hacía enojar y reír, en su presencia era fácil olvidar la monotonía de su reclusión. Pero luego el abogado se iba, y la mayor parte del tiempo ella se quedaba sola, aguzando el oído para captar los ruidos que provenían del exterior.

Esa misma tarde, con los codos apoyados en la ventana mirando el cielo y respirando aire de mar, oyó chapuzones y risas provenientes de la cubierta. Estuvo escuchando con melancolía aquel alegre bullicio durante media hora, hasta que se calmó. Poco después alguien llamó a su puerta e intentó bajar el picaporte.

Si se hubiera tratado de un empleado enviado por ella, Costas le habría dado la llave, así que Avery se acercó descalza, observando cómo el picaporte se movía con fuerza. La persona al otro lado intentó varias veces, hasta que finalmente se rindió y se fue, tal y como había llegado, sin hacer ningún ruido.

La escena se repitió unas horas más tarde, mientras Avery hacía unos saltos aeróbicos para estirar un poco el cuerpo. Se detuvo en seco al notar una sombra proyectada en la rendija de la puerta. Quienquiera que estuviera al otro lado, debía haberla oído ya, y eso pareció bastarle: la sombra desapareció del suelo y no volvió a aparecer.

Así llegó también el tercer día. Cuando Costas fue a visitarla, ella lo recibió con el ceño fruncido y un aire combativo que apenas lograba contener bajo capas de racionalidad. Habría planeado la huida y montado un buen escándalo, de no ser por el dineral que le estaba reportando cada hora de aquel encierro de lujo. El abogado lo sabía, y era hábil recordándoselo cuando hacía falta. Aprovechando esa baza a su favor, seguía pidiéndole paciencia, sin soltar ni una palabra sobre las intenciones del príncipe, mientras ella se sentía cada vez más fuera de lugar en aquel barco.

Los libros que tuvo la buena idea de darle la mantuvieron entretenida durante gran parte de la mañana, hasta que llegó lo que, junto con las visitas de Costas, se estaba convirtiendo en el momento más interesante de su encierro: la comida.

A la una del mediodía, cuando todos los comensales estaban ocupados almorzando, oyó la llave girar en la cerradura. Avery escupió el colgante de su cadena, que tenía en la boca, cerró el libro y lo dejó sobre la mesilla, ansiosa por ver qué manjar le habrían traído esta vez. Había pedido pescado, y estaba segura de que Costas se había encargado de informar al chef.

La puerta se abrió como de costumbre, haciendo aparecer a la camarera con la bandeja cargada. Avanzó tirando de la puerta, pero una mano la detuvo antes de que pudiera cerrarla. Detrás de ella apareció una mujer que le dio un empujón y se coló dentro.

Llevaba una blusa holgada de encaje elaborado en tonos crema y azul, sobre un pantalón palazzo. Su cabello, fuerte y oscuro, estaba recogido en un moño alto que dejaba al descubierto un rostro de piel aceitunada, ojos resaltados con delineador, frente amplia y pómulos marcados: Samira. Era hermosa, como ya le había parecido a Avery desde lejos, aunque había dureza en sus rasgos. Desenvuelta, como los grandes pendientes de diamantes que le rozaban el largo cuello, daba la impresión de ser alguien con quien no querrías enfrentarte.

Avery saltó de la cama, vestida solo con un top de tirantes tan finos como un palillo y unos shorts que le llegaban a medio muslo, sacados de su vieja maleta.

—Por el amor de Dios, no tiene vergüenza —soltó la mujer en un inglés fluido, frunciendo los labios mientras la miraba de arriba abajo—. Cada vez busca a chicas más jóvenes, ¿eh?

Ups. Quizá no era el mejor momento para inventarse la excusa de la náufraga rescatada en el mar, o de la prima lejana del abogado.

La camarera, pálida como un fantasma, apretaba con fuerza la bandeja entre sus manos sudorosas.

—Mi señora... —murmuró, casi suplicando, con la esperanza de que comprendiera lo fuera de lugar que estaba en aquella habitación.

Lo mejor que podría haber hecho, como consorte del príncipe, habría sido retirarse con dignidad.

Por el contrario, Samira fue quien la invitó a salir, girando la mano con los dedos señalando hacia la puerta.

—Puedes irte, no te necesitamos.

—Pero... he recibido órdenes precisas —replicó, inmóvil donde estaba.

—Y ahora estás recibiendo otros, de mí. Lárgate y cierra la boca, si no quieres que haga que te despidan y te dejen en tierra —ordenó sin andarse con rodeos.

Ante tanta firmeza, la mujer bajó la cabeza dándose por vencida.

—Sí, señora —dijo, dejando la bandeja sobre el escritorio.

Samira le quitó la llave de la mano y le dio un golpecito en el hombro, empujándola hacia la puerta, para luego girar la manija y cerrar con dos vueltas de llave.

Avery aún no había logrado asimilar su presencia ni decidir cómo actuar, y ya se encontraba encerrada en la habitación con ella. Magnífico. Optó por guardar silencio tanto como le fuera posible, manteniéndose ambigua, para no causar más estragos de los que ya eran evidentes.

Mientras tanto, la mujer había comenzado a pasearse por la habitación.

—¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis? ¿Dieciocho? —preguntó mientras levantaba una camiseta de tirantes de la butaca para luego tirarla de nuevo allí, frotándose las yemas de los dedos como si se le hubieran ensuciado.

Aun siendo consciente de aparentar menos años de sus veintidós y medio reales, Avery no estaba obligada a responderle, y no lo hizo.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó con tono neutro.

—¿Como qué? ¿Acostarte con mi marido? Muy amable de tu parte encargarte de eso en mi lugar.

—Se equivoca. —Maldijo mentalmente a Costas y el momento en que pensó que encerrarla allí era la mejor solución.

Samira se señaló los ojos oscuros, perfectamente maquillados.

—Mírame bien: ¿crees que soy estúpida?

—No, señora. —Parecía muy espabilada y poco sumisa, a diferencia de lo que se esperaría de la esposa de un hombre tan dominante, y además de cultura árabe.

—Entonces no me trates como a una tonta. Sé perfectamente cómo pasa su tiempo Faisal.

—Si piensa que lo sabe todo sobre mí mejor que yo misma, ¿qué ha venido a buscar aquí? —replicó Avery con voz sumisa.

—A ti, mi querida. He venido a ver cómo eras. Porque es evidente que tú eres la causa.

—¿Causa de qué? No entiendo.

—Ahora mismo te lo explico. —Mientras caminaba, hizo sonar una a una sus uñas esmaltadas contra la superficie del escritorio, y con un gesto del índice envió a volar el blíster de anticonceptivos—. Primero intentaron mantenerme alejada del yate. Llevo aquí dos días y ya me están echando, por tu culpa. —Hurgó bajo su ropa y sacó del bolsillo de sus pantalones una cajita plateada de la que extrajo un delgado cigarrillo. Se lo puso entre los labios pintados de un rojo intenso—. Me echa a mí, que soy su esposa y se queda con la putita —murmuró encendiéndolo.

Así que el príncipe quería alejar a su esposa, y parecía bastante obvio que lo hiciera para tener vía libre con su entretenimiento personal, encerrado en una habitación como una corbata nueva guardada en un cajón a la espera de ser lucida.

—Quizá no sea conmigo con quien debería hablar de esto. —Se frotó el brazo, incómoda. La esposa del emir respiraba de forma agitada entre bocanadas de humo; estaba al borde de un colapso, y ella no quería ser la causa de su derrumbe.

—Pues no, quiero hablarlo precisamente contigo. Porque, verás, tiene que haber algo en ti si su perro fiel no te ha hecho desaparecer al amanecer, como a cualquier otra fulana. —Se acercó al armario, abrió la puerta, pasó la mano por la ropa y sacó un vestido de noche, corto y completamente

escotado por la espalda—. Tan hipócritas... Quieren a sus esposas tapadas de pies a cabeza y a sus putas vestidas con un pañuelo.

Plantada en sus cincuenta centímetros cuadrados de suelo, Avery entrecerró los ojos, deseando poder convertirse en una mosca y escapar volando por debajo de la puerta.

—No sé qué espera que le diga.

La mujer dejó de hurgar en el armario y se volvió con la percha en la mano.

—Disculpa, qué despistada, no te lo pregunté: ¿tienes una tarifa también por escuchar? —Tiró el vestido al medio de la habitación y abrió la cómoda —. Espera, estoy segura de que te paga por día, así que no te importará si aprovecho su tiempo: tomar su polla o escuchar a su esposa no debería hacer diferencia para ti.

Avery dio un golpe con la pierna al cajón entreabierto de la mesita de noche, donde había guardado el vibrador, antes de que la otra pudiera alargar la vista hasta allí. Empezaba a ser irritante ver a una mujer que lo tenía todo despreciarlo todo, especialmente a las personas que no conocía.

—Si pasar aquí su tiempo intentando humillarme puede hacerla sentir mejor, se lo ofrezco gratis. Aunque dudo que le sirva de mucho.

Ella rió con carcajadas histéricas.

—Te hace sentir poderosa y especial que él te desee, ¿verdad? Pues, querida, la especial soy yo. Le guste o no, yo soy la que fue destinada a un príncipe Al-Najjar desde que era una niña, para que mi familia consolidara su poder junto a la suya. Me criaron con el único propósito de casarme con él y darle hijos.

Fue un matrimonio planeado a la fuerza por sus padres. Avery no imaginaba lo que era ser obligada a unirse a alguien en matrimonio. La miró con nuevos ojos, llenos de compasión.

—Siento que la hayan obligado a hacerlo.

—¡No has entendido nada! —Agitó el cigarro entre el índice y el corazón tensos. Junto con los pendientes oscilantes, también sus ojos comenzaron a llenarse de destellos acuosos—. Estaba feliz de casarme con él: por fin podría estar al lado del hombre que amaba. Del hombre al que sigo amando... pero que nunca me ha amado, prefiriendo a una fulana distinta cada noche. —Escupió toda su verdad y apagó furiosamente el cigarro en el plato de comida, entre las rodajas de zanahoria y la lubina.

A pesar de su belleza juvenil, parecía estar atrapada en una vida sin amor. Avery se dio cuenta de que se había equivocado: no era cierto que esa mujer lo tuviera todo.

—Entiendo —murmuró.

—¡No lo digas, porque no puedes entender nada! —Samira se abalanzó sobre ella, tomándola por el pelo—. ¡Es culpa tuya y de todas las como tú! —La tiró al suelo y le dio una bofetada en la cabeza.

—¡Suélteme! —Avery, mucho más frágil y menuda, se arrodilló cubriéndose la cabeza. No quería pelear con ella, una mujer desesperada que, sin saber ya a qué aferrarse, se agarraba a su melena.

—¿Qué tienes tú que no tenga yo? —gritó, arrastrándola hacia delante y abofeteándola sin piedad.

El cuero cabelludo le escocía, las sienes le palpitaban, el parqué raspaba contra sus rodillas y no podía creer que estuviera sufriendo aquel trato por culpa de una mujer celosa.

—¡Basta! Por favor, ¡yo no he hecho nada!

¿Pero era verdad? ¿De verdad no había hecho nada?

Se había abierto de piernas para su marido, había disfrutado de sus besos y de sus caricias. Se sentía inocente, pero era culpable, por eso resistía los golpes sin volverse contra ella.

Enzarzadas en aquella pelea, no se dieron cuenta de que alguien estaba intentando abrir la habitación desde fuera, encontrándola cerrada con llave. Sin embargo, sí oyeron el golpe que se estrelló contra la puerta.

—¡Abrid! —tronó una voz imperiosa—. ¡Samira!

La mujer se giró al oír un segundo golpe sobre la superficie de la puerta, que la dejó paralizada. Al tercero, la puerta se vino abajo con estrépito y el príncipe cruzó el umbral furioso, con los ojos llameantes, medio cubiertos por las dos cortinas de su larga melena negra.

Bastó aquella mirada y aquella presencia para que Samira soltara el puñado de cabellos que tenía entre los dedos.

—Faisal...

—Calla —le ordeno—. Aléjate de ella.

Avery sintió el alivio de ser liberada y se dejó caer de culo al suelo, completamente descompuesta.

El príncipe fue a agarrarle el brazo por debajo del hombro. La levantó con un gesto demasiado enérgico, la mantuvo contra su pecho, cubriéndole la cabeza y el rostro, que estaban tapados por el cabello, con su gran mano.

Ella habría querido abrazarlo y llorar, pero, sabiendo que todo estaba mal, permaneció inmóvil entre sus brazos, a salvo, reconfortada por su buen olor y su calor. Los brazos del hombre que la había comprado, y entre los cuales, paradójicamente, ya no se sentía más como una puta.

—Te quiero fuera de aquí en media hora —ordenó a su esposa, cuando un hombre justo en un mundo justo habría actuado de la manera contraria, consolándola y suplicando su perdón.

Ella, roja de vergüenza y humillada, apretó los puños.

—Dijiste que podía quedarme hasta la tarde.

—Media hora, ni un minuto más —fue inflexible.

—Sigo siendo tu esposa —objetó con la voz rota—. No puedes tratarme así.

—¿Y todavía tienes el valor de quejarte? —Empujó a Avery detrás de sí para confrontar a la mujer y empezó a hablarle en árabe—. *Te he dado toda la libertad para hacer lo que te plazca, como cualquier mujer occidental.* —La dureza en su voz se volvió casi un estruendo, aunque no llegó a alzarla. Usó un autocontrol que intimidaba más que un grito—. *Solo te pedí dos cosas a cambio: respeto y espacio para mí. Te recibí de la forma más amable, como siempre hago. Sabías perfectamente, al irrumpir aquí, que en esta habitación había algo que me pertenece. Solo tenías que mantenerte al margen*.

Lágrimas abundantes surcaron el rostro airado de Samira, sin llegar a arruinar su impecable maquillaje.

—*¿La prefieres a ella antes que a mí, la madre de tu hijo?* —gimoteó en la misma lengua que su marido. Ante el carisma de su esposo, su actitud había dado un vuelco: de hiena enfurecida pasó a parecer un perrito asustado—. *Te lo ruego. Yo soy hija de Al-Mansour, ella no es nadie. ¿Qué puedes encontrar en una niña?*

—*La única verdadera niña aquí, llena de caprichos, eres tú. Crece, Samira, haz tu vida. El mundo es grande, búscate a alguien y déjanos en paz. Ya te he dado demasiado*. —Alzó la barbilla altiva; su lengua musical sonó en los oídos de Avery como una sentencia comprensible para ella solo por la entonación—. *Y ahora desaparece de mi vista, si no quieres que sea yo quien tome medidas* —sentenció categórico.

Ella abrió la boca, pero él alzó un dedo en vertical como última advertencia.

Se le cerró la boca. Conociendo a su marido, Samira debía haber intuido que había cruzado un límite peligroso; se presionó el dorso de la mano contra la nariz y retrocedió dos pasos. Luego, se dio la vuelta y se marchó a grandes zancadas.

El príncipe se volvió enseguida hacia Avery, acurrucada entre sus brazos en un rincón. Tomó su barbilla, girándole el rostro de un lado a otro, y volvió a hablar en inglés.

—¿Te ha hecho daño?

—Estoy bien. —Ella intentó mantener la vista baja, evitando su mirada. Ahora que todo había terminado, sentía una especie de amargura hacia él. Se había comportado como un déspota con la mujer que había desposado, a quien debería haber amado y protegido.

La hizo girar para comprobar que no tuviera hematomas y ella se escapó de sus manos.

—Estoy bien —repitió.

Él frunció el ceño con sospecha, pero cualquier cosa que estuviera a punto de decir fue interrumpida por la llegada de Costas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, lanzando una mirada rápida y calculadora a la habitación y a quienes se encontraban en ella.

—Samira consiguió entrar —le respondió Faisal.

—Joder. ¿Por qué demonios lo hizo?

—Le gusta ser teatral, ya lo sabes.

El abogado se pasó una mano por el cabello, por detrás de la nuca.

—Sé que es tu esposa, pero está empezando a ser un problema, Fai.

—A partir de ahora, cuando quiera ver a mi hijo, lo hará acompañado por la niñera. Problema resuelto. Solo tienes que avisar al piloto de que despegamos en media hora. —Al notar algo bajo la suela, bajó la vista y vio que estaba pisando un vestido de noche. Lo apartó con la punta del zapato —. Y que sea la última vez que se aparece ante mí de este modo.

Capítulo 8

El helicóptero despegó a la una y, justo después, el Amir Al-Miyah volvió a poner en marcha los motores, reanudando el viaje con su característico zumbido de fondo.

Finalmente libre de salir de la habitación, Avery volvió a deambular por los pasillos. El barco, con sus numerosas cubiertas y salones, le parecía ahora aún más grande, aunque no lo suficiente como para evitar cruzarse con los dos hombres que conversaban en árabe. Todavía alterada, desvió su camino para intentar mantenerse lo más lejos posible de ellos.

Bajó a la cubierta principal y empezó a desnudarse incluso antes de llegar a la piscina; tocó el borde casi corriendo y se zambulló de cabeza. El agua la envolvió. Rozó el fondo y salió a la superficie, comenzando a nadar con toda la fuerza que tenía en el cuerpo, para desahogarse, para limpiarse, para no gritar, mientras intentaba asimilar lo ocurrido.

Avery siempre había tenido pocas cosas, todas gastadas, pero nunca le había faltado amor propio. Había conservado siempre una integridad moral valiosa y frágil, que aquel maldito contrato le estaba arrebatando desgarrón a desgarrón, desde la primera llamada de Costas.

Lamentablemente, para huir de todo eso, todo el yate no era lo suficientemente grande. Su compromiso con el príncipe seguía siendo tan válido como siempre, a pesar de que el revuelo que sentía dentro de ella era tal que no podía garantizar cómo reaccionaría una vez estuviera nuevamente a solas con él.

Una casa para su madre y unas piernas sanas para su hermano: en eso era en lo que debía pensar, la razón por la que todo valía la pena.

Tuvo tiempo para reflexionar y calmarse durante toda la tarde. Fuera lo que fuera lo que ellos tuvieran que hacer, agradeció poder disponer de ese tiempo para serenarse y cenar sola. Cuando cayó la noche, se retiró a su habitación para ducharse, imaginando que aquel día aciago terminaría allí.

No obstante, cuando salió de la cabina del baño envuelta en la toalla, entre una nube de vapor, se encontró a Costas en el umbral.

—Te quiere en su habitación —le dijo, con el antebrazo apoyado en el marco de la puerta—. Ahora.

La observó durante largo rato, más serio de lo habitual, como si la estuviera mirando por última vez. Ella sintió cómo las gotas se le cristalizaban sobre la piel. Aquellos ojos duros decían que no volvería a ser la misma después de entrar en la habitación del emir.

Así que había llegado el momento.

Suspiró con los labios entreabiertos y asintió.

No se dijeron nada más.

Cerca de un cuarto de hora después, Avery recorrió el pasillo hasta la puerta del fondo. Llamó, esperó la invitación y entró.

Joder...

La suite era al menos cinco veces más grande que su habitación. El suelo dibujaba un brillante círculo de gran diámetro en el centro del cual se ubicaba una inmensa cama de ébano gris con incrustaciones doradas y un cabecero elegantemente acabado, alto hasta el techo, mucho más ancho que la cama, y que, por la parte trasera, presumiblemente funcionaba como armario. Más atrás, a la derecha, se entreveía un baño con una ducha llena de cristales y grifería dorada, y la esquina de una bañera de hidromasaje. O quizás una piscina de hidromasaje habría sido una definición más adecuada.

Siempre de ese lado, no podía faltar un pequeño salón con tres sofás, el mueble más común en el barco.

A la izquierda, en cambio, además de la terraza, se accedía a lo que más estaba llamando su atención: un rincón de estudio equipado con vídeos, es decir, nueve monitores que proyectaban la transmisión en vivo de cámaras web dispersas por las áreas recreativas del yate.

Así fue como la había visto la noche de su llegada. Y quién sabe cuántos otros momentos la había espiado desde allí, mientras ella, ajena, tomaba el sol, paseaba o comía en soledad.

—No te quedes ahí, acércate —la instó el príncipe.

Su recorrido visual terminó en lo que había intentado evitar: él, sentado sobre la cama contra el cabecero, descalzo, con la camisa desabotonada entre cuyos pliegues se atisbaba un torso tonificado y velloso. Los pantalones a la altura de las caderas estaban sin cinturón, y la rodilla doblada sostenía un portátil abierto mientras sus dedos golpeaban rápido las teclas. Notó cada detalle de él, deteniéndose en los pómulos prominentes sobre las mejillas cubiertas de barba, y las cejas densas que se alargaban severas hacia las sienes.

Maldita sea, qué hombre tan... real, incluso en *deshabillé.*

Y qué alto estaba el aire acondicionado.

Avery se estremeció al adentrarse en la habitación. Se había puesto un top blanco de manga corta, escote en V, corto, cerrado con tres botones al frente. Dejaba un trozo de piel desnuda en su vientre, que la falda de talle bajo no alcanzaba a cubrir. Aun así la había elegido porque le llegaba hasta debajo de la rodilla, aunque la abertura lateral exponía su muslo derecho con cada paso.

Nerviosa, se detuvo a medio camino entre un gran sillón y el lado de la cama. Cruzó los antebrazos sobre su estómago, cubriendo la parte descubierta. Había buscado algo parecido a un saco para ponerse, pero no había ni un solo vestido en su armario que no resultara sexy.

Faisal cerró el ordenador y lo apoyó en la mesita de noche.

—Estás nerviosa —observó.

—¿Usted cree? —replicó, huraña—. Quién sabe por qué.

Él ignoró su ironía, tratando de comprender lo desagradable que debió haber sido para ella haber caído en la mira de Samira.

—Lo que ha pasado no se repetirá, nadie nos molestará más.

—En verdad, encontré esta interrupción muy instructiva —le respondió, abrazándose los codos—. Diría que iluminadora.

El príncipe apoyó el brazo sobre la rodilla doblada, tomándose todo el tiempo para observarla. Vio cómo sus senos levantaban el chaleco, dejando debajo una hendidura en la que meter la mano para encontrar la suave curva de su piel de seda. Los finos cabellos ya se le escapaban de la trenza, a pesar de las horquillas, lamiendo el diminuto rostro que no lograba verse sombrío ni siquiera esforzándose como lo estaba haciendo.

Su doncella de cuento parecía un ratoncito blanco, pequeño y luchador, atrapado en la jaula del gato. Solo esperaba que le diera motivo para chillar

y así poder soltarle cuatro cositas, estaba seguro de ello.

Ese aire rebelde le sentaba bien; casi le habría agradecido a su esposa por habérselo contagiado. Domarla, lo sentía ya, sería una tarea placentera.

—Ilumíname también a mí —le dijo.

—Creo que he entendido muchas cosas sobre usted en los últimos días. —Intentó desviar la mirada, pero terminó volviendo hacia él, deteniéndose en su pecho, tal vez porque nunca lo había visto completamente descubierto, o tal vez para no tener que levantar la vista para sostener la suya.

—¿Cosas, como que tengo una esposa molesta?, ¿o como que solo podrías venir con mi boca en tu sexo? —la provocó.

Ella se sonrojó y se aferró a la estrella del colgante con el puño, presionando los nudillos contra los latidos acelerados de su corazón.

—Lo primero es una certeza, lo segundo una suposición —tuvo la audacia de declarar.

—Puedo demostrarte que ambas son una certeza, incluso ahora mismo.

Su delicioso mohín se acentuó.

—¿Quiere demostrármelo a mí o a sí mismo?

—Parece que pasar tiempo con Costas está volviendo tu lengua afilada y descarada. Pero si quieres jugar a esconderte detrás de las palabras, deberías tener en cuenta que conozco muy bien tu idioma y llevo mucho más tiempo que tú en este juego. —le hizo notar, cómodamente recostado sobre los cojines contra el cabecero, en su inmovilidad casi escultórica—. Me parecía haberte oído decir que confiarías más en mí.

—Dije que lo intentaría, pero... —Se frotó los antebrazos justo por encima de los codos, metiendo los dedos en el borde de las mangas—. Mi madre dice que la confianza hay que ganársela, y mentir no es una buena forma de conseguirla.

Vaya, el ratoncito quería darle lecciones de moralidad.

—¿Cuándo te he mentido yo? —Si había algo que Faisal detestaba, eran las acusaciones sin fundamento. Ella había sacado sus conclusiones sin tener la más mínima idea de lo que significaba ser él—. Si tienes algo que decir, dilo alto y claro. Dime qué puede enseñarle una niña estadounidense a un hombre que mueve miles de hilos, miles de vidas. —Había algo, en realidad, de enorme importancia, y ella estaba allí precisamente para eso: para enseñarle a recuperar la capacidad de emocionarse. Solo que no lo

sabía—. O bien te quitas esa expresión ceñuda de la cara: ya he tenido suficientes rabietas por hoy.

El nudo que Avery tenía en la garganta se agrandó. Se había comportado con tanta prepotencia. ¿Era posible que no entendiera que ella solo deseaba una palabra amable? Un rastro de arrepentimiento, admitir que con su esposa había actuado por impulso, presa de la ira, que no había sido él mismo. Pero él siempre tenía el control total de sí mismo, y su extenso vocabulario no contemplaba la palabra arrepentimiento en ningún idioma. En una cosa, sin embargo, tenía razón: ella no tenía idea de cómo se podía tener esa sangre fría, así como, por lo demás, él no podía entenderla a ella, y qué le oprimía el estómago.

—Solo dígame qué quiere que haga. Obedeceré sin sin rechistar, pero no espere también mi sonrisa. Eso no está contemplado en el contrato. — Respiró hondo, esperando que le dijera que se desnudara, se acostara y abriera las piernas, para que pudiera retomar donde lo habían dejado antes de la llegada del helicóptero, y obtener lo que quería.

—Muy bien. —El príncipe dio dos golpes al interruptor junto a la cama con un nudillo. Algunos focos periféricos se apagaron y solo quedaron las apliques, con su luz ámbar, esparciendo una multitud de destellos sobre los adornos dorados y los cristales—. Arrodíllate.

La orden llegó clara y repentina.

Ella lo detestó. Resistió durante unos segundos, sostenida por el orgullo, hasta que fue aplastada y el "no" que sentía en los labios fue aniquilado. Su cuerpo, sus miembros dijeron "sí" por ella.

Sostuvo la falda con una mano, acomodándola al arrodillarse, rodeada por la densa intimidad de la atmósfera que había descendido en la habitación. Al obligarla a ese gesto la estaba castigando, lo sentía. Quería humillarla.

¿No entendía que ella ya se sentía humillada, desde el momento en que había sido confinada en su habitación?

Como el déspota arrogante que era, era probable que se levantara y le ordenara que lo tomara en su boca. Solo de pensarlo, apretó los labios humedeciéndolos, y bajó la mirada al suelo.

Faisal sonrió satisfecho al verla de rodillas como lo había estado bajo el escritorio de cristal en Boston, y al ver que sus órdenes surtían la reacción deseada.

—¿Qué quiero ahora? Si me conoces tan bien, dímelo. No es difícil.

Avery no lograba pensar, dentro de ella se estaban gestando los vientos de un tornado. Un caos del que salió un murmullo.

—¿Mi... boca?

Oyó su sonrisa en la respiración.

—Exacto. —Se puso más cómodo en la cama, llevando el brazo doblado detrás de la cabeza—. Más precisamente: lo que sale de tu boca. Ha sido un día largo, cuéntame un cuento. Uno bonito, que compense las dos noches que nos hemos saltado. —Cerró los ojos—. Puedes sentarte sobre los talones, si lo prefieres.

A la larga, resultaría bastante incómodo, y eso era exactamente lo que él quería.

—¿Por qué no en el sillón? —preguntó, una vez más sorprendida, como si no hubiera aprendido nada sobre él.

—Porque ya me has mirado lo suficiente de arriba abajo desde que entraste. Y no me refiero al hecho de que estuvieras de pie. —Agitó la mano en el aire—. Adelante. Cuenta.

Hablaba en serio.

Avery dejó caer las caderas sobre los talones.

Pudo recorrerlo con la mirada libremente, de arriba abajo. La camisa blanca, con bordados de seda tono sobre tono, se había deslizado a los lados del torso; el pecho se mostraba plano y firme como la piedra, decorado por los pezones oscuros sobre la piel aceitunada. El abdomen estaba apenas esbozado por sombras suaves, todas en los malditos lugares perfectos. Su respiración lo hacía todo más vivo, y el ciclón que ella llevaba dentro la azotaba, buscando salir.

En un intento por contenerlo, inspiró una bocanada del aire perfumado de especias que saturaba la habitación y empezó:

—*Érase una vez un rey...*

Él asintió, aprobando la elección. Realmente parecía dispuesto a disfrutar del cuento como un niño, prestándole la máxima atención.

—*... Sentado en el sofá* —continuó— *que le dijo a su sirvienta: cuéntame una historia, y la historia empezó: érase una vez un rey* —el príncipe frunció el ceño al oír que seguía con la cantinela— *sentado en el sofá, que le dijo a su sirvienta: cuéntame una historia, y la historia empezó.*

—Cuidado... —la advirtió, mientras aún estaba a tiempo de corregir el rumbo y no desperdiciar la indulgencia que él le había concedido.

—*Érase una vez un rey, sentado en el sofá, que le dijo a su sirvienta: cuéntame una historia, y la historia empezó*. —Siguió, una y otra vez. Con cada estrofa, la dulce entonación de la voz de Avery se volvía más cortante, y la mandíbula del príncipe se tensaba—. *Érase una vez un rey...* —gruñó por enésima vez—. *Sentado en el sofá...*

El emir bajó los pies de la cama.

—*Que le dijo a su sirvienta...* —ella tembló, impertérrita.

Él se alzó, imponiéndose con su voz.

—*Que le dijo a su sirvienta: ¡cuéntame una historia!* Y la sirvienta desobedeció. —La agarró por los hombros y la levantó—. ¡Y luego la sirvienta se arrepintió!

Avery se levantó sobre las puntas de los pies, desmoronándose entre sus pulgares y sus dedos medios.

—¡No me había dicho que tenía esposa! —espetó.

—¡Porque no te tiene que importar!

Le importaba, sin embargo. Al apartarla de en medio, confinándola en una habitación, él la había hecho sentirse como un estorbo. Porque para él ella no era más que "una cosa", sin derechos. Indeseada, inadecuada. Eso era lo que de verdad le dolía.

—¡Es tan fácil para usted usar a las personas como usa su dinero! Dar órdenes y guardarlas cuando le conviene.

Hubiera sido mejor si hubiera embarcado a otras putas; al menos, habría sido una entre muchas, no una de más.

—¿Quién te crees que eres tú para juzgarme? —La hizo girar y la empujó hacia la cama. Sus rodillas chocaron contra el borde del colchón—. Estás aquí para hacer un trabajo. ¡Hazlo!

Le presionó la espalda para que se inclinara, acompañándola con su propio cuerpo.

Ella apoyó las manos contra el colchón, pero el peso del hombre era demasiado y sus codos empezaron a flaquear.

—Me hizo llamar y yo vine. Eso significa que lo haré, a pesar de que su esposa viniera a decirme lo que dijo, pero no puede esperar que todo me resbale como si no pasara nada —replicó con la voz al borde del llanto.

—¿Qué te dijo? —le respiró contra el oído, jadeante por el impulso de abofetearla y arrancarle de encima cualquier cosa que la separara de él, ropa y pensamientos estúpidos incluidos.

Ante aquel aliento cálido, Avery se derrumbó sobre la cama, sin fuerzas.

—Que ella lo ama... y que fue por mi culpa que la echó.

Dios, esas sábanas tenían un aroma tan intenso. Olían a él, tanto que le hizo entrecerrar los ojos.

Faisal la vio frotarse la mejilla contra las sábanas y sintió agitarse en su pecho y vientre una bestia posesiva que lo impulsó a olerle el cabello y a empujarle la cadera contra las nalgas.

—Nunca nos hemos amado —aclaró, para que dejara esa historia que les quitaba tiempo valioso—. Fue un matrimonio por interés, tanto suyo como mío. Es algo que no puedes entender por tus orígenes.

Ella se agarró a las sábanas y trató de arrastrarse hacia delante para zafarse.

—Y sin embargo, ella lo ama, aunque nunca haya sido correspondida. Ella misma me lo dijo. —Esa mujer no habría estado tan desesperada si no hubiera amado.

Él le aferró la cintura sobre el trozo de piel descubierta.

—No es así. —Se subió encima de ella, con una rodilla entre sus piernas, atrapándole la falda.

Aquella dureza del músculo que llegó a rozarle el sexo la hizo dejar de intentar apretar los muslos, abandonándose contra ella.

—Sí que lo es y ha sido así desde siempre —exhaló, mientras su abdomen se hacía pequeñito, envuelto en el costado por aquella mano cálida—. Ha dicho que lo ha desposado para estar cerca del hombre que ama.

La mano descendió por su muslo, desnudo por la abertura de la falda.

—¿Y tú pensaste que yo era ese hombre? —Ascendió hacia el nacimiento de la pierna, con los dedos deslizándose hacia el interior—. Divertido, pero nada brillante.

Avery parpadeó. Se retorció y se echó hacia atrás para detenerlo y hacerle entender. Consiguió que él le sujetara la muñeca, doblándosela sobre los riñones como solía hacer, pero para entonces su cerebro ya estaba en marcha, repitiéndole frases, ecos lejanos en su mente.

"Estaba felicísima de casarme con él: por fin podría estar al lado del hombre al que amaba."

"Es solo Costas, tranquila. Es como una ladilla: siempre está ahí." Siempre al lado del príncipe.

"Fiel y devoto desde los veinte años..."

¡Dios mío! Lo comprendió, encajando todas las piezas del rompecabezas.

—Costas... —Echó la cabeza hacia atrás, tirando del brazo que él le tenía sujeto—. Se casó con ella para estar cerca de Costas y engañarla con él. —Aquella mujer no estaba celosa de su marido, estaba furiosa porque ser apartada del príncipe significaba serlo también de su abogado.

—No le hizo falta engañar.

Estaba claro que Costas nunca lo habría hecho. Jamás habría actuado a espaldas del príncipe, compartían tanto entre ellos.

Compartían...

"La regla es no, pero puede existir la excepción" le había dicho.

Claro, lo había malinterpretado todo: el abogado no se estaba refiriendo a ella. La excepción había sido Samira.

—La tuvisteis los dos —afirmó, buscando confirmar sus sospechas.

Él se puso de rodillas, confesándole cosas que nunca había sentido la necesidad de decirle a nadie.

—Solo debía ser un entretenimiento, un juego de cama que nunca le habríamos permitido si hubiéramos sabido de sus sentimientos y de cómo se habría ensañado.

Samira había intentado manipular a ambos, sabiendo bien que ninguno de los dos le correspondía, y ahora lloraba como una víctima porque su marido no había caído en la trampa y no había conseguido lo que quería. Costas siempre había pertenecido más al príncipe que a ella. Al fin y al cabo, si lo suyo hubiera sido amor verdadero, se habría hecho a un lado, dejándolos libres a los dos.

Avery giró la parte superior del torso, levantándose sobre los codos.

—Me trató como si fuera la ruina de su matrimonio. —Y ella se había sentido culpable porque había buscado refugio en los brazos del hombre que creía que amaba.

—Lo nuestro no es un matrimonio, es un contrato que no vale más que lo que tengo contigo. Pero ella no me importa en absoluto. —Faisal le pasó la mano por detrás del cuello, acercándola al inclinarse hacia adelante—. Es a ti a quien quiero, niña. Es en ti en quien no dejo de pensar.

Avery sintió un estremecimiento detrás de las costillas. Llevaba tres días esperando oír esas palabras.

Largos cabellos negros, recogidos en ondas perfectas, descendieron rodeándole el rostro, ocultando la boca bordeada por la barba que se posaba sobre la suya. Le dio un beso profundo, con unos labios exigentes que le pedían volver a confiar, volver a entregarse.

El brazo de ella se alzó de golpe, aferrándose a su cuello. Tiró de él hacia sí, abriéndose para permitir que su lengua la penetrara.

—Tengo que tenerte, ahora mismo —gruñó Faisal, despreciando los planes que había hecho para ella en su primera vez.

Avery le agarró el cuello de la camisa.

—Yo también. —Había temido no poder tenerlo nunca, que aquella mujer nunca se lo permitiera, privándola de su primera vez con su príncipe árabe. Ahora lo deseaba más que nunca, antes de que todo se desvaneciera, antes de que algo más se interpusiera entre ellos y rompiera el hechizo.

Tiró de la tela, descubriéndole el hombro, y se estiró para besar la piel tensa por el músculo. Sus labios se arrastraron bajo la clavícula con un cálido jadeo, los dientes se clavaron en el pectoral compacto, sin poder rasgarlo.

Faisal emitió un ronco gemido de placer. Le encantaba que ella supiera bajar la mirada, sonrojándose como la virgen que era, pero que también fuese capaz de sacar las garras y los dientes, dejándose llevar por el instinto para dar voz a su fuego.

—Ahora... por favor —le suplicó, alzando hacia él sus grandes ojos implorantes. Y Faisal comprendió que estaba preparada, que ya había roto por sí sola la primera barrera, sin siquiera esperar su consentimiento, esa formalidad que siempre usaba al dirigirse a él.

Le cogió las manos, apoyando los pulgares en las palmas y apartándoselas.

—Ahora, pero a mí manera.

Se levantó y se quitó la camisa con un rápido gesto, dejándola caer al suelo. Se desabrochó los pantalones, abriendo la bragueta; debajo estaba desnudo. Dejó que le cayeran por los tobillos y se los quitó con un paso.

Ella había recogido las piernas contra el pecho, mirándolo entre fascinada y asustada.

—Santo cielo... —murmuró, tragando.

Las proporciones del príncipe eran magníficas en cada parte de su cuerpo. Era un hombre con experiencia, de una masculinidad feroz, plenamente consciente de su poder. Temió no estar a la altura: ella era tan inexperta, tan sencilla frente a su majestuosidad. Tan diminuta, frente a su ímpetu.

Al avanzar él, perdió un poco de valor, pero aun así se quedó donde estaba, sintiendo que las manos le sudaban frío.

Él le agarró el chaleco, y ella, diligente, levantó los brazos para dejar que se lo quitara por la cabeza. Siguió desvistiéndola rápido, de todo, incluyendo el colgante. La agarró por las axilas y la movió al centro de la cama, invitándola a tumbarse.

Se llenó los ojos con ella.

Senos como melocotones apenas maduros, un vientre que era el meandro de un río encantado, en un fluir de dulces curvas y níveas sinuosidades; la belleza de su joven cuerpo irradiaba una gracia que él temía estropear solo con tocarla. Pero eran sus ojos de cervatillo los que le robaban la razón.

—¿Usaste lo que te envié mientras estabas encerrada? ¿Y pensaste en mí al hacerlo? —le abrió las piernas.

—Sí y sí —clamó, sincera, con ganas de lloriquear, porque él seguía hablando, haciéndola morir de impaciencia.

Faisal se mostró complacido.

—Mal, muy mal. Te dije que no debías correrte. —Apoyó los puños a ambos lados de su cabeza, encerrándola entre sus brazos.

Ella observó esas sólidas barras con el rabillo del ojo.

—Entonces, ¿por qué me lo enviaste? —con sus dedos delicados rozó su tenso bíceps.

—Para ponerte a prueba. Tienes que prestar más atención a mis palabras y no desobedecerme más, o acabaré teniendo que castigarte. —Fuera cuales fueran las imágenes que evocaban sus palabras, hicieron que los pezones de ella se despertaran, irrigándose de un rojo bermellón. Le besó uno, que se había erguido como un valiente soldadito. Lo succionó un poco.

Ella contuvo la respiración, sintiendo cómo la tensión crecía en su vientre.

—¿Te molesta que lo haya hecho?

—¿Que hayas pensado en mí de esa manera? —Se inclinó sobre ella, usando la rodilla para separar aún más las suyas—. En absoluto. De lo contrario, no te habría dejado la más mínima oportunidad de hacerlo.

Avery se perdió. No entendía nada, no podía pensar en nada más que en el pene erecto, cálido y sólido, que le estaba rozando el interior del muslo. Su respiración se aceleró más y más.

—Dios mío, eres tan grande —expresó su temor, insegura de poder soportar a un hombre así, por dentro y por fuera.

Faisal asintió con comprensión, pero no dijo nada para tranquilizarla. Era la verdad; él era grande y ella lo sentiría todo.

Le acarició el pubis, descendió entre los pliegues del sexo para tantear por última vez su integridad. Se estaba mojando, y mucho, preparándose para él, pero eso no cambiaba el hecho de que estaba endemoniadamente estrecha y cerrada. Ni siquiera Samira lo había estado tanto cuando la desvirgó. Lamentablemente para ella, su irracional polla estaba reaccionando a todo eso, volviéndose arrogante al crecer a lo mejor de su erección.

Avery echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza.

—Por favor... hazlo.

Faisal empuñó su miembro y posó el glande sobre el nudo pulsante del clítoris. Lo movió estimulándola, luego lo deslizó hacia abajo, separándole suavemente los labios de su sexo con un leve roce. Todo el cuerpecito debajo de él tembló.

Él mismo tembló.

—Cálmate, pequeña, solo lo estoy mojando —le dijo, dividido entre la necesidad desmedida de penetrarla y la de prolongar el momento infinitamente, para saborear la potencia con la que su corazón había empezado a bombear latidos profundos.

Finalmente vivo.

Ella trató de respirar mientras aquel aparato caliente, con el que tenía poca experiencia, aumentaba la presión. Era increíblemente rígido, y, sin embargo, su cuerpo reaccionaba como si supiera que estaba hecho para ella, inflamándola como si fuera un montón de bastoncillos empapados en gasolina. Estaba ardiendo, en una lujosa habitación de un yate de lujo, sobre una enorme y suave cama con sábanas que costaban una fortuna.

No podía ser cierto.

—Mírame —le dijo el príncipe, tomando su barbilla.

Avery abrió los ojos y se encontró atrapada en una mirada firme, profunda como la noche del desierto. Unas pestañas tan negras que parecían enmarcarle las escleróticas como el khôl. Su corazón dio un vuelco, pero, como una chica buena, mantuvo las piernas abiertas.

Faisal empujó sobre el sexo virgen, encontró resistencia y se comportó como siempre había hecho en la vida: avanzó sin reparos, indiferente a los obstáculos y a lo que laceraría para alcanzar su objetivo. La membrana se rompió, la muchacha gimió, tensándose, y su polla penetró despiadadamente por buena parte de su longitud.

Durante todo el tiempo, mantuvo la mirada fija en su pequeña; primero con deseo, luego con dolor, cuando sus dedos afilados le arañaron las escápulas, y finalmente, perdido.

Después del primer dolor más intenso sentido allí abajo, para Avery llegó la maravilla: él estaba realmente dentro de ella. Se sentía abrumada en lo más íntimo, colamada desmedidamente donde no imaginaba que pudiera haber tal vacío. Se había plantado como una raíz que se abre camino en la tierra, no había posibilidad de que pudiera deslizarse de nuevo sin llevar consigo jirones de ella.

—No te muevas... Por favor, no te muevas... —le suplicó con los ojos vidriosos.

Él le tomó el rostro y le acarició la sien con el pulgar, limpiándole una lágrima. Aunque la había escuchado, se apartó despacio, sonriendo, como si estuviera embriagado. Embriagado de ella.

—¡No! ¡Dios mío! —gritó Avery.

Y Faisal la penetró de nuevo. Podía decir lo que quisiera, pero no se detendría. Su pene fue inundado por una sustancia viscosa, caliente, que facilitó, junto con los humores, su avance. Un olor metálico se difundió en el aire.

Sí, sangra por mí, pequeña doncella de cuentos de hadas.

Hizo recaer el peso de su pelvis sobre ella, aplastándola bajo sí. Ella deslizó los talones sobre el colchón. Gimió, un gemido dolorido que sonó distorsionado por una especie de lúbrico placer.

Lo miró fijamente, apretando las manos sobre sus anchos dorsales, y asintió. Quería que lo hiciera otra vez.

Faisal la complació, asestando una estocada más decidida. Un gruñido le vibró en el pecho, y ya no fue capaz de detenerse. Empezó a deslizarse en ella, llevándola consigo en un vaivén cadencioso.

Avery gimió, arrugando el rostro y apoyando su frente contra el hombro de él. Se sentía forzada y a la vez rendida por dentro, como si un hierro candente la atravesara, aunque lo que sentía ya no era exactamente dolor. Era algo que no quería dejar de experimentar.

Estaban en alta mar, un mar en tempestad.

Bajo ella, el barco se mecía con un leve vaivén, mientras sobre ella el príncipe era una ola gigantesca con la fuerza de un océano. Sus labios se abrieron sobre la piel de él, los dientes se apretaron, y sus ojos derramaron nuevas lágrimas. No imaginaba que pudiera ser así.

Faisal sintió el hombro mojado. Le tomó el cuello, la apartó para observar su rostro y no perderse ese dulce llanto. Recogió una gota del pómulo, posó sus labios en ella y luego se la llevó a la boca con un beso salado, mientras le aferraba un seno hinchado entre los dedos y le acariciaba la lengua con la suya para hacerle sentir que estaba con ella, que la suya no era crueldad, sino un deseo voraz, que había permanecido dormido demasiado tiempo.

Se dio cuenta de que su joven sexo, aunque privado del himen, seguía oponiéndole resistencia, pero luego también se sentía envolvérselo estrechamente, como si quisiera apoderarse de su polla. Y era una libido incalculable.

Le puso una mano en la frente, manteniéndole la cabeza hacia abajo, y se adentró un poco más, haciendo que arquease la espalda.

—Ah... —Avery gimió, levantó las rodillas, intentando acogerlo todo; todo lo que conllevaba, porque había más que su pene macizo. Estaba su tórax que le rozaba rudamente los pechos. La solidez de sus muslos gruesos que le mantenían las piernas abiertas. Sus cabellos que la cosquilleaban, ligeros por fuera mientras él era pesado por dentro.

Después, sintió que tocaban un punto absurdo, lo que le provocó un extraño estímulo. Lo empujó sobre el abdomen para que se echara un poco hacia atrás, solo un poco, porque era demasiado invasivo. Le gustaba que fuera así, sin embargo, llegaba a hacerle daño. Se sentía mojada hasta las sábanas, pegajosa, la fricción comenzaba a quemar.

—Resiste, niña. —Faisal le tomó las manos y movió de nuevo su polla dentro y fuera. Sintió que podía venirse en pocos segundos, pero no quería. Quería tomarla durante toda la noche y estaba seguro de que ella se lo permitiría. Solo tenía que recordarse a sí mismo que hasta hacía pocos minutos ella era virgen. Para ella todo era nuevo, mientras que él tenía un tipo de control y apetitos que iban mucho más allá de los de un jovencito.

Más despacio, Fai, se dijo, al ver una gotita de sudor resbalarle por la sien sobre su carita sonrojada, y los dientes mordiéndole con fuerza el labio para contener los gemidos. *Dale un respiro.*

Saboreó durante un instante más su carne tentadora, y luego se retiró por completo.

Avery bajó la mirada entre ambos. A la tenue luz de las apliques comprendió enseguida qué era aquella sustancia que manchaba sus sexos. Toda aquella sangre, de un rojo tan vivo... ¿cómo podía haber tanta?

Intentó encogerse de hombros, respirando con dificultad.

—Todo está bien. —Faisal la hizo tumbarse, para que la vista de la sangre no la impresionara.

—Lo sé, pero... —le resultaba un poco desagradable saber que no se trataba de su periodo, sino de algo que se había roto dentro de ella.

—No le hagas caso, relájate. —Algunas muchachas sangraban más, otras menos. Faisal lo recordaba bien, aunque hacía bastante tiempo que solo se acostaba con mujeres experimentadas.

Avery se tocó el vientre sin atreverse a bajar más, insegura de lo que sentía.

Él le depositó un beso en la frente.

—Espérame así, no te muevas.

Se alejó, hizo correr el agua en el baño y regresó con una esponja húmeda. Se la puso en el monte de Venus, la pasó por el sexo y la apretó dulcemente.

—Cierra las piernas.

La esponja, suave y fresca, permaneció atrapada allí, brindándole alivio.

Él le dio un tirón a la sábana debajo de su trasero, deslizándola fuera de la cama. Luego se acostó a su lado, y ella se giró de costado hacia él. Bajó los ojos al pene limpio, aún turgente.

—No te has corrido. —Deseaba tanto verlo en la cúspide del placer.

—No te ilusiones, aún no he terminado contigo. —Le apoyó una mano en la cadera, con el pulgar acariciándole la cintura.

—Eso espero —replicó con una sonrisa dulcemente traviesa, a menos de una palma de su rostro. Al observarlo tan de cerca, su sonrisa se desvaneció —. Dios, esos ojos... —La habían hecho sentir atrapada desde el primer momento. El príncipe le había parecido un misterio entonces y seguía siéndolo. Ser impenetrable formaba parte de su naturaleza.

Impulsada por el deseo de explorarlo, llevó la mano a su tórax. Tanteó la piel compacta, rozó un pezón y descendió siguiendo las tenues depresiones del vientre, hacia la línea de vello oscuro que llevaba al pubis.

A su paso sintió los músculos contraerse, el gran sexo tuvo un sobresalto, anhelando su toque.

—Dime qué debo hacer. Dime cómo tocarte. —Quería que fuera él quien la guiara en lo que ella deseaba, con su actitud impositiva de rey del desierto que muchas chicas habrían juzgado brusca y arrogante. Pero que a ella le gustaba.

—Si me lo tocas, tendremos que recomenzar de inmediato —la advirtió.

Le entró casi la risa cuando ella se apresuró a subir hacia zonas menos imprudentes. Todavía estaba tan necesitada que no consideró el esfuerzo que le costaría retomar de inmediato donde lo habían dejado.

—¿Qué pasa? ¿Ya no lo quieres?

—Esperaste días para tomarme, puedes esperar un poco más ahora. —Solo para prolongar ese momento, en el que lo sentía cerca, compartiendo una intimidad tan fuerte casi como cuando estaban encajados el uno dentro del otro. Era la primera vez que podía hablar con él así, con la confianza de compañeros de cama.

—Anoche vine a tu habitación —le confesó.

—¿Qué? No me di cuenta de nada. —Había jurado que él siempre se había mantenido bien alejado de su habitación. Introducirse a hurtadillas era algo que haría Costas, no él; el príncipe no solía entrar en las habitaciones ajenas. Si quería algo, era ese "algo" el que se presentaba ante él, por su propia voluntad.

—Dormías y te dejé dormir —explicó, dejándose caer boca arriba—. Para tenerte, quería deshacerme primero de Samira y de cualquier otra molestia

Avery se levantó sobre un codo.

—No vuelvas a encerrarme en una habitación sola, —le rogó—. Prefiero que me mandes a casa.

—¿Renunciarías al dinero que obtienes con tal de no tener que pasar tiempo en una habitación de mi barco?

Ella bajó los ojos a las sábanas. Por un momento se había olvidado del dinero. Sin embargo, el dinero había sido en gran parte lo que motivó sus decisiones, incluida la de permanecer tranquila y sumisa en esa habitación, en lugar de hacer un escándalo para salir de allí.

—No, no renunciaría a todo ese dinero, ni siquiera si tuviera que pasar el mes entero confinada ahí. —Lo cual habría sido una enorme prueba de perseverancia que no estaba del todo segura de poder superar—. Pero por favor, no me encierres más.

—A decir verdad, fue Costas quien te encerró. —En casos de urgencia, su abogado sabía actuar con rapidez, sin necesidad de consultar su opinión, siendo hábil en decidir qué era lo mejor a hacer.

Avery agarró la almohada que estaba en el borde de la cama y la llevó contra su pecho.

—Casi lo golpeo —admitió, ahogando sus palabras en el suave relleno.

El príncipe se acarició la barba en el mentón con dos dedos, interesado.

—¿Y él qué hizo?

Ella retiró las piernas hacia el pecho. Tenía que ser sincera. *Quería* ser sincera.

—Me besó. —Se preparó para una reacción, aplastando la nariz contra la almohada

Sin embargo, su estado de calma permaneció, ni un músculo facial se movió, aparte del batir de sus largas pestañas.

—¿Te gustó?

—Mi contrato es contigo —dijo, como había reiterado al abogado.

—Claro, pero no hay nada que lo prohíba y no hay nada de malo si te ha gustado.

—Es que no entiendo cómo son las cosas entre vosotros. —Su mirada se sentía irremediablemente atraída por el pene que le apuntaba al estómago. Le era imposible mirar otra cosa por más de tres segundos, fascinada por su falta de pudor—. Le permites mirarme, besarme, y no te molesta en absoluto.

—No, porque es Costas. —Oh, claro, ahora sí que todo estaba clarísimo —. Tendrías que haber vivido lo que yo viví con él para entender lo que nos une. —Al notar cómo lo contemplaba, se acarició el miembro con un movimiento fluido, reforzando su atención—. En la práctica, Costas sabe hasta dónde puede llegar, por eso tiene el privilegio de disfrutar de mi riqueza tanto como la disfruto yo, en la mayoría de las cosas.

—Pero no en todas.

—No, no en todas. —Le tendió la palma abierta—. Ahora responde a mi pregunta. ¿Te gustó?

Ella aferró la mano, dejando que él la condujera a su verga tensa. Avery la envolvió con los dedos, experimentando su calor y su increíble dureza. Parecía que la conversación, en lugar de apagarlo, había contribuido a alimentar su vigor. Probablemente era así; en él se percibía una curiosidad morbosa, desprovista de juicio, que la llevó a ser sincera.

—Sí, su beso me gustó. —Había luchado contra el abogado, lo había rechazado, pero también lo había correspondido. Era inútil negarlo, aunque resultaba extraño confesarlo mientras estaba completamente absorbida por la polla de otro. Su pulgar se mojó al deslizarse sobre el glande. No estaba circuncidado, y era estupendo—. Solo quisiera que Costas dejara de

provocarme. —Y que Faisal le permitiera seguir jugando con su pene infinitamente. Solo que no fue así.

—Disfruta ser tedioso —declaró inclinándose hacia ella—. Una pequeña satisfacción, considerando que a él le toca la peor parte de mis asuntos, mientras que a mí la mejor.

La hizo girar boca abajo, y la cubrió con todo su cuerpo. La almohada quedó encajada debajo de ella, él se la puso bajo el bajo vientre, exponiendo mejor ese provocador trasero que ella salvaguardaba con tanto fervor. La esponja que había apretado entre sus muslos rodó y cayó al suelo.

—¿Cuál sería la mejor parte? —El latido de Avery se aceleró incluso antes de sentirlo golpear de nuevo en su coño. Le bastaba con saber lo que estaba a punto de suceder. Solo sentir esa potencia a sus espaldas, ese cuerpo de puro macho atrapándola irremediablemente, la hacía enloquecer. Esta era la parte que los cuentos de hadas nunca llegaban a contar. La más tórrida.

—Esta, por ejemplo, es sin duda una de las mejores. —Faisal le clavó una mano entre los muslos y se los separó usando las rodillas. Un ligero toque y ella entendió cómo quería que se expusiera, arqueando la espalda en una curva sinuosa.

—Sí, así, cachorrita. —Fue despacio. Lo frotó, arrancándole un gemido, luego se lo volvió a meter, sintiéndola vibrar bajo él.

Avery gimió suavemente, aguantándolo con tenacidad. La presión despertó sus partes íntimas adoloridas, pero no le importó. Sentía cómo su carne se dilataba, poseída profundamente, jodida de forma total y absoluta.

—Dios, me gusta así... —Era animalesco, trivial, excitante hasta la locura. Los tendones de los muslos tiraban, las rodillas se licuaban, y su sexo la partía en dos. Los párpados se bajaron a medio camino, la boca se abandonó a un gemido continuo.

Dejó de aguantar las embestidas y empezó a deslizarse hacia adelante.

Faisal estaba fascinado, su pecho se hinchaba como un fuelle al rugir de la sangre. Hundió los dedos en la base de la trenza, atrapando su cabecita. Al instante, el peinado despeinado se deshizo, pero él apretó los finos mechones castaños. Usó su propio peso para impedir que ella siguiera avanzando, aplastándola bajo él, y... se perdió.

Olvidó todo, no fue más que un hombre en su antro de tierna voluptuosidad, durante un tiempo que le resultaba imposible medir. Las sábanas se enredaron, los cuerpos sudaron, el placer corroyó su voluntad,

sometiéndola a su servicio. Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo, dentro, dentro, dentro... acunados por el vaivén del Amir Al-Miyah.

Avery ya no distinguía el vaivén del mar del de sus cuerpos entrelazados, sus miembros habían sido doblados y retorcidos en posiciones absurdas, tenía la cabeza llena, palpitante. A sus oídos llegaban gemidos e imprecaciones gruñidas en árabe. Dios, él era inmenso, potente, implacable, y a ella le encantaba que lo fuera. Podría haberse hecho añicos y no le habría importado, sumergida en oleadas de libido desenfrenada.

Los dientes al descubierto de Faisal le rozaron el cuello.

—Quiero morderte, comerte, follarte cada minuto de cada puto día, en que estés en mi puto barco —le dijo, pasándole el antebrazo por debajo del vientre. Le apretó el clítoris entre el dedo medio y el índice juntos, haciendo presión hacia arriba con las yemas de los dedos—. Eres mía, ¿entendiste? Por todo el tiempo que nos queda. Mía para joder, mía para doblegar, mía para gozar.

Mi pura, dulcísima doncella para ensuciar con mi esencia, pensó él.

Suya. De mi príncipe del desierto, fuerte e indómito, pensó ella, mientras una chispa le brotaba en el vientre, estallando como un cortocircuito en todas direcciones, sin que pudiera hacer nada por controlarlo.

Gritó, el pene se clavó en ella y el orgasmo la arrolló, sacudiéndola con contracciones y cegadores destellos de placer.

—Dios mío... Faisal... —murmuró, dejando caer la cabeza sobre la cama.

Faisal le agarró los glúteos, cabalgó sobre ese cuerpecito lánguido, perdido en su estado de éxtasis, llegando a hundirse en ella hasta las pelotas. Y explotó.

Se echó hacia atrás justo a tiempo para correrse sobre su espalda nívea, mojándola una y otra vez desde los omóplatos hasta las nalgas.

Cuando los espasmos cesaron, se quedó quieto, de rodillas, con el pecho aún tomando profundas bocanadas de aire. A su alrededor, todo era silencio; incluso el mar se había calmado. La embarcación estaba inmóvil: el capitán debía de haber encontrado una cala en la que fondear.

Por Alá, había gozado hasta la punta de las orejas.

Ella inclinó un poco la cabeza, rozando el colchón, y sus ojazos le sonrieron por encima del hombro.

Él relajó la frente.

Volvía a ser un hombre pleno, capaz de sentir la vida.

Capítulo 9

Unos nudillos golpearon la puerta. Avery abrió los ojos, entrecerrándolos por la luz implacable de los rayos solares que se colaban a través del cristal.

Girarse de lado le provocó un quejido: debía haberse dado contra un muro después de una noche de juerga. Suspiró mientras enfocaba el brillo de las molduras doradas que remataban la lujosa habitación donde se encontraba.

No había sido un muro.

Había sido un terremoto de grado siete.

Del que, sin embargo, ya no quedaba rastro en la cama, salvo por la parte deshecha junto a ella.

Intentó comprender qué sentía: su virginidad se había ido. Su cuerpo, salvo por algunos moretones, parecía igual que antes, aunque había algo diferente: ahora sabía lo que significaba tener a un hombre dentro de sí.

Sonrió.

Fue mucho más hermoso e intenso de lo que algunas amigas le habían descrito.

Las nudillos volvieron a golpear y fue entonces cuando del baño apareció el susodicho cataclismo, envuelto en un albornoz blanco ligeramente atado a la cintura. Avanzó descalzo, frotándose una toalla sobre la cabeza mojada. Fue directo a abrir la puerta, dejando en el aire una estela de embriagador aroma con un leve toque especiado.

—¿Desde cuándo esperas mi permiso para entrar? —le preguntó a Costas, dejándolo pasar.

Avery se quitó la sonrisa satisfecha del rostro y se cubrió lo mejor que pudo con lo que quedaba de la ropa de cama, soportando una de esas miradas punzantes del abogado.

—No estaba seguro de que apreciaras una interrupción. —La mirada del hombre pasó de ella a la sábana hecha un ovillo en el suelo. Sucia—. Deberías valorar mi esfuerzo por usar los buenos modales.

Faisal cerró la puerta tras ellos.

—No, si me obligan a hacer de portero para ti.

—A partir de ahora entraré siempre cuando me dé la gana, lo prometo —bromeó el otro.

—Ve al grano.

—El capitán quiere hablar contigo. Y está ese asunto de Campbell, insiste en verte antes de que zarpemos de Jamaica.

Faisal se pasó la toalla por la nuca.

—Dame un buen motivo.

—Uno habría.

Fuera cual fuese, para Avery siguió siendo un misterio, ya que la conversación continuó en árabe. Como no podía entender ni una palabra, se limitó a captar lo sensuales que podían sonar esas voces en una lengua que le era desconocida. El tono tranquilo sugería que hablaban de negocios, hasta que Costas empezó, de vez en cuando, a lanzarle miradas. Faisal hizo lo mismo, durante un instante.

¿Estaban hablando de ella?

Aquello sí que era embarazoso. Decidió salir de allí antes de empezar a imaginar cosas que le hicieran arder las mejillas. Se envolvió el cubrecolchón alrededor del cuerpo y caminó hacia el baño con un estilo bastante poco decoroso, casi como un pato.

Madre mía, qué baño. Esa noche, cuando había entrado, no se había dado tiempo de apreciarlo de verdad.

Solo había un problema: parte de la ducha, enorme, era visible desde la habitación.

Miró a través de las paredes de cristal a los dos hombres, todavía enfrascados en su conversación: con un poco de suerte, la ignorarían. Y, siendo objetivos, Costas ya la había visto desnuda, había llegado incluso a observar su sexo expuesto de forma obscena.

Soltó la sábana y entró.

Justo en el momento en que abrió el grifo, como era de esperar, ambas miradas cayeron sobre ella. Cerró los ojos y dio un paso adelante; el agua del amplio chorro le golpeó el cuerpo de lleno, caliente, humeante, mientras otro tipo de calor se despertaba en su interior.

Malditos hombres. Sentía sus miradas clavadas en ella.

Sin embargo... no estaba tan mal.

Les dio la espalda para ocultar la sonrisita que se le dibujó en el rostro. Y por primera vez desde que había subido al yate, se sintió poderosa. Ya no una niña, sino una mujer.

***

Cuando salió del baño, Costas ya se había ido, mientras Faisal estaba ocupado vistiéndose. Sentado en una butaquita en la parte trasera de la pared del armario, se estaba poniendo un zapato.

—Ven aquí —le dijo, abriendo las piernas.

Ella fue, envuelta en la suave toalla de felpa, ajustada sobre el pecho.

—Buenos días —le dijo, rodeándole la cintura y atrayéndola entre sus rodillas.

Avery apoyó las manos en sus hombros.

—Buenos días —respondió.

—¿Cómo te sientes?

Se mordió un labio, sopesando las implicaciones de esa respuesta.

—Bien. —En efecto, estaba bien. Era feliz.

Desde muy joven siempre había pensado que su primera vez sería con un chico al que amara. Bueno, no había sido con un chico, sino con un hombre, y desde luego ella no era tan tonta e ingenua como para llamar "amor" a ese cuento. Pero seguía siendo una aventura extraordinaria. Había estado con un príncipe, mortalmente fascinante, experto, con quien había química. Más que química: esa atracción desenfrenada que corría entre ellos cuando estaban en la misma habitación... eso era lo que lo hacía memorable.

Una lástima que nunca pudiera contárselo a nadie; ese secreto quedaría solo entre ellos. Y Costas.

Pasó las manos por sus músculos cervicales, dándole un suave masaje.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

El príncipe rió, atrayéndola para que se sentara sobre una pierna.

—Hambriento.

Faisal se había despertado con un apetito que trascendía la comida. Estaba galvanizado por la noche que había pasado y ansioso por más. Su chica de cuentos se había abierto para él como una flor en floración. Su cuerpecito había temblado bajo el suyo más que el de cualquier otra mujer que hubiera poseído. Estremecimientos espontáneos y potentes, que le habían reverberado por dentro.

Necesitaba someterla a nuevos juegos, hacerla temblar de nuevo, mucho. Tanto, hasta que no pudiera más.

—Yo también tengo un poco de hambre —dijo ella, ignorante, tomando en la mano un mechón de su cabello, que seguía lacio por estar aún húmedo. Se lo pasó por los labios, bajando la cabeza, las palabras retenidas en su garganta.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Nada, es solo que... —susurró, insegura. Sus cuerpos ya habían hablado tanto que no sabía cómo expresarse. En realidad, ni siquiera sabía bien qué quería decir, así que optó por algo sencillo—. Esta noche ha sido... muy bonita. Y muy intensa.

—Me alegra que te haya gustado —le respondió, con un tono formal, aunque sus ojos oscuros brillaban más que nunca. Lo que había sentido no lo iba a contar, no era su estilo. En cambio, hizo una petición—: ¿Eso significa que estarías dispuesta a repetirlo hoy también?

Las extremidades agotadas de Avery clamaban su desacuerdo, alimentando en ella una pequeña guerra interna entre la razón y la codicia, que terminó en un acuerdo:

—¿Quieres decir ahora mismo?

—Quiero decir esta noche, a más tardar.

Tendría todo un día para recuperarse. Con su total falta de experiencia en el asunto, se atrevió a pensar que podría lograrlo. El calor de la firme pierna bajo sus nalgas, y esa camisa abierta sobre la piel dorada del pecho, le indicaban que la espera hasta la noche sería larga, y que no debía alargarse más de lo necesario.

—Esta noche, sí. Claro que sí —se animó a decir.

Él le dio un golpecito con el dedo índice sobre la toalla, entre sus pechos.

—Bien, porque contigo acabo de empezar.

***

En efecto, fue un día largo.

Avery pudo disfrutar de la compañía de Faisal durante el desayuno y esa mañana en el hidromasaje de proa, mientras Costas se desmelenaba como un loco con las motos de agua.

Se asomó a la barandilla mientras el príncipe se secaba en la tumbona que se encontraba justo al lado de la suya, bajo el sol.

—Sabes que te estás arriesgando a perder a tu intrépido brazo derecho, ¿verdad?

—¿Qué puedo hacer? —le respondió con calma—. Es un crío.

—¿Costas un crío? Me parece más bien una catástrofe natural.

Él bajó las gafas de sol, pero en lugar de preocuparse por su hombre, la miró a ella, viendo cómo sonreía y se electrizaba.

Se levantó y se puso a su lado. Costas cogió una pequeña ola de frente, aceleró, y la moto salió disparada en un bonito salto.

—¿Quieres probar?

Ella se mordió una comisura del labio.

—No sé conducir esas cosas.

—Te llevo yo, si quieres. Así aprendes.

—¡Ay Dios, sí, por favor!

Él se inclinó hacia su oído.

—Esta noche te haré repetir esa misma frase, pero con un tono muy distinto.

Avery entreabrió la boca. ¿Qué clase de superpoder tenía aquel hombre? En un nanosegundo la había arrojado a una atmósfera turbia, hecha de gemidos y suspiros. Su mano se aferró con fuerza a la barandilla, los ojos fijos en la boca de él. La vio acercarse y fue ella misma quien se inclinó hacia él, poniéndose de puntillas.

El beso duró largo rato, pero fue demasiado breve. Por suerte, cuando bajaron, fueron las motos de agua las que la distrajeron. Subiendo y bajando entre salpicaduras saladas y el viento en el cabello, se divirtió como una loca durante al menos una hora, hasta que tuvieron que regresar a bordo por los compromisos de trabajo de los dos hombres.

A mediodía, la lancha auxiliar trajo a bordo al ministro del gabinete de Jamaica, acompañado por uno de sus hombres, para un almuerzo que, según Costas, era informal.

Quería decir que hablarían de negocios entre una ostra, un canapé y una copa de Sauvignon Blanc. A ella no la invitaron a participar, pero nadie le

ordenó que se mantuviera oculta.

De hecho, fue observada.

Subiendo por la escalerilla de la piscina, sorprendió al que debía ser Campbell junto a Costas, en la cubierta superior junto a la barandilla. Sus miradas eran descaradas, sabiendo bien cuál era su papel a bordo: un juguete para poseer.

Hasta que el príncipe llegó junto a ellos, con su *sherwani* blanco bordado y el tocado tradicional; entonces sí que toda su atención se centró en él.

¿Cómo culparlo? Él era como un planeta con su propia fuerza de gravedad: en su presencia, todo empezaba a orbitar a su alrededor, incluso tú mismo, quisieras o no. Así lo había percibido ella desde el primer momento en que lo vio, en Boston.

Boston... las horas de estudio en la biblioteca, la pizza casera de los sábados por la noche, las carreras para llegar a tiempo al estudio de grabación, su hermanito que siempre se quejaba, la señora Walsh... todo parecía tan lejano, casi como si perteneciera a otra dimensión. Una realidad más humilde y sencilla, pero por la que sentía cierta nostalgia.

Siguió caminando, aún empapada, hasta el pasamanos de popa, mirando la costa: le habría gustado bajar a tierra. En el desayuno, Faisal le había prometido que la llevaría, pero también había intentado explicarle que para él no era tan sencillo moverse como para las personas comunes.

—No es solo un problema mío ahora que estamos juntos. ¿Qué diría tu madre si te viera almorzando conmigo en la portada de una revista sensacionalista? —le había dejado bien clara la idea.

Era lo último que ella quería que pasara. Todas las mentiras saldrían a la luz, y con ellas la más grande, esa que había pensado contar para justificar el vertiginoso aumento del saldo en su cuenta corriente al regresar: un premio de lotería.

La seguridad y la privacidad eran dos aspectos que el príncipe nunca podía permitirse ignorar, tanto por sí mismo como por las personas a su alrededor. O mejor dicho, eran aspectos que Costas no podía permitirse pasar por alto, ya que era él quien organizaba cada uno de sus desplazamientos.

No le quedó más remedio que pasear explorando los rincones aún desconocidos del yate, para finalmente refugiarse en la sala de cine. Fue allí donde Costas la encontró ya entrada la tarde.

—¿Qué miras, florecilla? —se dejó caer en el sillón junto al suyo, todavía con su traje color champagne, respondiéndose a sí mismo—. Jurassic World. Ya la he visto.

—Estoy poniéndome al día con la serie. En casa no tenemos televisión de pago. —Avery se acomodó un poco más, bajando el volumen—. ¿Se ha ido Campbell?

—Aún no, pero pronto se largará de aquí —dijo el abogado, apoyando el tobillo sobre la rodilla, mientras Chris Pratt protagonizaba una rocambolesca fuga en moto, perseguido por dos velociraptores—. Al menos eso espero.

—¿Habéis quedado satisfechos?

—Bastante. —Eso equivalía a un sí.— Pero era un poco grosero echarlo justo cuando habíamos llegado a un acuerdo. Faisal se había hecho esperar días, así que le está dando un pequeño premio con una copa y unas palabras. No hay nada que satisfaga más a la gente que recibir atención.

—¿Y tú?

—Ya no le sirvo. No allí.

—¿Qué quieres decir?

Con los codos apoyados en los reposabrazos, Costas juntó las yemas de los dedos a la altura del mentón. Sus ojos siguieron fijos en la escena de la película. Se entretuvo un instante.

—¿Vienes conmigo, florecilla?

—¿A dónde? Me gustaría terminar la película.

—Puedes acabarla en los próximos días, no se va a escapar. —Aquella sala era la menos usada del yate, pero al menos ahora alguien le daba sentido. Casi estaba tentado de quedarse allí con ella, escuchando sus risitas en la penumbra, mientras la luz de la pantalla bailaba sobre su rostro. Lo habría hecho... si fuera un hombre de carácter tranquilo—. O, en lugar de volver a encerrarte aquí a oscuras, podrías dar un paseo por tierra. Faisal me comentó que quieres visitar la isla; lo organizaré para pasado mañana, si te apetece —dijo con naturalidad, siguiendo el salto del velociraptor sobre Chris Pratt.

—¿Estás bromeando... si me apetece? ¡No veo la hora! —Avery se dejó resbalar más abajo en el asiento, golpeando los pies descalzos sobre la moqueta antracita sin hacer demasiado ruido, delicada incluso en su forma de exultar. Lo hizo sin que sus ojos perdieran un fotograma de la película—.

Gracias. Sé que es un lío para ti, así que lo valoro muchísimo. ¡De verdad, gracias!

—No hay de qué. —Él sonrió ante su genuinidad, y deseó que fuera lo bastante fuerte como para conservarla incluso después de que Faisal hubiera terminado con ella. De que él mismo hubiera terminado con ella—. ¿Qué me dices? ¿Te vienes conmigo ahora? —la animó con tono meloso.

Avery detuvo la proyección, se giró en la butaca apoyando un hombro en el respaldo. Sus ojazos se entornaron con desconfianza.

—Vale: estás siendo demasiado amable, me estás dando mala espina.

Por mucho que Costas se estuviera esforzando, ese era ya el efecto que conseguía.

—... Así que la florecilla ha sido arrancada —replicó de forma evasiva, manteniendo la mirada fija en la imagen congelada de la pantalla.

Ella dobló una pierna bajo el trasero, acercando más la mano a su regazo violado.

—¿Te lo dijo?

—Oh, no, no hacía falta. —Las sábanas revueltas y el rostro descompuesto de la jovencita en la cama de Faisal habían sido más que elocuentes—. Siento un poco de envidia, para ser sincero.

—¿Quieres decir que te habría gustado estar en mi lugar? —se burló de él, tratando de quitarse de encima la incomodidad.

Costas negó con la cabeza, divertido.

—Pequeña impertinente, no mereces una respuesta.

—Hoy en día, nunca se sabe. —Avery se encogió de hombros, observando la sombra de barba perfecta, la cadena dorada asomando por el escote de una camisa impoluta, el peinado aún intacto, salvo por el mechón rebelde que amenazaba con desordenarse. Y eso era un peligro, porque ese hombre se volvía terriblemente sensual y mordaz cuando el flequillo le rozaba la ceja.

—Estar en mi compañía te está sentando mal, estás desarrollando un sentido del humor pésimo.

—También el príncipe me dijo algo parecido sobre mi lengua. Parece que me estoy volviendo mordaz y descarada.

—¿Ah, sí? Pues será verdad entonces. —Se levantó y le tendió la mano —. Vamos, mi afilada navaja suiza.

Y esta vez no fue una pregunta.

Capítulo 10

Avery se dejó llevar de la mano como una niña, curiosa por ver cuál era su destino, hasta que no le cupo duda de que se trataba de la habitación del emir.

—Has dicho que Faisal sigue ocupado con Campbell. —Redujo el paso al acercarse a la puerta.

—Sí, exacto. —Él la atrajo con suavidad, invitándola a entrar. Cerró la puerta despacio.

No sabía qué era, pero había algo extraño en todo aquello que le provocaba ansiedad.

—¿Qué hacemos tú y yo aquí?

Costas se puso las manos en las caderas. A estas alturas, no tenía manera de endulzarle la píldora, una píldora muy dulce para él y algo más difícil de tragar para ella, así que fue franco.

—La cuestión es esta, florecilla: Faisal me ha pedido que te prepare para él. —Y hacer que la píldora fuera dulce para todos.

—¿En qué sentido?

Él cogió una caja que estaba sobre el escritorio, frente a los monitores, y que aquella mañana no estaba allí. Se la ofreció.

—¿Qué es? —Parecía algo médico. Avery la cogió, le dio la vuelta al envase, leyó la inscripción y, por un instante, no entendió. Solo un instante. Luego fue evidente—. No... No lo haré.

Intentó devolvérsela, alzando el brazo con determinación. Solo que Costas no la aceptó.

—Tienes que hacerte a la idea, lo entiendo —replicó con calma.

—¿Tú lo has hecho alguna vez? Si no, no me digas que lo entiendes.

—Obviamente, nunca he estado de *ese* lado —es decir, del lado de Avery, dejó claro con un gesto de la barbilla— pero he estado de *este* lado. Algo entiendo.

Lo esperaba de alguien como él.

—No me interesa, no lo haré.

—Sí que lo harás.

—No.

Un nervio se tensó en la marcada mandíbula del hombre. Su mirada se endureció, y salió a relucir la intransigencia del abogado.

—Cito textualmente, solo para refrescarte la memoria: *"La susodicha señorita Avery Jones se compromete a satisfacer en su totalidad las demandas de Su Alteza el Príncipe Faisal Rami Al-Najjar, ya sean de orden práctico, conductual o sexual"*.

—Tú y tu estúpido contrato. —Y estúpida ella, que lo había firmado con plena conciencia, bien sabiendo que podrían llegar momentos como ese—. Había dicho que esperaría —se lamentó.

—Ha esperado.

—No lo suficiente. —Al ver que él no se decidía a recogerla, fue a dejar la caja que contenía dos peras para enemas de manzanilla sobre el escritorio, donde estaba al principio—. Es humillante. No quiero hacer esto. —Se apoyó en la mesa con las manos, agarrando los bordes, sintiendo un nudo en el estómago. No se trataba solo de los enemas, sino también, y sobre todo, del propósito que tenían y de lo que vendría después.

—Mi querida chica, sé que eres novata, pero el sexo también es esto, sobre todo cuando especulas con ello.

La cabeza se le hundió entre los hombros.

—Después de esta noche pensaba que... —suspiró, con un temblor en la voz—. ¿No le basta con lo que le he dado?

Él se acercó a su lado.

—¿Si le basta? Ha sido como darle una chocolatina a un niño, es obvio que querrá toda la caja.

Una sola lágrima le cayó sobre el dorso de la mano.

—Es demasiado pronto. No estoy preparada para esto.

—Por eso estoy yo aquí. Confía en mí. —Costas se apoyó con las caderas en el escritorio, su muslo rozando la mano de ella—. La parte más difícil para ti es usar lo que hay en esa caja. Del resto me encargo yo, solo tienes que dejarme hacer.

Ella alzó los ojos, llenos de lágrimas, con una sospecha.

—Tú no estás aquí solo para darme la caja —dedujo por sí misma, sonrojándose intensamente.

—No, florecilla —le respondió, admirando esas gemas brillantes—. Estoy aquí porque Faisal sabe lo persuasivo que puedo ser, pero también porque quiere encontrarte calentita, lista para él.

Avery no estaba segura de haber comprendido del todo qué implicaba eso de estar lista. Pero lo que sí tenía claro era que, esta vez, Costas no se limitaría solo a mirarla.

—¿Quiere encontrarme disponible a su antojo sin tener que aguantarse antes mis caprichos? ¿Eso es lo que quieres decir? —Claro, ¿para qué aguantarse ese fastidio si podía delegar el marrón a su abogado?

No debería, pero le dolió.

Él le puso una mano en la nuca, acercando su rostro al de ella. La voz se volvió más ronca y arrastrada.

—Adoraría tus caprichos, y estar en mi lugar en este momento.

—¿Y entonces por qué no está aquí? —Avery alargó la mirada hacia los monitores, en particular hacia el que tenía a su izquierda. El emir estaba en el gran salón, sentado en uno de los sofás circulares, acompañado por el ministro del gabinete y un segundo hombre, con las piernas cruzadas, en una postura regia. Parecía impasible. Siempre parecía no sentir nada... salvo aquella noche. Aquella noche con ella se había enfadado, había reído, había gruñido e incluso había temblado.

—Él estará —le aseguró, soltándole la cabeza—. Pero, si lo conozco bien, *y lo conozco bien*, antes quiere sentir.

—¿Sentir qué?

—Lo que siente al saberte entre mis manos por orden suya. Llámalo posesión, llámalo celos, llámalo delirio de omnipotencia, llámalo como quieras. —Costas se levantó para observar en el monitor la imagen en blanco y negro de Faisal, consciente de ser el único capaz de leer más allá de su máscara de indiferencia. Él lo entendía. Conocía sus impulsos más oscuros y complejos, viendo más allá de lo que ella no podía ver—. Yo lo

llamo deseo —susurró con un soplo sobre su pelo, inclinándose sobre ella, desde atrás.

Avery se estremeció, quedándose inmóvil en el sitio.

—Yo lo llamo perversión.

—Sí, también eso. —Hizo deslizar los nudillos desde su hombro hasta el codo, erizándole la piel—. Hay una pequeña perversión en cada uno de nosotros. ¿Cuál es la tuya, chica de los cuentos?

Ella no tenía.

O quizás sí. Justo allí, justo en ese momento, entre miedos y anhelos inconfesables nacidos de una fantasía prohibida disfrazada de cuento.

Ya no la princesa, sino la puta del príncipe. La chica por la que estaba dispuesto a pagar cientos de miles de dólares con tal de tenerla.

—Lo que estoy viviendo es mi perversión. —A él podía decírselo. Él ya lo sabía.

—Entonces vívela hasta el final. —Su mano se cerró sobre su codo—. Ahora ve a ese baño y haz lo que tienes que hacer —la exhortó, suave en el tono y ardiente en las palabras —o si no, te arrastro yo, te bajo las bragas y te meto el enema por ese bonito y redondo culito que tienes.

Solo con pensarlo, dejó escapar un gruñido de disgusto entre los labios.

—No lo harías.

—¿Quieres ponerme a prueba? —Aumentó la presión de su cuerpo para inmovilizarla mejor.

Avery movió las caderas.

—Ni se te ocurra. ¡No lo intentes! —Tiró del brazo: jamás permitiría algo así.

—Entonces no exageres con esas tonterías, chiquilla: es solo un enema —le reiteró la idea mientras la giraba para enfrentarla cara a cara. Ahora eran solo ellos dos, inútil que siguiera esquivándole para mirar un monitor gris que no podía hacer nada por ella.

—No es solo eso. —El ceño de Avery se frunció en pequeñas arrugas abatidas—. Y no creo que esa cosa sea la parte más difícil, como dices tú.

—¿Y tú cómo lo sabrías?

—Para ya. Es inútil, no me engañas, no me tomes por...

—¿...Por? —rió él, con un sonido de garganta muy masculino—. Lo siento, cariño, pero será Fai quien se encargue de tomarte de esa manera. —Podría haberlo dejado ahí, pero como el cabrón que era añadió—: Durante toda la noche.

La chica inspiró hondo, llenando sus pulmones de aire. Lo miró, perdida.

—Sí que sabes cómo animar a una chica. —Sus labios carnosos vibraron temblorosos.

—¡Cristo! —maldijo, tentado de alzar la voz y usar su lenguaje para amenazarla con las consecuencias de un incumplimiento contractual—. Hagamos un trato —le dijo en cambio, tomando sus mejillas entre las manos, con algunos mechones atrapados en medio—. Dame una oportunidad. Déjame hacerlo, y si luego no te apetece, seré yo mismo quien disuada al príncipe. Intentaré convencerlo de que lo deje pasar.

—¿De verdad lo harás? —preguntó, esperanzada.

—Sí. —Estaba toda inclinada hacia él, un soplo los separaba—. Pero solo si antes me dejas vía libre durante media hora.

Avery tragó saliva, retrocediendo un par de pasos.

—Vía libre... ¿qué significa exactamente?

Costas no respondió; en cambio, empezó a girar a su alrededor.

Ella se limitaba a quedarse quieta, siguiéndolo con la mirada baja por el rabillo del ojo, los brazos pegados al cuerpo, la respiración acelerada.

A esas alturas, él sentía que la tenía en sus manos.

Se detuvo.

—Sabes lo que significa, *con exactitud*. —Sus dedos fueron leves sobre la falda; subieron el dobladillo, apenas rozándole el muslo a través de la tela, y de ese modo cosquilleante subieron hacia las nalgas.

A Avery se le erizó la piel a lo largo de las piernas, hasta la espalda. Siempre era así con él: sus gestos más delicados eran los que le provocaban las reacciones más desconcertantes y profundas.

—No me harás daño, ¿verdad? —le imploró.

—Seré muy delicado, lo prometo.

Delicado. Justo eso.

—Eres de verdad un buitre.

—El peor. —Su sombra de barba llegó a rozarle la sien. Casi se quedó sin aliento—. Ahora ve a ese baño; no querrás que Faisal vuelva y no te encuentre lista como ha exigido. Entonces sí que habría problemas... para ti.

A Avery le dieron ganas de levantar el dedo corazón con un buen "que te jodan", pero él sin duda se lo habría devuelto con su sarcástico ingenio. Así que tomó la caja y fue ella quien impuso sus condiciones:

—Iré a mi habitación a hacer esto, y tú te quedarás fuera. Bien lejos.

—*Las dos* cosas. Con unos minutos de diferencia entre una y otra —replicó, como si estuviera dando instrucciones para usar un cargador—. Yo te espero aquí.

—No sabes cuánto te estoy odiando.

Pero Costas no vio odio en sus ojos; aquella criatura ni siquiera sabía lo que significaba odiar. Ella era sueños, sonrisas y caricias.

—No sabes cuánto te deseo —le respondió, dejándola un poco descolocada—. Si te sirve de consuelo, ya sé que voy a dejarte a Fai con las pelotas tan hinchadas que le dolerán.

Y lo más absurdo era que Faisal, el culpable de todo aquello, se llevaría la mejor parte sin mover un dedo.

—No me consuela en absoluto, pero te lo mereces. —Avery intentó cruzar la habitación con la mayor dignidad posible. Mantuvo la espalda recta incluso en el pasillo, sabiendo que la cámara la estaba vigilando. Solo cuando entró en su habitación se encorvó de golpe.

Al llegar al baño, dejó la caja junto al lavabo, dándole vueltas durante un par de minutos. Luego, como buena chica —acostumbrada a afrontar de frente las cosas desagradables de la vida—, simplemente lo hizo.

***

Después de que el líquido salió cristalino de su cuerpo, Avery se enjuagó, se vistió y se acurrucó en un rincón con las piernas apretadas contra el abdomen. En conjunto, había sido una operación sencilla e indolora, si no se tenía en cuenta la humillación de lo que había tenido que hacer para satisfacer las exigencias de los dos hombres.

¿Para satisfacerlos solo a ellos, Avery?

Era de cobardes mentirse a una misma.

Podía contarse la historia que quisiera, rechazarlo, pero sus bragas estaban mojadas cuando regresó a la habitación. Tanto que tuvo que cambiárselas.

También acabó aceptando eso, demorándose solo unos minutos más antes de salir al pasillo. Miró hacia la salida que daba a la cubierta, pensando en Faisal, allá fuera en algún lugar con su invitado, en lugar de estar con ella. Él lo había decidido así, así que intentó no tener reparos en tomar el camino opuesto.

¿Qué demonios estoy haciendo? Se preguntó, avanzando hacia la habitación del fondo. ¿Cómo podía deslizarse así, de los brazos de un hombre a las manos de otro?

"¿Te ha gustado?" le había preguntado Faisal, refiriéndose al beso de su abogado. Y pensar que ella había temido dar la respuesta equivocada. Si tan solo hubiera imaginado lo que él tenía en mente...

Lo hacían parecer normal, y quizá para ellos lo era, pero a ella esos jueguecitos la desordenaban como un ovillo deshecho. Sus entrañas parecían enredadas en un montón de nudos dobles.

Fue en ese estado como entró en la habitación del emir y encontró a Costas sentado en la butaca, no muy lejos de la cama. Jugaba con una larguísima bufanda de seda negra, salida de no se sabía dónde, que emitía un siseo al deslizarse entre sus dedos.

—¿Todo bien? —le preguntó, con esos gestos que daban escalofríos.

Ella asintió, centrada en los movimientos de sus manos, y se apoyó en la puerta, escondiendo las suyas tras la espalda.

—¿Ha sido tan terrible?

Avery negó con la cabeza, rozando la nuca contra la madera.

—Más que nada, degradante.

—Tonterías. Piensa que hay mujeres que lo encuentran placentero, incluso como juego sexual.

Una mueca de repulsión apareció en su rostro.

—Felices ellas.

—Imagino que sí lo son. En lo que a ti respecta: había que hacerlo. No pensemos más en eso. —Desenrolló la bufanda de su palma y la dejó, junto con otra, sobre el respaldo de la butaca. Luego se acercó a la mesita donde Avery vio una botella de champán en un cubo de hielo junto a dos copas. La levantó para descorcharla—. Un pequeño premio. Pensé que te gustaría.

—¿Quieres emborracharme?

—Quiero que te relajes. —Llenó las dos copas y apuntó un mando a distancia hacia un rincón de la habitación. Inmediatamente empezó a sonar una música sensual por toda la estancia, evocando atmósferas tórridas y brumosas, quizás no del todo ideales para relajarse. Perfectas para alterar la respiración.

Se acercó para entregarle una copa y chocó suavemente su cristal contra el suyo, antes de llevarse el champán a los labios.

Avery contempló las burbujas que subían y subían, estallando en la superficie. Al beber, sintió que le cosquilleaba la nariz mientras tragaba sorbo tras sorbo, buscando el fondo de la copa.

—Vale, ve con calma, tigresa. Costas le cogió la copa ya vacía y se estiró para posar ambas en el suelo.

Por cómo se sentía, habría querido beber más, incluso toda la botella con tal de ganar tiempo, pero no se atrevió a pedirle más; se quedó en silencio, inmóvil, esperando su siguiente movimiento. Él apoyó la palma en la puerta, junto a su cabeza, y, joder, si no llevaba escrito rompecorazones en esa cara insolente, mientras sus ojos oscuros apuntaban directamente a su boca.

—Tienes unos labios demasiado bonitos para hacer pucheros. —Le puso el índice bajo la barbilla y le apretó el pulgar en el labio inferior, frotándolo un poco, con delicadeza—. No estés enfadada conmigo, florecilla —adoptó un tono casi suplicante, como si de verdad le importara.

—No consigo enfadarme contigo —admitió ella, girando la cabeza contra la madera—, aunque me gustaría mucho. Es decir, me enfado, pero luego tú... eres tú.

—Lo siento, tengo ese defecto... ser yo.

El pulgar se deslizó hacia la comisura de su boca y el índice le hizo inclinar un poco más la cabeza.

Se acercó poco a poco. La mejilla, áspera por la sombra de barba, le rozó la sien y el pómulo, hasta llegar por fin a la boca. Entonces esperó, a escasos milímetros, dejándola suspendida en el vacío, hasta que fue ella quien se decidió, se inclinó hacia delante y selló el beso. Entonces él se volvió ávido, y la empujó de nuevo contra la puerta. Su lengua se deslizó con rapidez y la entreabrió, buscando la de ella.

—Joder, qué dulce eres — murmuró mientras seguía frotándole y pinchándole un poco más los labios suaves, que adquirieron un tono encendido y acabaron por dibujar una tímida sonrisa—. Ven. La llevó al centro de la habitación—. Quédate quieta aquí. —Volvió a coger las dos bufandas de seda y levantó una frente a sus ojos, situándose a su espalda.

Avery se había imaginado para qué servían, pero de todos modos impactaba verse envuelta en el momento en que la fantasía se convertía en realidad.

—¿Por qué? —le preguntó.

—Así puedes imaginar que soy él. —Se refería, claro, al príncipe.

Ella tocó la tela mientras él se la colocaba sobre los ojos y la ataba detrás de la nuca. El corazón se le aceleró un poco.

—¿Y si no quisiera imaginar que eres él?

—Cuidado, o podría empezar a pensar que te gusto.

—No quiero pensar en él ahora —dijo con total sinceridad, sintiendo una especie de amargura hacia Faisal.

Costas le recogió el cabello sujetado por la bufanda detrás de los hombros y probó un poco para asegurarse de que había apretado lo suficiente.

—Aún mejor. Escúchame a mí. Imagina que soy yo —le susurró junto al cuello—. *Obedéceme a mí*.

Avery permaneció a oscuras; por mucho que girase la cabeza y la inclinase, solo lograba distinguir una mísera rendija de débil luz en la parte baja. Inclinó hacia abajo la cabeza, agudizando el oído para saber si él se había movido.

—Quítate las bragas. Déjame ver lo buena chica que eres —dijo, aún detrás de ella.

Esa tarea era bastante sencilla, ni siquiera implicaba que él la viera. Metió las manos bajo la falda y deslizó la ropa interior por las caderas. La sujetó con un dedo mientras la quitaba primero de un pie y luego del otro. Sí, había sido fácil, pero en su pecho parecía que arrancaba una locomotora de vapor, con resuellos y resoplidos.

—Bien, florecilla. —Costas le quitó las bragas de la mano. De repente, sintió que el dobladillo de la falda le faltaba detrás de las rodillas; él se la subió y la metió en la cinturilla del vestido. Entonces sucedió: notó su toque. Él empezó a acariciarla, los dedos recorrieron el muslo derecho y dibujaron la línea de la nalga. El índice se deslizó entre sus muslos apretados, rozando los labios mayores.

—Tierna por todas partes —constató.

Ella emitió un gemido fugaz, enloqueciendo por esos toques que prometían fuego y solo le daban míseras chispas. Se giró, alargando los brazos para anular la insoportable distancia entre ellos.

Costas le agarró las muñecas antes de que llegara a tocarlo.

—Ah, no. Así es peligroso, podría no responder de mí —las bajó bruscamente—. Quítate todo.

—¿Tú puedes tocarme y yo no? No es justo.

—No tiene por qué serlo.

Ya, solía olvidar ese aspecto, pero él siempre era bueno recordárselo. Se le pagaba por el placer de los dos hombres, no por el propio ni para tomar iniciativas por su cuenta. En virtud de los nueve mil dólares que debía ganar ese día, se quitó lo que quedaba de su ropa, quedando solo con la venda y la cadenita puestas. Cruzó los antebrazos sobre el pecho

Él le atrapó las muñecas con una firmeza suave y enrolló la otra bufanda alrededor de ellas.

—¿Me atas también las manos? —le preguntó—. Debo parecerte peligrosísima.

—Tan peligrosa como una violeta —replicó él.

—¿Tienes miedo de una flor?

—¿Miedo? No diría tanto. Como decíamos, cada uno tiene sus pequeñas perversiones —comentó mientras giraba la seda alrededor de sus muñecas y las ataba, dejando que los extremos largos colgaran del nudo hasta el suelo —. Solo quiero asegurarme de que seas una florecilla obediente, sin que tus manos intenten interponerse.

Avery trató de girar los brazos, pero resultaba evidente que Costas sabía muy bien lo que hacía al apretar aquellos nudos.

El abogado agarró los extremos colgantes y la atrajo hacia sí como si fuera un animalito, obligándola a caminar hasta que sus piernas toparon con el fino marco de madera al pie del colchón. Le arrojó un cojín a los pies, sobre el suelo.

—De rodillas —ordenó.

Una vez que sus rodillas tocaron el cojín, fue empujada a inclinarse hacia adelante, con el vientre sobre la cama y el trasero al aire. Él tiró aún más de la bufanda, estirándole los brazos y atando el extremo al otro lado de la cama, es decir, al cabecero. Le había dejado cuerda suficiente para doblar un poco los codos, pero no mucho más. Con las caderas presionando contra la madera, avanzar le era imposible, a menos que se levantara para subir a la cama.

—Vete a saber por qué, , te imaginaba del tipo que disfrutaba con las cosas retorcidas. —Sin embargo, no había previsto que le haría sentir tal sensación de impotencia y vulnerabilidad.

—Me consideraría más perspicaz que retorcido. Me gusta tener el control de la situación, eso es todo. —Algunos objetos cayeron sobre la cama; el ligero golpe fue amortiguado por las mantas.

Avery, en cambio, no tenía el control de nada; flotaba a oscuras, en un limbo de inquietud.

La música mantenía su ritmo hipnótico, turbio, y todo lo demás permanecía inmóvil y en silencio, incluidos los motores del yate. Una quietud que se prolongó durante varios segundos interminables.

—Costas... —intentó inclinar hacia atrás la cabeza vendada, encogiendo los dedos de los pies.

—¿Sí, florecilla?

Tengo miedo.

—No me dejes sola.

—Ni pensarlo —el colchón se hundió a su lado bajo el peso de él, que se sentó junto a ella—. Tranquila. Todo está bien... —Le acarició un hombro. Sus dedos fueron seguidos por su boca, que depositó suaves besos sobre la piel. Costas apartó su cabello y fue bajando poco a poco de esa manera: con los labios recorriendo su columna vertebral y las manos dibujándole el costado, desde el pecho hasta la cadera.

Avery ronroneó, sonriendo por el cosquilleo que le enviaba mil escalofríos. Estiró la espalda, disfrutando con suaves gemidos.

El abogado le devolvió la sonrisa. Dios, qué guapa era. Sus caderas de reloj de arena, el cabello brillante que caía sobre la delicada línea de sus hombros, la piel joven y sus formas de mujer recién florecida la hacían deslumbrante físicamente, pero había ese no sé qué que la hacía única, como una hada salida de uno de sus cuentos. Quería hacerla reír otra vez, pero sobre todo retorcerse y gimotear de placer. Y no por Faisal, solo por él mismo.

—Abre bien las piernas —dispuso, moviéndose al borde de la cama—. "Bien" significa que quiero ver tu coño lo máximo posible.

Avery apretó las manos alrededor del lazo y obedeció.

Él continuó su trayecto de besos sobre una nalga. El índice le recorrió el surco y bajó al sexo, yendo a masajearle el clítoris.

—Vamos a ver cómo te abrió anoche. —Empujó el dedo, haciéndolo hundirse entre los labios menores, en el antro húmedo y cálido. Apretado, para volverse loco.

Abrió los dientes sobre la cima de la suave carne de la nalga. El temblor resultante y la tensión repentina lo hicieron desistir de clavar el mordisco, pero le costó un esfuerzo sobrehumano. Su pene se proyectó hacia adelante, atraído por la delicia de esas jóvenes carnes.

Costas se incorporó de golpe, con tal brusquedad que Avery dio un respingo, asustada. Le lanzó un cojín entre las pantorrillas y se arrodilló sobre él, detrás de ella. Le agarró las nalgas con ambas manos y las separó.

Ella apretó la frente contra el colchón, entre la resignación, el desconcierto y un calor creciente, similar a una brasa depositada en el fondo del vientre. Los pulgares le tensaron el surco, sintió algo en el centro, justo en el agujerito, algo cálido, húmedo y... ¡Dios mío, su lengua!

—¿Qué me estás... No me lo creo —murmuró, incapaz de encontrar un adjetivo para lo más lascivo que le habían hecho jamás.

La respuesta fue el suave soplo de una risita nasal sobre su piel. Aquel hombre tuvo incluso el osado descaro de empujar la punta de la lengua en el orificio, como si quisiera penetrarlo. Sin embargo, fue su dedo el que lo hizo, más abajo, en su sexo. Lo movió dentro y fuera, y con la humedad obtenida le lubricó el ano. Luego, atravesó el anillo con la primera falange, ejerciendo una leve presión.

Ella tensó las nalgas, pero el colchón le impidió avanzar, igual que el lazo le dificultaba levantar los hombros.

—Es un dedo, no un supositorio. —Le acarició la zona lumbar—. Relaja los músculos, deja blanditas estas bonitas nalgas.

Avery hizo todo lo posible y soltó la tensión.

Él se apartó y volvió a subirse a la cama, mientras el dedo, aún ahí, giraba presionando contra el obstinado esfínter, que ofrecía una férrea resistencia al invasor. Le tocaba a él lograr que llegara a aceptar incluso una polla como la de Faisal.

—¿Cómo lo sientes ahora?

—Molesto... como tú. Era una molestia extraña que le despertaba una frenética excitación—. A los tíos les gustará, pero a mí no, para nada.

—Y sin embargo, tu coño recién desvirgado brilla con húmeda alegría.

Se oyó el sonido de un tubo al ser apretado, probablemente uno de los objetos que habían acabado sobre la cama. Una gota de una sustancia fría cayó desde arriba. La falange salió y volvió a entrar más resbaladiza, hundiéndose unos centímetros más.

—Confía. Te gustará.

—Lo estoy intentando, pero... Oh...

—Simpático, ¿cierto?

Sentado a su lado, Costas giró el índice dibujando círculos que se iban ampliando poco a poco. Lo hizo muchas veces, con meticulosidad,

dosificando la fuerza para no hacerle daño. La penetró dentro y fuera con ese dedo, dándole la sensación de que cada vez introducía unos milímetros más.

—Suaveee... —le recordaba cuando la notaba apretarse de repente, él tumbado de lado junto a ella, con las piernas cruzadas fuera de la cama y una mano sosteniéndose la cabeza

Su sexo era sin duda un espectáculo, pero las expresiones de su rostro, visibles bajo la venda, mientras le trabajaba el culo, eran un auténtico poema. Su carita se fruncía, luego sus labios formaban una "o" absorta, entre unas mejillas teñidas de un color púrpura.

Sí, ella empezaba a entender, y él, por su parte, empezaba a tener tal bestia en los pantalones que casi gritaba piedad. Pero no se detendría por eso.

—Hay otro motivo por el que Faisal me envió a mí. Él dice que es un hombre paciente, pero en ciertos aspectos yo tengo mucha más paciencia que él. Sabes —empezó a contar, mientras el pulgar y el índice intentaban distenderle el agujerito para facilitar el trabajo del dedo—. En el tribunal me gusta coger lo que me va estrecho y trabajármelo; leyes, costumbres, sentido común... —Presionó con insistencia calculada, retirando el dedo—. Le voy dando vueltas, lo modifico hasta que me quede cómodo, con calma, sin dolor. —Volvió a meter el dedo, un giro, dos, luego salió. Y otra rotación con la yema sobre el borde del perímetro exterior—. Así, cuando llego a metértelo en el culo, ni te enteras.

Avery no podía moverse, no veía nada, ni escuchaba más que ese ir y venir constante en su culo. Justo por eso la había atado y vendado así: para que no existiera nada más para ella que él, su dedo, y esas palabras indecentes, bajas y ásperas como un terciopelo rasposo. Por lo general, Costas era punzante, pero en la cama se volvía corrosivo; la estaba derritiendo por dentro, deshaciendo sus entrañas.

Los nervios internos de sus muslos vibraron, su culo se arqueó sin querer, encontrándose con otra penetración sutil.

—Uh... —gemía, buscándoselo. Si un dedo se hacía notar así, imagina una polla. Todavía temblaba solo con pensarlo—. Yo me daré cuenta, seguro.

—Sí, flor, tú sí, pero será bonito. Apartó la mano de debajo de su cabeza para acariciarle el pelo—. Lástima que no será el mío. Tiró de un mechón que asomaba por la venda y se lo enroscó en el dedo.

—Costas...

—¿Sí, flor?

—No es verdad que te odie —confesó con la respiración entrecortada.

—Lo sé, flor mía. —Le levantó un poco la cabeza, acercando sus labios a los de ella y la besó. Al mismo tiempo, el dedo medio se unió al índice y ambos se adentraron en su ano. Los abrió forzando un poco más su extenuante resistencia y ella gimió contra su boca.

—¿Qué me haces...? —murmuró, alcanzando un pico de excitación escandalosa.

Él le mordisqueó la mandíbula, rozando la delicada piel de su rostro con la más áspera de la suya.

—Lo que *te haría*, más bien. —Empujó una y otra vez, en ese cálido refugio que poco a poco cedía, volviéndose más dócil—. Si no fuera un hombre tan leal, te cogería por las caderas y te montaría hasta olvidar mi propio nombre. —Y hasta hacer que ella olvidara el suyo.

Pero, para su desgracia, la lealtad hacia Faisal era quizás su única virtud. Solo había una persona a la que era leal... ahora dos, se dio cuenta con sorpresa. El inocente capullo que habían arrancado de Boston merecía su lealtad tanto como las atenciones que le estaba dedicando.

Cerró los ojos un instante, apoyando la frente contra la de ella, y luego se dejó caer sobre la cama con un suspiro profundo. Puso la mano sobre su pene, cubierto por la tela, y lo agarró, contrayendo el cuerpo por el reflejo del deseo de penetrar a una mujer. Dentro de ella.

Joder. Era más difícil y más bonito de lo que se había imaginado.

Avery sintió que su peso desaparecía sobre la cama. El aire fresco rozó su agujerito acalorado, abandonado a su suerte, mientras ella estaba hecha un estremecimiento. La claridad mental menguaba, la cabeza aún le daba vueltas y la música la transportaba lejos, aunque le pareció oír a Costas moverse por la habitación con pasos ligeros. Giró la cabeza de un lado a otro para localizarlo. No entendía qué estaba haciendo.

—¿Me estás mirando? —aventuró.

Su respuesta tardó un instante en llegar.

—Siempre. —le hizo deslizar una mano desde las nalgas por el centro de la espalda, deteniéndose en la zona lumbar—. Tengo un juego nuevo para ti. —Un objeto metálico y frío le subió por el interior del muslo. Se lo apoyó en el sexo, deslizándolo entre los labios mayores; la punta apenas penetró su coño—. ¿Lista?

Como única respuesta, abrió las piernas y echó las caderas hacia atrás, tensando al máximo las ataduras para alcanzarlo. Su sexo palpitaba, lo deseaba.

Él lo retiró, impidiéndole alcanzarlo, y se mostró indiferente ante su gemido de protesta.

—Ahí no, así sería demasiado fácil. —Lo deslizó por el perineo hasta presionarlo contra el esfínter, que había vuelto a cerrarse como si todo su trabajo anterior no hubiera servido de nada. Le dio unos golpecitos, como si llamara a su puertecita—. Vamos, no es muy grande, será la mitad del de Fai. Y ni siquiera es tan largo como el mío.

—¿Largo como un *"casi nunca"*? —replicó, recordando la respuesta de Faisal a la pregunta sobre compartir, esa que le había dado ganas de tatuársela en la polla. Porque sí, lo había pensado, se había imaginado cómo sería su pene, por eso le vino enseguida a la cabeza.

—Para ser precisos, lo que habrías leído en mi polla habría sido: "*la respuesta a tu pregunta es: casi nunca"*. Y todo en mayúsculas.

Ella echó la cabeza hacia atrás aunque no podía verlo.

—Engreído.

Ambos rieron, con una risita silenciosa, pero ella se interrumpió cuando el falo de acero se clavó en su ano y comenzó a avanzar. Él se le acercó, adhiriendo su muslo al de ella y tensándole una nalga.

—Dame esa satisfacción, lindo culito. Tómalo todo... Como un buen culito, todo... todo.

Y lo tomó todo.

La boca de Avery estaba abierta sobre el bíceps, exhalando jadeos pesados contra él. Sentía cómo esa cosa, dura y extraña, la abría por dentro, pero no era solo eso.

—¡Oh! ...¡Uh! —De repente, ese aparato comenzó a vibrar, y ella empezó a ver puntitos de luz en la oscuridad de la venda.

Costas volvió a recostarse junto a ella, y Avery adelantó el rostro en busca del beso, que llegó de inmediato.

Es un aperitivo del infierno, pensó, ardiendo por todo el cuerpo.

—Por favor... —movió las caderas, cambiando el peso de una rodilla a la otra. Golpeó el suelo con los nudillos de los pies—. Tócame. —Su sexo latía con una locura y él no hacía más que darle la boca y mover el dildo en su culo, haciendo presión para abrirla—. Por favor, Costas...

—Dime antes si tenía razón. ¿Te gusta por el culo, florecilla? —murmuró serio, dándole la mano.

Ella la apretó fuerte entre las suyas, atadas.

—Sí, sí, sí —susurró entre sus labios.

—¿Ya no te molesta?

—No, no, no. Intentó acercarse a él. Los sentidos exaltados captaban todo, ignorando lo demás; el corazón acelerado, el sabor a champán en la boca, las sábanas bajo la barriga, el zumbido del vibrador, el olor a humo en el aire...

Él apoyó sus labios sobre los de ella en un beso casi inocente, con un sabor lejano, y le apretó la mano con fuerza como para darle ánimo. Luego le arrancó la venda de un tirón y le quitó el vibrador, levantándose de la cama.

—Está lista —dijo secamente, alejándose.

Una fresca bocanada de humo especiado llegó más intensa a las fosas nasales de Avery, como una ducha helada. Durante unos segundos permaneció inmóvil, demasiado aturdida. La música cesó de repente y ella escuchó el burbujeo del champán que Costas se estaba sirviendo en una copa. Entonces, reunió valor y giró la cabeza.

Faisal.

Capítulo 11

El príncipe estaba sentado en el sillón junto a la cama, con su *sherwani* claro, las piernas cruzadas, el codo apoyado en el reposabrazos y el cigarrillo en la misma mano que sostenía una copa de flauta. Exhaló el humo aspirado con extrema lentitud, formando una nubecilla blanquecina que se disolvió al instante.

Avery tragó con tanta fuerza que se hizo daño en la garganta.

Lo miró frunciendo el ceño. En sus ojos, una acusación teñida de una ardiente vergüenza.

—¿Desde cuándo llevas ahí? —Incluso su voz sonó rasposa.

Él se limitó a dar otra calada al cigarro y a atravesarla con la mirada, mientras ella misma caía en la cuenta de lo que había ocurrido: cuando Costas se levantó para coger el consolador, ella pensó que se había alejado, pero en realidad siempre había permanecido cerca de la cama; los pasos que se oyeron en la habitación no eran suyos. Alguien más había entrado, silencioso como un felino.

Eso quería decir que Faisal la había visto besar a su abogado y también había visto cuando le metieron ese objeto de metal en el culo. Y Costas lo sabía. Desde el principio la había vendado y atado, consciente de que el príncipe aparecería en cualquier momento.

Dio un par de tirones para liberarse de esa posición tan incómoda, pero lo único que consiguió fue lastimarse las muñecas.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le reprochó a Costas, sintiéndose engañada por el hombre que la había convencido de confiar en él. Pero ni siquiera él respondió; tras llenar el vaso, se paseó cerca del sillón de Faisal, mirando hacia afuera por la ventana.

—Ve despacio con ella.

—Has dicho que está lista —observó el príncipe, con calma en su voz, aunque delatando su impaciencia.

—Sí, pero... —el abogado se interrumpió. Junto con las palabras que iba a decir, se tragó un sorbo de champán, borrándolo todo—. Sí, lo está.

Vació el vaso, lo dejó y se dirigió hacia la puerta.

—Espera —lo llamó de nuevo Faisal.

El hombre obedeció a su amigo, como siempre, deteniéndose a un paso del picaporte.

—Dime.

El príncipe hizo girar el líquido en la copa, sujetándola por el borde. Su grueso anillo de oro tintineó contra el cristal.

—Tómala.

Hubo un instante de silenciosa comprensión por parte de Costas.

—En este momento, "tómala" solo puede tener un significado para mí. Así que, si quieres decir otra cosa...

—Lo has entendido bien. Ve hasta el final con lo que has empezado.

Le estaba realmente ofreciendo poseerla en su lugar.

—¿Por qué?

—Sé que la quieres, Takis, y yo quiero que la tengas.

Avery, que mientras tanto se había arrastrado sobre la cama para salir de esa postura degradante, levantó la cabeza.

—¿Y yo? ¿Y lo que yo quiero? —chilló, siendo el centro de la conversación pero al mismo tiempo quedando excluida. Ella también importaba, maldita sea. ¡Y malditas esas cuerdas que no se soltaban!

—Tú... —Faisal se levantó y se acercó a ella. Subió con una rodilla sobre la cama, haciéndola arrepentirse de haber exigido su atención.

Ella no lo quería cerca, estaba enfadada. Lo apartó empujándolo con los puños cerrados.

—¡No! ¡No... —luchó por mantenerlo a distancia, esquivándolo como pudo.

Él, más alto, más grande, más fuerte, le agarró la cabeza entre las manos y le susurró al oído:

—Mientras estés aquí, eres mía. Ahora entenderás cuánto.

Suya hasta el punto de entregarla a otro hombre.

Al final se había convertido en el Lamborghini.

Se quedó paralizada, con el corazón en la garganta.

—¿Ya te has cansado de mí?

—Nunca.

—Pero me estás regalando...

—Nunca. Me quedo aquí, estoy contigo. Y esta misma noche volveré a estar *dentro* de ti. —Había sido infernal estar lejos de ella sabiendo que estaba con Costas. Durante todo ese tiempo, Faisal habría querido darle una patada al primer ministro del gabinete; no podía creer que fuera precisamente él quien, despertado en lo más profundo, se hubiera visto afectado por una chica de Boston. Había tenido que involucrar a Takis para demostrarse a sí mismo que lo que sentía era real.

Durante un tiempo interminable apenas había prestado atención a Campbell, y se había recreado en cada segundo de aquel infierno que lo había hecho sentirse el hombre más vivo y motivado del planeta. Echar al primer ministro había sido una auténtica liberación.

Se había refrescado y, sin perder ni un segundo más, había caminado a paso frenético hacia su habitación, haciéndose sigiloso solo al final, al entrar. El espectáculo que se encontró al cruzar la puerta le hizo empalmarse al instante.

Lo primero de lo que se dio cuenta fue de que Costas había hecho un trabajo magnífico, entregándose por completo. Lo segundo, que en aquella habitación no sobraba nadie. Aquella noche, tres sería el número perfecto, porque en su vida las personas iban y venían —incluidos su esposa y su hijo —, pero lo que de verdad lo mantenía anclado a sí mismo, aquello sin lo cual él no sería quien era, era solo un amigo. Un aliado en todo lo que de verdad importaba.

—Costas es un hombre de confianza y leal, y tú le vas a dar algo especial, como me lo diste a mí. Una de tus primeras veces — le dijo, acariciándole la mejilla con el pulgar.

—¿Debería hacerlo solo porque tú me lo dices?

—Sí. Porque estás aquí para dar y para tomar lo que yo decida para ti. Y yo no soy un estúpido: te he oído y te he visto. —Una mano le sujetó el rostro, la otra bajó entre sus muslos, encontrándola húmeda entre los labios

de su sexo. Le apretó el pubis con aire posesivo—. No digas que no lo quieres.

Ella no lo dijo.

Vaciló sobre sus piernas y tragó aire mirando hacia la puerta, donde Costas esperaba, por una vez en silencio, sin luchar con su elocuencia como solía hacer. No necesitaba hablar, sus ojos exigían, casi la rogaban. Y a ella todo le parecía mal y todo le parecía bien, como si fuera un camino ineludible y natural.

—Es algo que te doy, no que te quito. Y no permitiría que nadie te tuviera, fuera de él. —Los labios de Faisal se unieron a los suyos, apartándola de esa visión. Avery se encontró apaciguada por su boca decidida, con sabor a humo y champán. Era fácil ceder a quien sabía lo que estaba haciendo, cuando ella no tenía la más mínima idea. Solo sabía que una parte de ella estaría muy triste si Costas realmente salía por esa puerta. En el momento en que lo comprendió, su cuerpo dejó de tensarse, dándose por vencido.

El príncipe percibió su rendición y se separó lentamente.

—*Ve con calma con ella* —le propuso a Costas su misma frase, pero en árabe.

El abogado sonrió astuto, respondiéndole en el mismo idioma:

—*Eso era para ti. Yo he ido despacio hasta ahora; mira y aprende, si quieres.*

—*Sí, veamos qué trucos sabes hacer* —rió el otro, recogiendo el cigarrillo del cenicero—. *No pienso perderme ni un solo instante, puedes estar seguro de ello.*

Mierda. Avery no sabía qué se habían dicho, pero escucharlos hablar en árabe le dio ganas de huir. Se acurrucó contra el cabecero, juntando las piernas con fuerza. Quería intentar desatar los nudos que la aprisionaban a la cama antes de que la alcanzaran, cuando Costas la distrajo al empezar a desvestirse mientras avanzaba.

El pecho y el torso quedaron al descubierto primero. Ya había admirado en secreto esos músculos bien definidos, habiéndolo visto en bañador esa mañana, mientras subía a bordo del yate, todo mojado, después de hacer esquí acuático. Lo que aún no había visto era lo que había debajo de los bóxers.

Costas se los bajó junto con los pantalones. Su pene estaba erecto y, maldita sea, era como... "*casi nunca, no da la idea para nada de lo que*

debería”.

Fuera de ella corrieron escalofríos, y dentro volvieron a encenderse las brasas que él mismo había avivado. Tal vez también su rostro se había sonrojado, por eso Faisal sonreía desde su sillón.

Dios, no parecía de verdad que le estuviera pasando a ella.

A los pies de la cama, Costas la llamó con el dedo en forma de gancho.

—Ven aquí, florecilla.

Ella negó con la cabeza y volvió a intentar deshacer rápidamente los nudos que la sujetaban al cabecero.

—No pienso volver al suelo. Ven tú.

Él no necesitó que se lo repitiera. Fue hacia ella y la atrapó, rodeándole la cintura con un brazo antes de que pudiera soltarse.

—¡Ah! —gritó, aunque no le desagradaba en absoluto ser atrapada de ese modo.

Costas la arrastró al centro de la enorme cama, girándola para que quedaran de rodillas, uno frente al otro. La besó, agarrándole las nalgas con ambas manos. Su dedo molesto volvió a deslizarse en el agujerito. Avery se encontró su pene a la altura de sus manos atadas; lo tomó con ambas, recorriéndolo por toda su longitud. El gesto lo puso aún más duro, algo bueno y malo a la vez.

¡Ni de coña estaba preparada!

Pero lo deseaba. Quería que él fuera el primero, como lo había sido Faisal. Buscó al emir con la mirada. Él estaba allí, como había prometido, y la tranquilizó con un leve gesto de aprobación. Fue solo un instante, luego Costas le subió de nuevo la venda sobre los ojos y la sostuvo durante unos segundos, asegurándose de que no intentara bajársela otra vez.

—Ahora somos solo tú y yo —le dijo.

Se echó hacia atrás, tirando de la bufanda hasta que ella cayó a cuatro patas.

Él se movió detrás.

—Ahora voy a tomar tu culo virgen, florecilla —fue el susurro que la quemó, debilitándole los codos que la sostenían—. Oh, sí que lo tomaré.

Avery estaba de nuevo a oscuras, con el vientre apretado y la respiración agitada. Él se deslizó entre sus rodillas y se las hizo abrir de par en par, bajándola más, mientras la empujaba hacia abajo con una mano entre los omóplatos.

Le acarició las nalgas, el toque ligero se hizo pesado, apartándolas. Introdujo un dedo, el segundo con más dificultad.

—¿Qué te he enseñado? No es momento de apretar.

—¿Y cuándo lo sería? —se lamentó Avery, que seguía escuchando lo mismo, a pesar de que esa parte, tan estimulada, reaccionaba por su cuenta, cerrándose en espasmos sin que ella pudiera controlarlos.

—Cuando te lo dé todo, flor. Entonces podrás apretar y disfrutarlo. Te haré daño si te pones rígida ahora mismo, pero si tu culo es tan obstinado, no tengo problema en hacértelo.

Ella apoyó la frente contra el colchón.

—Te odio.

—Ya lo has dicho antes y sabemos que no es verdad. Me deseas —se estiró para coger el tubo de lubricante—. Dilo.

Dios santísimo, en una escala de picante, Costas era todo un Carolina Reaper. Mentir era difícil, la ansiedad era demasiada y, privada de defensas como estaba, salió a la luz la verdad que él ya conocía.

—Te... deseo —murmuró.

Un escalofrío le recorrió toda la espalda al oír el *blop* del tubo.

—Aquí estoy, flor. —Le apoyó el asta mojada sobre el surco, a lo largo de la hendidura entre las nalgas y más allá. La hizo deslizarse, colocando el pene perpendicularmente y comenzó a presionar con el glande en el centro.

Avery tenía el corazón desbocado, como un tm-tam golpeando en su pecho. Sintió cómo el anillito era forzado por la parte superior del pene y cedía a su avance, mucho más allá de lo que había sido preparada. Un gemido ahogado se le escapó mientras cerraba los puños con fuerza. Dolía, no tanto como podría haber dolido, pero dolía.

—Lo sé, flor mía, lo sé», la mimó con palabras, mientras su polla continuaba inclemente, en el silencio absoluto. Parecía no terminar nunca, Avery pensó que le atravesaría algún órgano, hasta que en un momento se detuvo, acompañado de un jadeo masculino de satisfacción. El esfuerzo de aceptarlo le había roto el aliento, todo su cuerpo temblaba por aquella intrusión.

—Acostúmbrate, ahora. —Costas la besó en el centro de la espalda. Pesó un poco más sobre ella, dándole tiempo a sentir cómo quemaba la carne dilatada y cómo, sin embargo, era placentero sentir su dureza, esa presión en las paredes con su sola presencia.

Era obsceno tenerlo allí. Y, al mismo tiempo, desconcertante.

Pensar que una vez había creído que el sexo anal no era para ella... Porque aún no había perseguido a Oliver a una habitación de hotel en Boston, donde dos hombres poderosos cambiarían el curso de su vida y muchas de sus convicciones.

Costas le apretó las caderas.

—Lo tienes en el culo, florecilla mía. ¿Cómo es?

—Grande. Grand...ísimo —jadeó.

Él esbozó una sonrisa ladeada, con un temblor que se le transmitió hasta lo más profundo.

—No me refería solo a eso. Quiero saber si te gusta que te tomen así.

—Lo odio.

—No lo odias. Te encanta —se retiró y volvió a entrar, sujetándola con firmeza mientras se movía con las primeras embestidas, despacio, centímetro a centímetro—. Dilo.

—No —insistió, enfrentándolo con una loca vena de autolesionismo.

—No estás en posición de ponerte difícil —le soltó, acompañando las palabras con una embestida que pareció arrancarle un año de vida, a cambio de uno de paradisiaco masoquismo.

—¡Uh... Lo adoro! —exhaló deprisa, encogiendo los dedos de los pies—. Prepotente y desenfrenado —eran quizás términos más adecuados para lo que sentía.

—¡Yo también lo adoro, joder! —Costas la agarró por la base del cuello y la mantuvo contra su cadera, haciendo que arqueara la espalda. Levantó una rodilla, para penetrarla desde una posición elevada, inverecunda, que la obligó a mantener su agujero alto y expuesto, como si solo eso importara de ella.

—No sabes lo que es —declaró, dirigiéndose a su amigo, con la cabeza echada hacia atrás y el pecho hinchado—. Te chupa el cerebro, estoy perdiendo todas mis grandes y valiosas facultades mentales. A partir de ahora, tendrás que apañártelas solo, amigo mío.

—Cállate, Takis, no me lo digas —se oyó comentar al emir, acompañado de una bocanada de humo—. O acabaré levantándome y yendo para allá.

—Ven, si quieres, que en la cama hay sitio. Pero te advierto que yo aún no he terminado aquí. ¿Verdad, florecilla? Tenemos que trabajar un poco más en este culito. —Bajó desde arriba, haciendo deslizar la verga como un émbolo.

—Dios... —Avery fue atravesada por un espasmo de placer punzante, y apenas logró resistir unos instantes antes de derrumbarse bajo su peso.

El hombre se dejó caer con ella.

—Costas... —gimió, tumbada boca abajo, con todo su peso encima y su cuerpo aún unido al de él—. Quema...

—Sí, flor, lo sé. —Él adhirió su pecho a la espalda de ella y usó sus piernas para abrir aún más sus muslos. Le apartó el cabello de la oreja, bloqueándole la cabeza vendada contra el colchón—. Eres tan cálida, apretada y suave, —susurró más calmado y lánguido, rozándole el cartílago —. Él te está mirando, ¿lo sabes? No te quita los ojos de encima ni un instante. —Se retiró hasta dejarle dentro solo el glande hinchado—. ¿Qué dices, le mostramos cómo lo tomas bien ahora? ¿Te doy un poquito más, aunque queme?

—Sí, más —murmuró ella, alimentando esa sutil vergüenza que agudizaba su excitación. Porque el hombre que la estaba follando no era el mismo que lo había hecho posible y que la estaba mirando, haciendo tangible su presencia incluso en la oscuridad y el silencio. Él la poseía de maneras que aún no entendía, aunque se estaba entregando a otro. Ese otro que, a su pesar, se le estaba metiendo por todas partes—. Sabes que lo quiero — le dijo, porque a cada pregunta que le hacía, él ya tenía la respuesta.

—Sí, lo sé. —La polla de Costas permaneció dilatándole el anillito en el umbral, sin entrar—. ¿Y con cuánto de mi verga quieres que te folle? — profirió en un tono casi inaudible, tan bajo y lleno de jadeos que le revolvió la sangre.

—Toda. Pero despacio, te lo ruego. —Empujó un poco la cadera hacia arriba y Costas hizo el resto. Le tomó las manos atadas y, manteniéndole siempre la cabeza inmóvil, comenzó con un movimiento de caderas, penetrándola despacio. La folló marcando el tiempo con largos suspiros—. ¿Así está bien?

—Sí... oh, sí... —jadeó con languidez.

Él soltó una risita junto a su oído.

—¿Soy bueno, cielo?

—Lo eres. —Había empezado a sodomizarla de un modo más sensual, más animal. Y a ella le gustaba su peso aplastante, su olor, los susurros disolutos, el ardiente deslizamiento de esa gruesa verga que ahora ya no le dolía. La acariciaba, lamerle lugares remotos y prohibidos.

Sentía una gotita viscosa de fluidos escurrirse y mojarle los labios de su sexo, deslizándose hacia el clítoris. Su respiración se hizo cada vez más profunda, sus músculos internos se contrajeron violentamente sobre el pene, dándole la plena percepción de cuánto la llenaba.

—Ay, Dios... Estoy a punto de... —Estaba cerca, pero sabía que Faisal la miraba, el aliento no le bastaba, los nervios de las piernas estaban tensos, y algo le decía no. No quería, no podía perder el control: perder el dominio del cuerpo y de la mente junto a un hombre, y más de esa manera, era algo que aún temía—. No, no... —sacudió la cabeza con un gemido desesperado.

Costas comprendió que ella estaba a punto de correrse, pero que estaba en dificultades. Chasqueó dos dedos y le indicó a Faisal el cajón abierto de la mesita de noche.

El príncipe fue a mirar dentro. Entendió enseguida lo que quería: el pequeño, infalible vibrador negro, del que se había vuelto a apropiar. Se lo entregó y se inclinó junto a la cama para observar de cerca el rostro de la chica.

—Déjate llevar —le dijo Costas.

—No... no puedo —se negó ella, con un lloriqueo.

—Sí, sí puedes. —Le metió la mano a la fuerza entre el colchón y la pequeña rendija que dejaba su cadera—. Sé que puedes hacerlo. —Encendió el vibrador presionándolo contra su clítoris—. Tienes que correrte, pequeña flor —dijo, enterrándole toda la polla en el culo—. Porque yo no lo haré hasta que tú lo hagas.

Faisal le bajó la venda de repente y ella abrió los ojos, precipitándose en su mirada imponente.

—Ahora —le ordenó.

Forzada por los dos hombres, alcanzó el clímax con un grito.

Estimulado al extremo, el clítoris pulsó con violencia, el sexo vacío se contrajo, pero fue alrededor del pene de Costas donde se corrió con un orgasmo anal completamente nuevo. Fue allí donde gozó con una intensidad nunca antes experimentada. Los ojos dejaron de ver realmente, la mente se nubló, mientras los espasmos se consumían violentos sacudiéndola de dentro a fuera. Privada de dignidad y voluntad, fue enviada a un cielo de beatitud, volviéndose blanda y ligera.

Tan floja que se dejó agarrar por las caderas y la levantaron, a gatas sobre sus piernas débiles. Todavía perdida en su limbo de luces y colores, se encontró frente al príncipe, que se había desvestido y había subido a la

cama en su altiva desnudez. Le tomó la barbilla sosteniéndole la cabeza y le llevó la polla a los labios.

—Un esfuerzo más. Abre la boca.

Avery dejó que le penetrara la boca. Le ensanchó los labios con su carne y se deslizó sobre su lengua. Su intento de echarse hacia atrás chocó duramente con el avance de Costas, todavía en su antro ya abusado.

Uno detrás y uno delante, no le daban escapatoria. Alzó los ojos, mirando a su príncipe de abajo arriba: ¿qué la estaba convirtiendo?

Su madre, y sobre todo su hermanito, nunca debían saber, en toda su vida, que se había encontrado en una posición similar. Y, lo que era aún más grave, que había chupado con esmero, como si estuviera venerando al hombre responsable de su ser una ramera, por el solo gusto de hacerlo, mientras su amigo la sodomizaba.

—¿Sabes lo que pienso? —preguntó Costas, intercambiando una mirada con Faisal.

—En Boston. En un beso contra una mesa de cristal. —Era justo lo que también estaba pensando el príncipe. Había deseado que esos labios, de una sensual pureza, le envolvieran la polla, desde ese mismo momento.

—Faisal, no puedo verla así. —Echó la cabeza hacia atrás, siseando con las nalgas apretadas—. Ay, Cristo... detenme. Sácame a patadas en el culo.

—Después de Samira, después de todo este tiempo... ¿de verdad crees que esto es solo un polvo? Ya no es solo un polvo, Takis. Cada uno tiene su propio demonio dentro, estamos aquí para echarlo fuera, tú incluido. Por eso te lo repito: termina lo que empezaste. —Lamió la cabeza de la chica en una caricia desde la frente hasta la barbilla—. De ella me encargo yo.

Costas asintió agradecido y miró hacia abajo.

—Agárrate fuerte, florecilla, porque voy a dejar de ser bueno. —Había esperado hasta el final, creyendo que podía ahorrárselo, porque ella... ella era una florecilla silvestre. Pero él... él ya era un condenado animal sin control. La hizo chocar contra su propia pelvis, rompiendo su contacto visual con Faisal y liberando su verdadera furia. La verga le golpeó duramente la garganta por el contragolpe y le hizo lagrimear los ojos.

Faisal comprendió que su amigo había llegado al límite y se retiró para dejarle campo libre. Tiró de la bufanda que ataba las muñecas de Avery, haciendo que su apoyo pasara de los codos a los hombros, de modo que ella quedara retenida en ambas direcciones, con el trasero levantado.

Costas tensó los músculos, sus dedos, con los que la agarraba, se hundieron en sus caderas. Ya no fue gentil, delicado, o irónico; dio rienda suelta a la parte más oscura de sí mismo y la hizo gritar.

—¡Joder, flor! —Las penetraciones se sucedieron rápidas y brutales como golpes, arrancándole gritos agudos, hasta que se arrojó sobre ella. Se hundió, abriendo de par en par la tierna carne de sus nalgas, y se corrió en sus entrañas con embestidas profundas.

Su semen la inundó, cálido y copioso.

Y de repente, todo se convirtió en calma.

La boca de Costas jadeaba sobre su cabello, y su corazón latía con fuerza contra su espalda. Ella tenía la boca entreabierta, la melena despeinada le obstruía la vista con mechones desordenados a través de los cuales fijaba los monitores lejanos, sin verlos. Una lágrima le colgaba de la punta de la nariz.

Faisal, recostado sobre los cojines junto al cabecero, la contemplaba: destrozada y hermosa. Sintió la tentación de acogerla entre sus brazos, de atraerla a él y cuidarla, y lo habría hecho... pero ese momento no le pertenecía a él, era de ellos.

Un par de gaviotas chillaron mientras planeaban fuera de la ventana, bajo la luz anaranjada del atardecer.

—Perdóname —murmuró Costas, inmóvil.

Avery parpadeó con fuerza, soltando un suspiro, la mirada perdida en el vacío. Movió un hombro en un intento de usar el brazo entumecido, olvidando que seguía atada. Permaneció así unos segundos más, el tiempo que Faisal tardó en deshacerle el nudo, liberándola de la bufanda de seda.

Costas habría querido masajearle las muñecas, pero no se atrevía. Esperó a que ella dijera algo, lo que fuera, o al menos respirara, porque parecía haber dejado de hacerlo.

Entonces Avery hizo un gesto que le estrujó el corazón en el pecho. Le tomó la mano, que él tenía abandonada sobre las sábanas, se la llevó a los labios y besó el dorso. En ese momento se sintió una bestia desalmada, la más feliz de todas.

—¿Significa que estoy perdonado?

—No tengo nada que perdonarte. —Él le había dado a conocer un nuevo tipo de olvido, que no era el del placer, sino el de un dolor que anulaba otros, de una posesión que liberaba y de una carnalidad que sublimaba los sentidos. Porque ella también, a su manera, tenía su demonio, cosas que la

atraían cuando no deberían haberlo hecho, la misma razón que la había llevado a ese yate, usando el dinero como una buena excusa. Ese "*estamos aquí para echarlo fuera*" de Faisal también la incluía a ella.

—Bueno, entonces... gracias. —Con la mano que ella había besado, Costas le acarició el rostro.

Le apartaron el cabello revuelto de los labios.

—Me pagan para hacerlo. Es lo que siempre me decís, ¿no? —replicó, con ese deje amargo de una melancolía postcoito.

—Te pagan por obedecer y abrir las piernas —respondió Faisal, en lugar del otro—. No por dar lo que das.

Ella alzó la mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Tú le pones el alma, mi niña.

Ella inclinó la cabeza, buscando sus ojos, y entre ambos pasó una mirada de esas que reducen el mundo a una sola habitación.

—Ve con él. —Costas se incorporó, cuidando de retirarse con lentitud. Aun así, ella dejó escapar un débil gemido y volvió a llenar los pulmones de aire.

Faisal extendió el brazo.

—Ven conmigo —le pidió.

Avery se arrastró hasta su amplio pecho y apoyó allí la cabeza, rindiéndose a su abrazo.

—¿Me quieres otra vez?

—Nunca he dejado de quererte. —La atrajo hacia sí, enganchándole una pierna entre las suyas con el talón—.Tendrás que conformarte con mi palabra. No puedo explicarte por qué le permití tomar, sin ningún límite, aquello que yo deseaba y consideraba mío.

Por lo poco que había llegado a entender de él, debía de haber una razón nacida de un vínculo grande e importante, algo que iba mucho más allá de simples juegos de cama. Faisal había querido privarse de algo tan especial como la primera vez de la que él llamaba su "doncella de los cuentos" para ofrecérsela a Costas.

Avery recorrió con los dedos su pecho, jugueteando con el vello oscuro, mientras una revelación tan grande como el mar asomaba en su mente.

—No puedo ser especial como lo que él te dejó a ti.

—¿Y tú qué sabes de lo que él pudo darme?

—Un hijo —dijo, como si una voz ajena, fruto de un conocimiento superior, se lo hubiese susurrado, dejando que ella misma se sorprendiera —. El hijo de Samira, tu hijo, es suyo.

Solo al darle forma a ese pensamiento, volvió atrás en el tiempo y todo se le aclaró. Entendió qué tenía de especial la mirada de Costas dirigida a Samira y al niño que corría en brazos de Faisal: era el interés inevitable de quien contempla crecer a su propia criatura.

—Takis... —lo llamó el príncipe.

Costas, que se había levantado de la cama para beber un poco de agua, se detuvo en medio de la habitación, desconcertado.

—Yo no le he dicho nada.

—He tirado a adivinar —explicó Avery con total calma, sin saber ni ella misma cómo había llegado a esa conclusión. Pero era evidente por su reacción que era la pura verdad.

—Ha tirado a adivinar... —murmuró Faisal con un siseo.

—Deberías haber encontrado a una menos lista, Fai —dijo el otro.

—Olvidas que fue ella quien nos encontró —cubrió su mano con la suya, deteniendo sus juegos—. Escucha bien: ni siquiera Samira lo sabe, por el bien de todos. Los análisis le dijeron lo que debía oír. —Quería decir que habían mentido sobre los análisis de ADN, *"por el bien de todos"*. Es decir, porque ellos decidieron que eso era *"el bien de todos"*—. Yo quería un hijo, Takis no, y Samira jamás habría aceptado abortar sabiendo que era suyo, así que ese niño es mío. Mi hijo y mi heredero: ¿entiendes lo importante que es que las cosas sigan así? Nadie, por ninguna razón, debe siquiera sospechar algo diferente.

En juego había una esposa obsesionada y una enorme fortuna que el niño heredaría. Ni se le pasaba por la cabeza interferir.

—Nunca revelaría algo tan personal, pase lo que pase. Y de todos modos, firmé un contrato, ¿recuerdas? —Sus labios permanecerían sellados; lo único que quería era aprovechar al máximo los días que le quedaban a bordo del yate. Apoyó la nariz en su pecho e inhaló con todo su ser el aroma de Faisal, que para siempre le hablaría de ojos profundos, músculos fuertes y un calor ardiente.

—Quizá te mantenga en este barco para siempre, así me aseguraré. —La mano del brazo que la rodeaba tomó su pezón, jugueteando con él entre los dedos.

—¿Quieres hacerme prisionera? —Apoyó la palma sobre su pecho, ofreciéndole el seno mientras el pezón se endurecía, rozado en la superficie. Sus párpados se entreabrieron y su voz se volvió más ronca—. Lo siento por decepcionarte, pero en realidad me temo que eso va contra la ley.

—Tengo un buen abogado.

—Vamos a ver —dijo Costas, dejándose caer en el sillón, aún desnudo—. ¿Secuestro y reducción a la esclavitud? Sí, creo que se puede hacer.

—¿Ves? —Faisal acarició con más firmeza el botón de carne hinchada y le lamió el muslo, acercándoselo al vientre. Adoptó un tono de cuento—: *El príncipe encerró a la doncella en su barco para callarla y poseerla cada vez que la alcanzara, huyendo de su reino por el exceso de estrés.*

—¡Eres terrible con los cuentos! —Avery rió largo y con ganas, hasta que la risa se convirtió en un jadeo provocado por la torsión del pezón.

Él, con el dorso del índice, le levantó el mentón.

—No necesito ser bueno. He comprado a una doncella de cuentos.

La besó, sintiéndola abrirse, dócil, para profundizar el contacto. El cuerpo de la chica se pegó al suyo, alargándose con un roce sensual del pecho, la cadera, las piernas, que le hizo apretar los puños por la necesidad. Devorándole la boca, Faisal se apoyó en un pie y la tumbó de espaldas.

Avery abrió las piernas alrededor de sus caderas y él la penetró como si fuera el decurso más natural de la vida. Ella se tragó los gemidos, hundiéndose los dientes en los labios, mientras la dura carne de Faisal reafirmaba la posesión de su cuerpo.

Desde el sillón, Costas observaba la escena, la más erótica que hubiera presenciado jamás. Ella, a ratos cerraba los ojos, absorbiendo su ímpetu, y a ratos lo miraba con adoración. Lo seguía en todo lo que él, con su imponencia, exigía de ella.

Faisal siempre había sido un amante excelente, aunque también él sabía convertirse en una bestia, si así lo quería. Costas lo había visto hacer el amor en muchas ocasiones, pero era la primera vez que lo veía mostrar tal atención. Aquella paciencia para insistir sin precipitarse, esperando que fuera ella quien le diera permiso para ir más allá. Más fuerte. Más rápido.

Finalmente, la polla de Costas volvió a ponerse dura y su mano comenzó a acariciarla perezosamente. Agradecido de seguir en esa habitación, dejó que los gemidos de ellos le permeasen los oídos, y que su placer lo contaminara como un virus.

Faisal se llevó el esbelto tobillo de Avery al hombro. Ella abrió la boca de par en par ante el avance del miembro hacia el fondo de su límite. Su grito permaneció mudo, con los ojos cautivados por los de Faisal.

—Quédate conmigo —le pidió, con la voz apenas quebrada—. Incluso cuando me cierro, cuando te uso, cuando te cedo a otros. Incluso cuando guardo silencio. —Sus caderas se movieron con lentitud, como si la bestia en él buscara acomodo en su guarida—. Quédate conmigo. Incluso si no soy más que esto.

Los ojos se le iluminaron como estrellas fugaces.

—¿Es una orden?

—Sí. Si hace falta. —No sabía hacerlo de otra manera que así, levantando un muro a su alrededor desde el que derribar los de los demás. Capaz de mantenerse firme frente al ataque de gigantes, no estaba preparado para una criatura diminuta que pudiera abrirse paso.

—Estoy contigo. —Avery le cogió un mechón de su larga melena y lo atrajo hacia sí, doblándose por él, bajo su peso, hasta casi quebrarse—. Estoy aquí entera, precisamente *porque eres como eres*.

Era tan pequeña, y en ese momento él la vio tan grande. Se balanceó hacia adelante. Una fina capa de sudor le cubrió la frente, su sangre fluía a raudales hacia el punto donde estaban unidos, sellando su encaje perfecto.

—Quiero todo de ti.

Ella apretó los dientes, tomando una respiración que no sería suficiente para prepararla.

—Tómalo —se ofreció, enganchándose con la otra pierna, para poder sentirlo en la piel, en la sangre, en el aliento. Dondequiera que hiciera bien y mal.

La expresión de Faisal se intensificó, adquiriendo un matiz tiránico. Consumó en el sexo que de virgen había sido suyo, y solo suyo, otras tres embestidas febriles. En la última, salió rápido y le empujó el muslo hasta el busto, levantándole la pelvis. Vio el anillito entre las nalgas apretado, encendido de rojo vivo por el trato de Costas, todavía mojado.

Suyo. Eso también tenía que ser suyo.

Dirigió su polla, en el culmen de su vigor, y descargó sobre ella, penetrando su estrecho refugio con una larga estocada.

Avery gritó clavándole las uñas en los bíceps, pero no le bastó para resistir. Apretó los dientes y golpeó las manos contra el colchón, arrancando

las sábanas, mientras Faisal la penetraba con ímpetu, derramando chorros calientes de puro, absoluto y feroz placer.

Descargó dentro de ella todo lo que tenía, mezclando su semen con el de Costas.

Al final, con el pecho jadeante, le permitió quitar la pierna de su hombro, ayudándola a deslizarse hacia abajo. Él también se deslizó, apoyando la cabeza sobre su vientre.

Allí cerró los ojos.

Allí encontró la paz.

Dedos suaves se deslizaron entre su cabello y su barba, envolviéndole, reteniéndole con la gracia innata de una doncella.

Costas estaba hipnotizado por cada pequeño fragmento de esa imagen. Recostado en el sillón, apoyó la sien sobre los nudillos, observando a su único amigo, Su Alteza el emir Faisal Rami Al-Najjar, permitiéndose ser simplemente un hombre.

Al fin y al cabo, más allá del dinero, los vicios y el desmedido poder, eso eran. Solo hombres.

Y la pequeña flor lo había entendido.

Ahí estaba su secreto.

Capítulo 12

Pasaron veinte minutos en silencio antes de que Faisal abriera de nuevo los ojos y se apartara un poco para tomar a Avery entre sus brazos, de modo que pudiera acurrucarse contra él.

Estiró el cuello para ver más allá.

—Takis.

El abogado alzó los párpados desde su estado de duermevela, en el sillón.

—Dime. —Estaba listo para darle lo que necesitara. Siempre, sin importar qué.

—No te quedes ahí, ese sillón es aún más incómodo de lo que parece. Ven a la cama.

Ni se le pasó por la cabeza rechazar la invitación para vestirse y volver solo a su habitación. Se tumbó al otro lado de la cama y subió la sábana para cubrirlos a los dos.

La respiración de ella, tumbada de lado con la mano sobre el costado de Faisal, era regular y ligera. Él sintió el impulso de acercarse, pero se contuvo de tocarla solo para no despertarla.

—Se ha quedado frita —murmuró.

—La has dejado hecha polvo —replicó el emir.

—Sí, yo —murmuró con una sonrisilla, apoyando la cabeza en la mano. Levantó un poco más la sábana, para cubrirle el hombro—. Parece tan frágil. Tenemos que ser más cuidadosos, Fai. Ser menos...

—¿Menos qué? ¿Menos "nosotros"?

Molesta por los susurros, Avery se revolvió en sueños y fue a parar sobre Costas; su naricita se apoyó contra el pecho de él, al lado del pezón, sus manitas sobre el abdomen, y poco faltó para que la pierna que estiró entre las suyas le golpeara los genitales.

—Dios santo... —murmuró él, prestándose a hacer de peluche.

—Intenta ahora, con ella encima, ser menos "tú". —Faisal se colocó el brazo detrás de la cabeza—. Te conozco mejor de lo que tú te conoces a ti mismo, Takis. Tus escrúpulos duran menos que un polo al sol, así que procura no provocarla y déjala dormir, que por hoy ya ha aguantado bastante.

Costas le arregló la sábana y el cabello, tratándola como a un delicado adorno de cristal.

—Solo la miraré. Lo prometo.

—Dime una cosa. —Faisal deslizó el pie, alzando una rodilla bajo las sábanas—. ¿Cuánto aguantó, desde Boston, antes de aceptar tu propuesta?

—Una semana. Fue más dura de lo que esperaba. —El cálido aliento de ella le rozó el pezón. Peinó entre sus dedos un mechón que reposaba sobre la almohada—. Subí la apuesta, aprovechándome del hermanito cojo que necesita una operación costosa, y de la deuda por el agujero donde vive, que ella y su madre luchan por reparar, hasta que cedió. Y cuando ya, una vez llegada al Caribbean Bay Cove, no podía dar marcha atrás, le puse delante un contrato que dejaba en claro quién mandaba. Era esencial que se convenciera de que no podía negarte nada.

—Bastardo —siseó el príncipe.

—Como siempre. Como sabías que haría cuando me ordenaste que te la trajera. —El abdomen de Costas se contrajo por el cosquilleo involuntario provocado por los dedos de la pequeña flor, pero él no se apartó, dejando que se repitiera—. ¿Habrías preferido que renunciara?

¿Y renunciar a ella?

—No —replicó Faisal sin dudar—. Hiciste bien.

***

Cuando Avery salió del baño con el camisón de la noche anterior, Costas ya se había encargado de hacer traer el desayuno a la habitación. Una mesita bien dispuesta había aparecido frente a las puertas de cristal abiertas de par en par que daban al balcón.

Una vista magnífica que incluía a los dos hombres vestidos de forma informal, con pantalones y camisas de verano, generosamente abiertas, tal y como a ella le gustaba. Costas estaba absorto en su portátil, con una taza de café al lado. Frente a él, en el otro extremo de la mesita, había una taza de té marroquí cuyo aroma mentolado chocaba, no del todo desagradablemente, con el del café. Ese té debía de ser para Faisal, que sin embargo estaba de pie más allá de la puerta ventana, contemplando el mar con las manos en los bolsillos.

La noche pasada seguía tan fresca y vívida en su memoria que sus mejillas empezaron a arder. Debía evitar recordar esas imágenes y concentrarse en el presente, si quería parecer una persona con un mínimo de sensatez. O quizá pensar en el futuro.

Esperaba que ese día Costas le permitiera llamar a su madre, que cumplieran la promesa de llevarla a tierra, que la besaran de nuevo, pronto, y que, fuera lo que fuera lo que se les hubiera ocurrido, le resultara aceptable. Esperaba muchas cosas.

Pero, ¿qué era "inaceptable" para ella?

Ya no lo sabía, porque aquellos dos habían logrado hacerle aceptable incluso lo que ella habría creído imposible de afrontar.

Al acercarse a la mesa, una mezcla de aromas invadió su nariz.

—Qué olorcito más rico.

—Buenos días, flor. —Costas cerró el portátil—. Nuestros huevos. Los tuyos y los míos. —Levantó la tapa de una bandeja de la que salió una nube de vapor.

Ella se apresuró a sentarse, tentada por el excelente aspecto de los huevos revueltos que había pedido.

—¿Nada dulce esta mañana? —preguntó Faisal al entrar. Al pasar, rodeó la mesa y le acarició un hombro.

—Necesito más energía esta mañana. —*Maldición*. Se sonrojó un poco más, por el comentario tonto y por las or las escenas de sexo ardiente que no dejaban de asaltarle la mente.

Antes de coger los huevos, se sirvió una buena taza de café. Lo saboreó con los codos apoyados en la mesa, entrecerrando los ojos ante la brisa marina que hacía bailar las cortinas al entrar por la puerta corredera.

—¿Crees que hoy podré llamar a mi madre?

—Sí, se puede hacer. Más tarde. —Costas metió la mano en el bolsillo y colocó junto a su plato el blister de la píldora anticonceptiva. Debía de

haber notado que la tomaba por la mañana y había ido a su habitación a buscarla. ¿Se le escapaba algo a ese hombre? Al parecer, sí: un hijo. Un descuido que estaban decididos a evitar que se repitiera, concepto con el que ella estaba completamente de acuerdo.

Se tomó rápidamente la pastilla del día y formuló su petición.

—Me gustaría usar el teléfono para tomar una foto de la costa jamaicana. Solo la costa, lo juro, podrás comprobar tú mismo las fotos.— Quería algo para poder recordar, aunque estaba segura de que al ver las imágenes pensaría en todo menos en Jamaica.

El ruido del papel rasgándose atrajo su atención hacia Faisal. Había roto por la mitad una hoja impresa, sacada del sobre que estaba sobre el escritorio.

Costas echó hacia atrás la silla y hundió la nariz en el café sin responderle.

—¿Quién dice que no puedes tomar una foto? —le preguntó el príncipe.

—Sin teléfono me cuesta un poco —bromeó ella, estirándose para levantar la tapa de la bandeja—. Y además, lo dice el cont...

La sonrisa se le apagó y la mano quedó suspendida en el aire con la tapa aún levantada.

Un segundo rasgón lento le perforó los oídos.

—El contrato... —tragó saliva. Un velo de aprensión cayó sobre ella como un manto de niebla, dejándola confusa—. Ese es... era... mi contrato —se dio cuenta.

Él avanzó mientras seguía desgarrándolo, haciendo los pedazos cada vez más pequeños. Los dejó caer desde arriba como una lluvia de confeti sobre su plato, la mesa y sus piernas.

—Tu desayuno de hoy.

Avery miró los jirones que le había servido.

—Tengo mi copia —replicó, sin llegar a entender bien lo que estaba sucediendo.

Faisal agitó el dedo índice en el aire, mientras seguía paseándose por la habitación con su paso sigiloso.

—¿Te refieres a esa copia que trajiste contigo, la que metiste en la bolsa con tu ropa vieja en lugar de guardarla a buen recaudo? —Recogió otros dos hojas grapadas, que habían quedado abandonadas frente a los monitores de vigilancia.

—¿Esta copia?

Avery se levantó de un salto, empujando la silla hacia atrás. No eran las píldoras anticonceptivas lo que Costas había ido a buscar en su habitación. Esas habían caído en sus manos por casualidad.

El príncipe rompió también esos papeles.

El corazón le latió más rápido.

—Buen efecto melodramático, Fai. Pero, permíteme decirlo, innecesario en esta última parte —le informó Costas con tono tranquilo—. Tu firma en su copia era falsa. Ella nunca tuvo nada en sus manos, a diferencia de nosotros.

Avery se llevó una mano al bajo vientre, sintiéndose mareada. Dio un paso tambaleante hacia atrás y se apoyó en el lateral de la mesa.

—¿Es... cierto?

Había hecho que solo ellos pudieran hacer valer el contrato en caso de necesidad, para proteger lo que les convenía.

Él accionó el mecanismo del bolígrafo que estaba junto al plato, haciendo que la pluma se retirara hacia el interior y se lo guardó en el bolsillo.

—Lo siento, flor. Es mi naturaleza.

—...Dijo el escorpión —añadió ella, con los ojos entornados en una rendija, ya sin estar segura de a quién tenía delante. Desde luego, no a los mismos hombres apasionados con los que había pasado la noche. Le pareció que cada dolor, cada huella que ambos le habían dejado en lo más profundo de su intimidad, comenzaba a despertarse, enviándole punzadas lacerantes. Recogió un puñado de confetis del plato, los ojos se le llenaron hasta pincharle las escleras—. Tú... —alzó la mirada hacia Faisal—, no piensas pagarme. Ahora que has conseguido lo que querías, ya no quieres pagarme.

Y no era el dinero, que Dios le fuera testigo, no era el dinero lo que tanto le dolía.

Pero él, sin embargo, debió de pensar que sí lo era.

—Te importaba mucho ese dinero —comentó, imperturbable, como si la que estuviera siendo examinada fuera ella.

Avery deformó una sonrisa en una mueca amarga, por lo poco que él había llegado a comprenderla. Apretó los labios temblorosos y las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Me importabas *tú*. En cambio tú... —abrió la mano y dejó caer los confetis al suelo—, tú solo querías burlarte de mí. Los dos lo queríais. La pobre niña estadounidense, tan ingenua y tonta, que ni siquiera merece que

se cumpla la palabra dada. —Lloraba, con una sonrisa amarga, absorbiendo el dolor en silencio, como si fuera una emoción ya conocida y aceptada—. Cuéntame un cuento bonito, niña, ven a mi gran barco, ya verás qué maravillas... cómo te lo damos todo y te lo quitamos todo. A saber cuánto os habéis reído a mis espaldas.

—¿Has terminado? —Faisal la dejó desahogarse, interviniendo solo al final—. Porque estás bastante equivocada en varias cosas.

—No, está bien así, me lo he buscado —dijo, con una calma rota solo por el temblor de su voz. Quería un príncipe y había tenido un príncipe, al fin y al cabo. Unas vacaciones en un yate de lujo, con ropa de lujo, comida de lujo, noches inolvidables que...— se presionó el dorso de la mano contra la nariz y se dio la vuelta para salir de allí, porque él seguía siendo tan fascinante que dolía mirarlo, pero igual de cruel.

Escapó a la puerta.

—¡Detenla! —ordenó Costas por primera vez, con voz perentoria.

Apenas Avery fue a abrir la puerta, esta se cerró de golpe. Faisal había plantado la palma de la mano justo encima de su cabeza, alzándose imponente sobre ella.

—Eres ingenua, eso sí... pero no tonta.

Le posó una mano en el hombro, y con el índice le rodeó la base del cuello.

—Déjame ir, por favor —murmuró, apoyando la frente contra la madera.

Había creído en cada beso de aquella noche, en cada caricia, en cada una de sus palabras. Para ella seguían siendo reales, y seguía sin defensas cuando se trataba de él.

Faisal le hundió los dedos bajo la clavícula y la obligó a darse la vuelta para tenerla frente a frente, pero ella desvió la mirada hacia un lado, hacia un punto donde Costas no entrara en su campo de visión. Se pegó todo lo que pudo a la puerta, intentando no sentir su cuerpo —ese arma letal de seducción— tan cerca.

—Por favor. Las cosas han pasado como han pasado, no quiero montar una escena ni causar problemas. Solo necesito... necesito algo para poder volver a casa —suplicó, esforzándose por mantener la cabeza fría y los pies en el suelo—. No llevo suficiente dinero para regresar desde Jamaica. Solo eso. Me lo debes.

—No es del todo cierto —intervino Costas, chasqueando la lengua contra el paladar tras un sorbo de café caliente—. Tienes dinero de sobra para ir y

volver de Jamaica unas cuantas veces.

Avery frunció el ceño, sin estar segura de a qué se refería.

—Mientras estabas en el baño, Costas hizo una transferencia a tu cuenta por la cantidad total acordada para los treinta días —declaró el príncipe.

Ella se negó a levantar la mirada del suelo y caer en la trampa.

—Seguís burlándoos de mí.

—Ver para creer. —El abogado se levantó con el móvil en la mano. Lo hizo bailar entre los dedos hasta que se lo puso delante de la nariz.

Estaba abierto en la pantalla de Citibank, mostrando una transferencia de trescientos mil dólares a favor de Avery Jones. El número de cuenta coincidía, realmente había pagado. Treinta mil más de lo acordado.

—Oh, Dios mío... —contó el número de ceros: eran cinco después del tres—. Me ha pagado la totalidad, una fortuna inmensa para mis bolsillos vacíos, y con más de veinte días de antelación. ¿Por qué?

—Porque, a pesar de tu insinuación, soy un hombre que cumple su palabra.

Había hecho incluso más, si se trataba de eso. No podía creérselo: veía la cifra, todos los números en su sitio, pero no conseguía asimilar la noticia ni aceptarla como verdad. Antes la habían puesto patas arriba por un lado, y ahora por el otro.

—¿Pero qué significa esto?

La cabeza le decía que debía ser prudente, que no se hiciera ilusiones. Tenía que haber una explicación para tanta prisa y para los treinta mil dólares de más, una razón práctica que ella no lograba ver. Y además, ¿por qué destrozar el contrato?

—No tiene sentido, no entiendo...

—Es sencillo: ya no hay ningún contrato. Eso significa que estás libre de cualquier obligación.

—¿Cualquier obligación? —repitió como un loro.

—Confío en ti, sé que guardarás mis secretos sin necesidad de un acuerdo de confidencialidad.

—Por supuesto que los guardaré. —Tan seguro estaba que, en el momento en que él hizo trizas esas páginas, no se le ocurrió que aquello fuera en realidad una enorme muestra de confianza. Por otro lado, ese documento también abarcaba asuntos que iban mucho más allá de la confidencialidad—. ¿Y el resto? Si estoy libre de cualquier compromiso, ¿significa que puedo irme?

—Si quieres, puedes partir hoy mismo, el helicóptero está listo para llevarte al continente.

Conmocionada por todas esas novedades, Avery intentó asimilar todo lo que acababa de escuchar, apoyando la espalda contra la puerta. Él tenía las cejas fruncidas y la mandíbula tensa, con pequeños espasmos nerviosos. Estaba serio. Mortalmente serio.

—O —continuó—, eres libre de quedarte para seguir compartiendo mi cama. Un mes, dos, todo el verano, si quieres, aunque yo tendré que ausentarme de vez en cuando. Le tomó el mentón para asegurarse de que le mirara bien a los ojos—. Pero si decides quedarte, será únicamente porque tú quieres. No porque te paguen, no porque estés atada por un contrato, ni porque me debas algo. —Ella abrió la boca para coger aire, pero él no le permitió interrumpirle, poniéndose aún más severo—. Demuéstrame que lo quieres de verdad. Si no, vuelve a casa con tu familia.

Faisal había tomado esa decisión mientras la miraba dormir. Le molestó que ella respondiera al "gracias" de Costas diciendo que se le pagaba para hacerlo, aunque habían sido ellos quienes se lo habían metido en la cabeza. Ahora, de esa cabecita quería arrancar esa convicción, costara lo que costara, porque para él esa muchacha ya no tenía precio.

No estaba seguro de poder dejarla marchar ese mismo día, pero necesitaba tener la certeza de lo que ella sentía, y debía eliminar de en medio el dinero y los contratos para que su decisión fuera realmente libre.

Colocó también la otra mano sobre la puerta. La encerró en una jaula que no llegaba a tocarla, solo para dejar claro su último punto.

—Ya has probado un poco de mis apetitos. Sabes que tengo un estilo de vida poco convencional, que puedo ser un hombre complicado y exigente... por no hablar de Takis. —Se oyó el bufido del otro, aunque esta vez no tuvo nada que objetar—. Por eso, tienes que quererlo. Tienes que ser esa chica libre de Boston, capaz de decir no si es no, sí si es sí. En un caso, te espera un vuelo en helicóptero y el regreso a casa, a salvo. En el otro... no puedes saberlo. Es un salto al vacío, y para atraparte solo estoy yo. Solo estamos Takis y yo.

Cuando cayó el silencio, le resultó difícil interpretar qué pasaba por su cabeza. Tenía los ojos bien abiertos, dos orbes inmensos, y la boca cerrada no dejaba entrever emoción alguna. Avery dio medio paso hacia la izquierda, pegada a la puerta, topándose con su muñeca; Faisal retiró la mano, permitiéndole deslizarse hacia un lado con otros dos pasos. Una vez

liberada de él, se llevó una mano a la boca, con respiraciones cortas y una especie de sollozos contenidos.

¿Reía? ¿Lloraba? No se sabía.

Encogió los hombros y se dio la vuelta, caminando hacia el saloncito al otro lado de la habitación. Agarró el respaldo del sofá y empezó a respirar con la boca abierta, ruidosamente por momentos, como si le faltara el aire.

Faisal se llevó las manos a la cintura y miró a su amigo, que se encogió de hombros mientras negaba con la cabeza. Ni siquiera él lo entendía.

—¿Quizá necesitas un poco de tiempo para pensarlo a solas? —se atrevió a sugerir el abogado.

Ella agitó la mano con nerviosismo, luego la cerró en un puño para contenerse y, cuando se sintió lista para hablar, alzó el dedo índice apuntando al cielo.

—Quiero saber una cosa.

—Pregunta —replicó el príncipe.

—¿Seguiré obligada a contarte el cuento de buenas noches? No lo has especificado —soltó ella.

Faisal sentía cómo se le aflojaban los nervios. Sonrió ante aquel ser impulsivo y adorable, pasándose una mano por la barba.

—Me temo que sí. Eso nunca ha sido negociable.

Avery se giró con el rostro empapado, la boca estirada de lado a lado en una sonrisa enorme. Luego se lanzó hacia él, celebrando con alegría.

El príncipe dio un paso atrás, a punto de caer, pero logró atraparla al vuelo cuando ella se lanzó a sus brazos.

—Me quedo — proclamó Avery.

—Ya lo había intuido.

Sus labios se unieron, las lenguas se buscaron en la urgencia de poseerse.

Avery no tenía ya ninguna duda. Ahora entendía que romper el contrato había sido el gesto más hermoso que él podía hacer por ella. La quería aún a su lado, no como una prostituta, sino como mujer. Y ella ya adoraba ese escalofrío hecho de todas las incertidumbres y peligros que implicaba quedarse en la Amir Al-Miyah, a su lado, en su cama, en su cama compartida, con ese salto al vacío. Porque ahora tenía confianza, y con la confianza podía enfrentarse a todo.

Puso todas esas palabras sobrantes en ese beso, aferrada a él con alma y cuerpo, mientras Faisal respondía penetrando en su boca, más posesivo que nunca.

Contento de contemplar de nuevo de qué manera tan sensual se fundían el uno con el otro, Costas hizo sonar su bolígrafo arriba y abajo, imaginando que pronto habría algo más que también haría arriba y abajo.

—Una chica que se lanza a los brazos de Su Alteza el Príncipe —comentó riendo—. Es la primera vez que lo veo.

—Acostúmbrate, Takis —fue la sentencia del emir.

—Sí, *acostúmbrate*, Takis —le hizo eco ella, imitando su voz grave.

El abogado alzó una ceja, divertido.

—Si no la controlas, se pondrá muy descarada.

—No pasará. Cuento contigo.

La sonrisa de Costas se reflejó por completo en su mirada punzante.

—Como siempre.

—Reserva un restaurante en tierra solo para nosotros, salimos a comer —le ordenó el amigo con un tono animado—. Luego un paseo turístico y nos vamos de compras: quiero mimarla un poco. Bastante, de hecho.

Costas se levantó de la silla.

—Puedes pasar por el restaurante, pero ponerte a "hacer compras", Faisal, no. No tengo suficiente personal para organizar algo así. Y ni hablar de los periodistas.

—La llevarás tú a hacer compras.

—Ah, vale. En ese caso... muy bien. —Ya tenía en mente alguna cosilla para que ella comprara. Solo faltaba encontrar la mejor tienda de lencería de Jamaica.

—Con la excursión por la ciudad me basta, no necesito ir de compras —Avery no paraba de reír, completamente fuera de sí por la alegría. Porque él quería verla feliz.

—Compras, he dicho. Te lo encargo, Takis. —dijo mientras se dirigía hacia la cama con ella aún aferrada a su cuerpo—. Y cuando volváis, la azotaré por haber pensado que podía faltar a mi palabra.

—¡Pues era lo que parecía! —se defendió ella, agitando las piernas y bailoteando sobre su regazo.

Costas se les acercó.

—En efecto, te ha salido un poco mal, seamos sinceros.

—¿Tú de qué lado estás? —Faisal le lanzó una mirada fulminante.

—Del tuyo, siempre. A la chica hay que darle una azotaina, no cabe duda.

Avery abrió la boca de par en par: los dedos del príncipe le habían llegado al sexo, metiéndose bajo la falda. Se deslizaron hasta debajo de las

bragas. Ella sintió de inmediato el calor extenderse por su vientre, una respuesta automática a su toque, fuera dulce o menos dulce.

—Lo dices, pero no lo haces —murmuró ella, provocándolo, sabiendo que se estaba metiendo en problemas.

—¡Por Alá... niña...! —Restregó su barba en su cuello, llegando a su oído —. Lo haré esta noche, así tendrás tiempo para pensarlo todo el día. Lo haré en serio esta vez, y gritarás, llorarás, te mojarás y gozarás conmigo. — Luego la apartó de sí y la arrojó sobre la cama delante de él.

Ella aterrizó de espaldas, con un solo bote sobre las sábanas... y muchos más dentro del pecho. Su corazón parecía seguir rebotando, incapaz de calmarse.

Se abandonó al colchón con el corazón agitándose con ansiedad. El cabello revuelto sobre las sábanas, los brazos abiertos como en un gesto de rendición, dispuesta a acoger cualquier cosa que el destino —o ellos— tuviesen preparada para ella. Frente a Avery, Faisal; al otro lado de la cama, Costas. Ambos la contemplaban desde lo alto, imponentes, erguidos.

El rostro severo del emir decía *"mía"*.

Esta vez Faisal no tuvo que pedir nada, ni pagar para que se entregase a él.

Su mirada se quedó prendada de ella.

—Es perfecta, ¿verdad, Takis?

—Es más —le respondió Costas, con la serena sinceridad de un amigo—. Es un cuento de hadas.

Gracias por llegar hasta aquí.
Espero que hayas disfrutado de este ebook.
Me encantaría leer una reseña tuya en Amazon o en las redes sociales,
¡todas las **opiniones** son **importantes** para mí!

Si quieres descubrir otras de mis historias,
¡visite este enlace!

Anna

Para conocer nuevas publicaciones, extractos y promociones, sígueme en: